

177
CIC

WATSON
WATSON



WATSON
WATSON

EL LIBRO
DE LOS
REYES

WATSON
WATSON



WATSON
WATSON

BR115
.P7
W4

321
WATSON
WATSON



1020118522



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
INSTITUTO DE BIBLIOTECAS

1921
La Alameda

Propiedad de
C. Garostita

#86#185

Liz

Propiedad
de
Enrique González
Enrique González
No es

OBRAS

DE

ALEJANDRO WEIL

LIBRERIA QUERRE

20667



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

0134-06160

BR115

.P7

W4.

*Manuscrito de
don Juan Manuel*



ACERVO GENERAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

73903



EXPLICACION NON REXQUIA

ESTE libro se ha escrito seis meses antes del 2 de Diciembre de 1851. Desde esta época han cambiado muchas opiniones. Los hombres de partido y sin principios, salidos apenas del Mar Rojo, echan ya de menos las ollas de Egipto. Segun sus palabras, preferirian volver á la esclavitud democrática, á trueque de no pasar por el desierto de las pruebas para llegar, por medio de ellas y confiando en Dios,

à la tierra de promision; demasiado endurecidos para abandonar los engañadores principios de la revolucion; demasiado orgullosos para reconocer en su derrota el olvido de sus deberes y la victoria de la Justicia Divina.

Hace algunos años que me divorcié de la revolucion, la cual, como el cocodrilo, cuyas lágrimas tambien emplea, adquiere mayores proporciones cada dia, hasta su muerte, y con la cual no es posible transigir. Remontando despues al divino manantial de todas las verdades, en el que me he nutrido, se filtraron en mí principios políticos, cuyas consecuencias se han desarrollado, una á una, como el árbol que germina en la cimiento, como la flor que brota en el árbol, como el fruto en que se torna la flor.

Los sucesos políticos no han tenido ni tendrán ya jamas influencia alguna en mis principios de gobierno, que emanan de ese sagrado manantial. Los medios que Dios emplea para realizar sus designios son diferentes, segun la apreciacion humana, y; á pesar de ella, han sido y serán siempre los mismos. Su objeto culminante, el fin á que se dirijan, siempre se llamará JUSTICIA.

En estas mal ordenadas páginas se desarrolla, con mas ó menos nitidez, un solo principio fundamental. El principio cristiano, único principio de orden, y, por consiguiente, único principio de libertad, debido á la victoria del alma sobre el cuerpo, del espíritu sobre la materia. Fuera de él no hay salvacion posible en este mundo ni en el otro.

Desafio á un gobierno, sea el que quiera, á que funde una cosa duradera, á que cree una institucion, que merezca la pena de ser conservada y hasta que pueda garantizar una sombra de orden, de propiedad y de libertad, si prescinde de este principio divino, cuyas consecuencias, por mal desarrolladas que estén, se evidencian en estos borrones.

¡Nada de orgullo ni fatuidad!

Si me atrevo á hablar así, es porque, lejos de inventar un sistema político declaro que nada nuevo hay en este libro.

No hay verdad nueva en el mundo. Todas las verdades religiosas y políticas están contenidas en el divino Verbo. Trátuse solo de establecer la ilacion entre una y otra. Así tambien todos los errores son hijos de la primera mentira.

Sentados tales precedentes, ocioso es decir que este escrito, simple comentario político, mas ó menos lógico, de la Santa Escritura, no es una empresa comercial, ni una especulación para adquirir nombradía. Noventa y nueve centésimas partes del género humano no lo conocerán; la mitad de la otra centésima le desconocerá,

No pienso ni escribo para el público, porque al meditar sobre asuntos tan áridos y tan sagrados, lo hago á mi pesar, bañada en sudor la frente, inflamada el alma y fermentando la sangre en mis venas. Al trasladar, bien ó mal, al papel el fruto de mis meditaciones, creo desembarazarme de un peso enorme; sustraerme á una presión omnipotente; creo, en fin, solventar una deuda contraída con Dios, que, en medio de mi profunda miseria, á pesar de los mas sacílegos errores, no ha retirado enteramente de mí su mano.

“¿Luego haceis una atrepcion, se me dirá maliciosamente, toda vez que ni aun siquiera tenéis en cuenta la gloria humana?”

¡Ay! Si; y no redunda en ventaja mia.

Hijo de las selvas y de la Biblia, he descubierto, á costa de veinticinco años de estudio y

privaciones, que me veo reducido á vivir conmigo mismo mas que con los otros.

Por consiguiente, la primer cosa que necesito para mi felicidad, es la estimacion de mí mismo.

¡Lo confesaré! Raras veces he alcanzado esta dicha.

Dotado por la naturaleza de multitud de defectos, agradables para mí, desagradables para los demas, me ha otorgado Dios, en compensacion, un poco de talento, que pesa sobre mi alma, imponiéndome graves y rudos deberes, difíciles de cumplir.

Cada ensayo que intento me proporciona solo un pesar y algunos enemigos mas.

Y aun cuando consiguiera que se me dijese que tengo talento, se me recordaria que no he cumplido mis deberes; siquiera fuese por no haber abusado de ese mismo talento, dando oídos á la vanidad egoísta, de que nadie se quiere eximir.

¿Para qué sirve la belleza á una muger que hace de ella mercadería, faltando á las leyes del pudor y la castidad? Para caer en mayor abyeccion.

¿Y para qué sirve aun á una muger honrada, si no la puede emp. ar en hacer la dicha

de un esposo que la aventaje en virtudes, y para educar en el amor de Dios hijos sanos de cuerpo y alma?

Hoy los escritores concienzudos, lejos de ejercer una influencia saludable y directa sobre la sociedad, solo tienen talento para los hombres de partido, que les utilizan como auxiliares de valía para su elevación personal. Muchos amigos míos, al leer este libro, y hallar en él un artículo que no esté en consonancia con su sistema, exclamarán: “¡Qué lástima! Ya no es de mi opinión.”

Para unos seré demasiado absolutista al definir los derechos; para otros, demasiado radical al explicar los deberes...

No tienen presente que, por desgracia mía, mi pensamiento no puede ni podrá jamás someterse al espíritu de partido, que brota en mi mente á mi pesar; que lejos de dominarle, soy su esclavo; en una palabra, que soy su primera y única víctima.

Fácil me sería, como á tantos otros, adular á los hombres influyentes de los partidos, enaltecéndoles, porque es muy fácil mentir.

Si no me fijo en las vanidades mundanas; si á pesar de mi buena voluntad, me parecen

pigmeos los hombres políticos de nombradía durante los últimos treinta años, no es porque tenga la facultad de verme mas grande que ellos, sino porque colocado en la esfera, en la cúspide mas bien de los principios, en contacto con Dios, la distancia que les separa de mi visual les empuenece á mis ojos. Para que me pareciesen grandes, necesitaría valerme de un telescopio. A mi vez apareceré en la misma insignificante proporcion á su vista, y no me doy por agraviado.

Asísteme, por otra parte, el convencimiento de que el cuerpo de la humanidad tiene su cabeza, compuesta de toda la aristocracia de las buenas ideas, del talento, del ingenio, y de la que goza de una alta posición social; verdaderos elegidos de Dios, ó como dice la Kábala (1), verdaderas columnas humanas, sobre cu-

(1) Kábala. Llámase así una especie de tradición entre los judíos relativa á la interpretación mística y alegórica del Antigo Testamento. Es palabra tomada del Kabalah de los hebreos, que en realidad significa cosa recibida por tradición.

También se denomina Kábala el sistema que atribuye la omnipotencia al Verbo; suponiendo una virtud oculta en las palabras (filosofía hermética), y á la ciencia quimérica de entenderse con los silfos.

yas cabezas gravita el mundo. A estos es á los que someto mi libro. En cuanto á los demas, que son los brazos, piernas, estómagos, y hasta las lenguas de la humanidad, su reprobacion ó sus elogios apenas conseguirán conmover mi alma.

ALEJANDRO WEIL.

París, 10 de Marzo de 1852.

las salamandras, los gnomos, las ondinas, en fin, con todos los seres imaginarios.

El autor se refiere aquí á la primera significacion de esta palabra.

(N. del T.)



EL LIBRO DE LOS REYES.

I.

EL gobierno es un hombre colectivo. Y así como no hay hombre perfecto, estimándose solo justo lo que es menos injusto con relacion á sus semejantes, del mismo modo el gobierno mejor no es, en realidad, más que el menos malo.

Compelido el hombre á todos los excesos que su naturaleza, viciosa y gloriosa á la vez, es casi siempre negativo. Toda su fuerza moral se agota para neutralizar la fuerza

yas cabezas gravita el mundo. A estos es á los que someto mi libro. En cuanto á los demas, que son los brazos, piernas, estómagos, y hasta las lenguas de la humanidad, su reprobacion ó sus elogios apenas conseguirán conmover mi alma.

ALEJANDRO WEIL.

París, 10 de Marzo de 1852.

las salamandras, los gnomos, las ondinas, en fin, con todos los seres imaginarios.

El autor se refiere aquí á la primera significacion de esta palabra.

(N. del T.)



EL LIBRO DE LOS REYES.

I.

EL gobierno es un hombre colectivo. Y así como no hay hombre perfecto, estimándose solo justo lo que es menos injusto con relacion á sus semejantes, del mismo modo el gobierno mejor no es, en realidad, más que el menos malo.

Compelido el hombre á todos los excesos que su naturaleza, viciosa y gloriosa á la vez, es casi siempre negativo. Toda su fuerza moral se agota para neutralizar la fuerza

material. La religion siempre, la razon alguna vez, impiden al hombre hacer el mal, y de esta victoria surge el bien; porque el bien, en este mundo, no es mas que el trofeo de un mal vencido.

El orgullo humano, padre del pecado original, fuente de toda negacion, van tan lejos, que se figuran poder imitar á Dios para crear el bien. ¡Fatuidad! ¡Venga el hombre mas poderoso, y cree, si puede, un bien terrestre positivo!... ¡Cultiva la tierra! Pero esto es impedir que la tierra se cubra de maleza, que el hombre se muera de hambre. ¡Negacion! Pero negacion del mal, del que surge el único bien posible.

El hombre nada puede crear *ab ovo*. Ha sido creado para glorificar á Dios por medio de la justicia. Esta es la única afirmacion del hombre. Lo demas solo es miseria.

El gobierno, imágen idealizada del hombre, *instrumento*, y nada mas que instrumento divino, no es un establecimiento de seguros y de goces sino un tribunal superior de justicia. Al castigar á un criminal, que haya infringido las leyes divinas, impide que otros hombres imiten el mal y que se lancen

al crimen. En esta represion, en esta victoria está el bien posible, sobre todo, cuando el gobierno mismo da el ejemplo de esta lucha y de esta victoria. Los bienes colectivos dispensados por el poder son casi todos el resultado de muchos males comprimidos y reprimidos.

Dícese que el gobierno no debe limitarse á castigar el vicio, que debe, ante todo, esforzarse á favorecer la virtud.

¿Y cómo? ¿Debe buscarla por do quiera para coronarla? Entonces la virtud, dejando de serlo, se convertirá en especulacion. El hombre virtuoso, lejos de esperar una recompensa oficial, fija toda su dicha en la conciencia de glorificar á Dios y de ser menos malo que los demas hombres. Por otra parte, no hay verdad positiva. El mejor hombre tiene defectos y comete injusticias. En punto á vicios y virtudes, todo consiste en el mas ó el menos.

¿Qué puede hacer un gobierno para proteger la virtud?...

Impedir que el vicio se lance sobre ella y la aniquile.

Si los gobiernos no impidiesen á los ladro-

nes apropiarse los bienes ajenos, no habria propiedad posible; porque los ladrones se asesinarian mutuamente al cabo de un mes de victoria, y nadie cultivaria la tierra.

Así, pues, solo la virtud trabaja; y para favorecer sus esfuerzos, es de todo punto indispensable impedir al vicio que les sirva de rémora ú obstáculo. Tal es, en suma, el bien que hace el gobierno á la virtud y al trabajo. Nunca hará mas. Muy á menudo, por desgracia, hace menos.

¡Quien quiera que predique á los gobiernos el abandonar la represion del mal y tratar en su lugar de hacer el bien positivo, es, ó un grande estúpido, ó un insigne malvado!...

Justicia y fuerza: hé aquí lo que constituye un poder.

Los que creen poder gobernar á los hombres con la bondad, son: ú hombres viciosos para quienes nada implican todas las fragilidades ó defectos en que incurren, ó bien solemnnes tontos, que carecen hasta de la primera nocion del hombre.

El poder no existe para proveer de empleos á algunos náufragos de voluntad, de

fé y de fortuna, sino para hacer justicia á quien de derecho le asista, para representar, en cuanto sea posible, á la justicia divina.

¿En qué consiste la bondad de un gobierno para con un hombre? Le perdona un crimen no expiado. ¿Por qué razon? ¿Para que no cometa otro? La intencion no es mala, siquiera su éxito no sea seguro; porque las mas veces el criminal estima en su conciencia que este mismo crimen está perdonado ante Dios, y trata solo de evitar la justicia humana. Pero perdonándole este crimen, otros, y en primera línea los funcionarios, se ven tentados á hacer otro tanto. Y al esponerles á esta tentacion, se arriesga el perderles, el entregarles á la muerte; porque, apenas vencedores en el mal, se degollarían entre sí.

Solo la justicia, *la extricta justicia*, independiente y sagrada, puede obligar al hombre á ser libre y feliz; porque no lo es en realidad, sino en tanto que sabe vencerse ó que es vencido por el deber impuesto. Abandónesele á sus propias pasiones, y se destruye. Permítasele entregarse á sus utopias, y, con su ruina y la de su familia, o.

casionará la del Estado y la Sociedad. Por medio de la justicia ha levantado Dios al hombre caído por fragilidad y prevaricación.

Lo repito: la justicia no recompensa. Advierte y castiga el mal. Obrando así, es como protege el bien.

Es necesario ser justo con el hombre social (1), y pagarle el salario que haya merecido; ni mas ni menos.

Haciendo mas, se le corrompe; haciendo menos, se corrompe el que lo ejecuta.

No se crea con esta justicia un bien positivo; pero se impide el que los hombres sean injustos y holgazanes; y si, á pesar de todo, lo fuesen, es de todo punto indispensable juzgarlos. No sirve la bondad ni el perdón. Para incitar al uno á trabajar, es preciso impedir al otro que pueda vivir sin trabajar, á menos que no subsista del trabajo acumulado de sus abuelos; porque de padres virtuosos se hereda la salud, la fortuna y la bendición.

(1) Mas adelante veremos lo que la justicia cristiana entiende por la *Caridad*.

Impidiendo á los hombres ser perezosos, rrachos, disipadores, blasfemos, ladrones y sesinos, es como un gobierno cristiano protege el trabajo, la templanza, la fé, la economía, la propiedad y la vida. El poder que no ejerza su justicia contra estos vicios y crímenes, no es tal poder: será, sí, cómplice y justiciable él mismo, mas bien que justiciero. Todo gobierno que no ejerce un severo rigor contra los desórdenes sociales, es impotente para proteger el orden; porque en él radica la encarnación del desorden. Todo gobierno que transige con un vicio, es incapaz de proteger la virtud, y se corromperá en su propia podredumbre. Para pensar en el bien, no tiene un poder mas que ocuparse, desde luego, en reprimir constantemente y por todas partes el mal. De esta justicia surgirá el bien posible aquí abajo. Y no brotará de ninguna otra fuente. Lo demas pertenece á Dios.

No hay bien posible sin justicia. La vida no es mas que una defensa diaria contra la muerte.

Haya un momento de negligencia, de condescendencia, y acabará todo sobre la tierra.



DIRECCIÓN GENERAL



II.

Cuantas querellas y discusiones dividen á los hombres, hace siglos, bajo diversos aspectos y palabras sacramentales, se reducen á lo siguiente:

Los unos: filósofos, filántropos, liberales, humanitarios, economistas y socialistas, pretenden que el hombre ha nacido bueno, y que la sociedad sola le hace malo.

Los otros: judíos, católicos y aun protestantes, todos aquellos, en fin, que creen en una revelacion divina, declaran con la Escritura, que el hombre ha nacido malo, con pasiones groseras y viciosas, y que solo la

ley divina convertida en ley social, puede hacerle bueno, merced á la victoria obtenida por el alma sobre el cuerpo, por la inteligencia sobre la materia.

Si estas discusiones no se moderan y regularizan por un poder justo y fuerte, se envenenan siempre hasta el punto de que los que declaran al hombre bueno, acaban por despojar y asesinar á los que creen al hombre malo, sin perjuicio de robarse y degollarse mutuamente despues de la victoria. De esta masa de *bondades nativas* surgen entonces la guerra civil, la anarquía y como consecuencia forzosa el despotismo.

Si por el contrario, los supuestos *malvados* llegan, ya sea por el temor de Dios, ó ya por el temor de un castigo terrestre, á impedir que los que se apellidan *buenos* hagan mal, aseguran sin mas que esto, la victoria del bien sobre el mal; es decir, la posibilidad del bien por la negacion del mal.

Lo mismo acontece con el hombre individual.

Abandónese á un individuo, que santifique el derecho de las pasiones, á todos los apetitos de la materia, y no tardará en es-

tallar en todos sus órganos la guerra civil. La anarquía se declara en el cuerpo devorado por mil enfermedades, y despues de la anarquía, el despotismo del bisturí y de la piedra infernal. ¡Dichoso todavia si este despotismo le salva de la muerte!....

Pero que, por el contrario, la ley religiosa reemplazando por do quiera á la débil razon, llegue á dominar las pasiones y las dome, imprimiéndoles una direccion potente sobre el camino del bien, y sin mas que esto, las asegurará los derechos legítimos de la materia.

La bondad sistemática es tan perniciosa en el gobierno individual como en el gobierno social.

Es casi superfluo el discutir la bondad nativa del hombre, porque solo teniendo el entendimiento al reves, no se verá que toda criatura viable contiene en sí los gérmenes de un verdadero malvado. Desgraciada de ella si desde el principio no es enveredada primero por la fuerte voluntad del hombre, despues por el temor de Dios. No hay ejemplo de haber domado á un niño por medio de la razon; y como casi todos los hom-

bres son unos grandes niños, es imposible gobernarles exclusivamente con libros, palabras y argumentos. Necesítase absolutamente: primero, el temor de la justicia humana para impedirles hacer el mal inmediato; después, el temor de Dios, para enseñarles á conducirse por sí mismos.

Reasumamos, sin embargo, las consecuencias naturales de estos dos sistemas, de los que el uno es perenne manantial de orden, y el otro el pretexto de todos los desórdenes.

Admitiendo que el hombre es bueno por su naturaleza, no solamente desaparece toda idea de represión—hasta la pena de muerte por la sangre vertida.—sino que también se pierde toda idea de deber. Desde el momento en que el hombre es declarado bueno, tiene opción á todos los derechos, y según él, solo los malos pueden hablar de sus deberes. Pero gozando de todo, debe dejar el mismo goce á su semejante. Obrando de otro modo ya no sería bueno. Verdad es que no lo hace, pero es por falta de la sociedad. Así, pues, ¿por qué vive el hombre en sociedad?

El primer derecho del hombre *bueno* es el

de no hacer cosa alguna y el de abandonarse á la bondad de la naturaleza. Debe hasta impedir que su prójimo haga mas que él, á menos que el otro no sea bastante bueno para repartir el exceso de su trabajo con su hermano, mejor que él, es decir, holgazán.

Como, según el sistema de los buenos, no está prohibido lo que no daña al prójimo,—véase la declaración de los derechos del hombre—es permitido ser perezoso, borracho y hasta el quemar su propia casa, el derrochar su fortuna y aniquilar su salud, á reserva de ser alimentado y sostenido por los que trabajan. De otro modo este hombre *bueno*, pero perezoso, concluirá mas ó menos tarde por hacerse malo, robando, despojando y asesinando. Y como nadie trabajará en semejante sociedad, verdadera cueña, no tardará la comunidad en componerse de perturbadores, merodeadores y bandidos.

Déjese á los hombres buenos juntos, aunque sea en un paraíso, y al cabo de seis meses el uno se constituirá á la fuerza en tirano, en esclavo el otro. La serpiente, muy ducha en punto á calumnias, perdió á Eva,

declarando al hombre *bueno* y á Dios *malo*. Dios, la dijo, no quiere que seas igual, á pesar de que lo mereces. Desde entonces todas las serpientes de la humanidad no han hecho mas que repetir la misma mentira.

Otra cosa muy distinta es el sistema de los *malos*. En él todo se hace por deber. No solamente el malo obliga á su semejante á ganar la vida con el sudor de su frente, trabajando, sino que le impide con la ley en la mano, entregarse al vicio, al desorden en las costumbres y á la blasfemia. Oblígale tambien, aunque sea valiéndose de un gendarme, á alimentar á su muger y á sus hijos, á respetar á su madre y á su hermana. Hace todavía mas: le conduce á la iglesia, le compele á rezar, le ordena que santifique las fiestas, de modo que este hombre, declarado malo, perverso, gana á la vez la tierra y el cielo. A la menor resistencia le ata piés y manos; y si vierte la sangre humana, descarga sobre su cuello la espada de la justicia sin misericordia, pero tambien sin cólera.

En una palabra, no solamente fuerza el hombre *malo* á su semejante á tener propie-

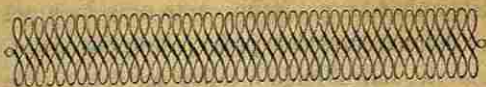
dad, familia, patria y libertad de expansion en el bien, sino que tambien le obliga á ser virtuoso para ganar así la vida eterna; consérvale á la vez la salud del alma y la del cuerpo; en una palabra, hace un ser divino é inmortal de la mas miserable de las criaturas: un *hombre!*....

Mas para llegar á este punto, no basta ser malo á medias; es preciso ser malo por completo (1). Vacílese un instante, y se compromete todo.

¡De aquí resulta que solo los *malos* son capaces de hacer al hombre *bueno*, y que los que se llaman buenos no sirven mas que para formar una sociedad de gente perversa, de bandidos y de salteadores de caminos!....

(1) Montaigne dice: "Para poder ser un poco bueno, se necesita ser muy malo."

De Genoude decia habitualmente: "La caridad pequeña mata á la grande."



III.

A pesar de tanta razón y sinrazón en favor de la bondad como sistema de gobierno, el pueblo está siempre, y en todas partes, por instinto, á favor de la fuerza contra la debilidad, aun cuando esta fuerza, se manifiesta á expensas de la justicia; porque comprende que el exceso de fuerza es un mal menor que el exceso de debilidad.

Cuando el pueblo se hace revolucionario y comete excesos, no es tanto porque se le ha inculcado que el hombre, bueno en su esencia, con derecho á todos los goces, puede á su gusto hacer, deshacer, reconstruir y

derrumbar los gobierno, sino mas bien por los detentadores del poder, indignos de ejercerle, han faltado á todos sus deberes de estricta justicia, primero respecto á sí mismos, despues respecto á sus gobernados.

La revolucion no es jamas un sistema, sino un castigo de la divinidad. Toda revolucion es una disolucion; lejos de ascender, desciende. Cuando estalla abajo, ya se ha consumido arriba. A veces, la bienhechora mano del Ser Supremo, procediendo como el médico que dilata la herida para curarla, destruye el mal por medio del mal mismo, evidenciando ante la vista de los hombres, extraviados por el vértigo revolucionario, el anchuroso abismo de la negacion, de la blasfemia y de la violacion de las leyes eternas.

Falta el poder á su mision, ya cuando da por sí el ejemplo de la injusticia y de la corrupcion, ya cuando entra en pactos con las falsas doctrinas del materialismo, transigiendo con el mal, sin oponerle resistencia enérgica por alcanzar una falsa popularidad. El primer estallido de la revolucion, es como el principio de un incendio. Si el po-

der, reconociendo sus agravios, confesándolos á la faz del pueblo, no retrocede ante sacrificio alguno para atajar el estrago, conseguirá aislar el mal restringiéndole á pequeño número de casas. Pero si dejando pasar los primeros momentos, el gobierno desaprovecha esta advertencia de la justicia divina, el incendio, activado por doctrinas infernales, por sistemas subversivos y corruptores, se generaliza con espantosa rapidez. En tal estado, ya no hay salvacion posible, ni para la ciudad, ni para los operarios. Derrumbaráse la casa con estruendo; pues, como dice el salmista, no ha sido edificada por la mano de Dios. ¡Castigo completo!

La prueba de que la revolucion es donde quiera un castigo del cielo, y no otra cosa, se evidencia en que, dirigida siempre á destruir lo existente, nunca, ni en parte alguna, ha sido capaz de crear ni de consolidar un poder justo y verdadero. En vano ha sido que sacerdotes falsos, sofistas de palabras, ciudadanos advenedizos han agotado sus esfuerzos para establecer un gobierno revolucionario, basado sobre la libertad y la bondad nativa del hombre. El primer hom-

bre fuerte, que en estos casos ha salido de la multitud para lanzar á latigazos á todos estos babiloneses, ocupados en edificar una torre imposible para hacerse célebres, como dice la *Biblia*, es aplaudido por el mismo pueblo que ha servido de instrumento á la revolución. Porque toda revolución hecha en nombre de la libertad conduce á la dictadura y al despotismo.

Ciertamente, el despotismo es un mal menor que la anarquía. Pero, donde quiera que se establece, no es en sí mismo mas que un castigo para todos los que han faltado á sus deberes. El despotismo es un instrumento divino, nunca un gobierno.

Luis XVI ha sido un santo mártir. Nadie lo niega. Pero no se nos venga á decir que en tiempos normales hubiera sido un buen rey. Su debilidad; su fé filosófica en la bondad nativa del hombre; su incertidumbre acerca de lo que debía considerar su deber; su afán de popularidad, le hubieran hecho apto tan solo para perdonar la mayor parte de las corrupciones que le circunian, y no habria jamas osado aplicar el hierro y el fuego á la asquerosa llaga de su época.

Cuando no se sabe castigar el mal, en vano se intentará proteger el bien.

Los Luises XVI particulares no son capaces de educar á un hombre ni de formar el corazón de una muger. No se educa á un hombre con frases filantrópicas. No basta hacer el elogio de una muger honrada para impedir que falte á su deber; otra muger sin experiencia. El ladrón no busca ejemplos en el hombre de bien; si quisiera imitarle, ¿seria posible que hubiese ladrones? Necesítase el temor de Dios, sostenido por el temor del hombre. Voltaire creyó burlarse al decir: "¿Hay aquí horca? pues estoy en país civilizado." Hubiera querido ver á Voltaire vivir de sus rentas y revolucionar á la Europa careciendo de cadalso. Sus propios criados le habrian ahorcado.

No hay bondad sin justicia. No hay justicia sin fuerza. El pueblo ama de tal modo la fuerza, por instinto, que perdona hasta las injusticias y las fragilidades de un hombre fuerte. Testigo Enrique IV. Dios solo no las perdona. Porque ante la magestad de Dios no hay hombre fuerte.

¿Era bueno San Luis? Justo y excesiva-

mente severo, jamas se prestó á una injusticia: "Mucho quiero á mi hijo, decia su "santa madre; pero preferiria verle muerto "á que faltase á cualquiera de sus deberes." Y era en sí tan poco bueno, que creia de su deber el exterminar á los infieles, sin que por esto fuese mejor para consigo mismo que para los demas. Porque, los llamados hombres buenos, usan de indulgencia con los otros; en razon directa á la que para sí propios utilizan, perdonándose toda clase de prevaricaciones. En realidad, todo vicio es una debilidad que el alma perdona al cuerpo. Necesitase gran fuerza de abnegacion, gran conocimiento de sí propio, para confesar un agravio, para expiar un crimen. Por lo regular, estos hombres *buenos* se ocupan de hacer alarde de severa moral preconizándolas en sus conversaciones, y de negar el mal mismo en vez de condenar su propia fragilidad.

Exíjase, si no, á un usurpador, bien detente una propiedad ó funciones ajenas, que declare ser la usurpacion un mal condenado por la moral cristiana y bien seguro es que preferirá revolver cielo y tierra

probar que la moral cristiana se ha equivocado, ó para demostrar que esta ley no es aplicable al caso en cuestion.

Rara vez el razonamiento de un hombre, aun siendo profeta, alcanza cumplido resultado. Necesítase la mano de Dios; necesitase los rayos celestes. A este propósito dijo un tiempo Isaías: "Quien quiera que "no escuche la voz prepotente de Dios, sentirá su mano."

Todo el que subleva un pueblo, invocando el nombre de libertad, es un déspota impotente; un hombre vil que, con su propio perdon, quiere legar sus crímenes al olvido.

Sabido es que el corazon de las ramerass encierra tesoros de bondad. Su bondad consiste en que nada saben rehasar, ni á sí mismas, ni á los demas. Toda muger buena sin principios severos, es foco de prostitucion.

Dion era discípulo de Platon. Derrocó la tiranía estrangera de Siracusa. Heráclito, intrigante político, amigo de Dion, sublevó al pueblo al grito de libertad y repartimiento de bienes. Vencido Heráclito, e-

xigieron los partidarios de Dion que se le entregase á la justicia, para extirpar, dice Plutarco, en el gobierno esa adulacion hácia el pueblo, plaga mayor y mas funesta que la tiranía. Pero, tomando Dion la palabra, contestó: "Los otros capitanes se ejercitan principalmente en la guerra y en las armas: en cuanto á mí, he vivido en la Academia el suficiente tiempo para aprender á dominar la cólera, la envidia y la obstinacion. La prueba de esta victoria sobre las propias pasiones no es la dulzura y la moderacion de que se hace alarde con los amigos y con las personas virtuosas, sino la clemencia y la humanidad que se ejerce con los que nos han hecho injusticia. Yo me propongo sobrepujar á Heráclito en prudencia y autoridad, tanto como en benignidad y justicia, porque solo en estas virtudes consiste la verdadera superioridad. Las hazañas guerreras, aun en el caso de que nadie pretenda disputarnos la gloria que de ella redunde, son generalmente revindicadas en parte por la fortuna. Si Heráclito es perverso, pérfido y envidioso,

¿ha de alterar Dion por eso su virtud y dejarse arrebatar por la cólera? Verdad es que las leyes autorizan la venganza mas bien que la injusticia que la ha provocado; pero la razon natural nos enseña que ambas provienen de la debilidad. La perversidad humana, muy difícil de corregir sin duda, no es, sin embargo, tan irreducible y brutal que no ceda á repetidos beneficios."

Ciertamente que no se hubiese expresado mejor en ocasion alguna un demócrata filántropo y miembro del congreso de la Paz. Pero, como el mismo Plutarco añade, "no se trataba de venganza ni de cólera, sino de justicia." La justicia no se venga. Hace un mal para impedir otros mayores.

Si Dion hubiese sido un simple particular, su lenguaje merecia calificarse de magnífico; porque entre cristianos, es decir, entre hombres que sepan confesar sus faltas ante Dios y no recaer en ellas, es lícito devolver bien por mal, aun á riesgo de sacrificarse. Y sobre lícito, es además un precepto evangélico.

DE BIBLIOTECAS

Pero no acontece lo mismo con el poder. Este solo tiene una obligacion: la de dispensar y hacer que se dispense justicia. Si perdona, es preciso que tenga la seguridad de que este acto no perjudica en manera alguna á la sociedad. Un pastor no tiene derecho de perdonar al lobo, aun cuando fuese tal que no hubiese temor de que pudiera devorar á los pastores.

¿Y qué sucedió á Dion? Indultado Heráclito, sublevó de nuevo al pueblo, y ocasionó la muerte de muchos miles de siracusanos, hasta que al fin fué asesinado. Pero otro Heráclito, tambien amigo de Dion, llamado Calipo, se hizo lugar cerca del jefe del poder, se formó adeptos, urdió una conspiracion, y estranguló á Dion en medio de una fiesta.

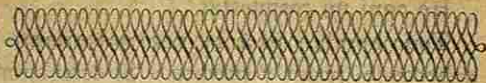
La muerte de Dion produjo la anarquía, y la anarquía condujo á los de Siracusa hasta la esclavitud.

Verdad es que Calipo fué asesinado á su vez, recogiendo el fruto cuya semilla habia sembrado; pero despues de Dion no gozó jamas Siracusa de la sombra de una libertad

pública. Si Dion, en lugar de bueno, hubiese sido justo y severo, habria asentado sobre sólidas bases el orden, librando para siempre á su patria de la anarquía y de la esclavitud.

El mismo Plutarco opina de esta manera.

Federico II tenia razon al decir que, si quisiera castigar á una provincia, enviaria filósofos para gobernarla. A fuerza de fraseología, de actos de bondad y de ejemplos de debilidad, al cabo de seis meses no habria mas que fraudes, robos, violencias y cosas peores aún.



IV.

Una persona, á la que acabo de leer el capítulo precedente, me hace las siguientes observaciones:

“Convenido: la justicia vale mas que la
“bondad como gobierno. Pero en cuanto
“á la vida privada, convendreis en que es
“imposible hacer prevalecer ante toda la es-
“tricta justicia, atendiendo á que la bondad
“y generosidad del corazón son cualidades
“sociales de primer orden. Sin estas cuali-
“dades, la vida ordinaria se haria imposi-
“ble.”

Hé aquí mi respuesta:

Todo hombre es á la vez gobernante y gobernado, poder y súbdito. Si debe sumisión á las disposiciones legales de su país, ejerce siempre cierto poder, ya sobre sus hijos, ya sobre sus amigos, respecto de los cuales está, por lo tanto, obligado á proceder con justicia y verdad.

Es evidente que no necesito requerir el auxilio de la justicia contra la injuria de cualquier advenedizo. Cuando un asno me da una coz, perdería lastimosamente el tiempo si tratara de corregirlo. Y sin embargo, si el asno toma el vicio de cocear, es preciso, como dice la *Biblia*, derribarle.

Tampoco es necesario interponerse entre el hombre y Dios. Si un hombre tiene vicios, su castigo concierne en primer lugar á la justicia; pero si la espada de la ley no puede alcanzarle, el brazo de Dios caerá siempre sobre él, primero para advertirle, despues para herirle.

Pero aun en la vida privada no se pueden perdonar las faltas mas que á hombres que

no se las perdonan á sí mismos; es decir, á hombres ya formados, á poderes ejercitados. Obrar de otro modo es un acto de debilidad, del que mas ó menos pronto habrá que ar-
repetirse.

¿Créese acaso que el poder se complace en juzgar en vez de perdonar? De ningún modo. Como la madre que castiga á su hijo, y prefiere oírle llorar á permitirle abandonarse á sus alegres caprichos; así las malas madres son siempre buenas mugeres, que sacrifican el porvenir de sus hijos á la tranquilidad del momento. ¡Es tan cómodo el educar los hijos dejándoles hacer cuanto les viene en mientes! Estas madres no educan los hijos para *ellos*, sino para *sí propias*; porque toda debilidad trae su origen del egoismo. La verdadera *buen madre*, por el contrario, sacrifica su reposo, su sueño, hasta su bondad, por el porvenir de su hijo, del cual hace un hombre justo á fuerza de castigos, de correcciones y privaciones.

Por mi parte, puedo perdonar malos versos á un buen poeta, un mal cuadro á un

gran pintor, un juicio falso á un excelente lógico; porque me bastará indicar estos defectos, para que los mismos autores se apresuren á corregirlos.

¿Pero debe usarse de bondad con todas las medianías del arte, de la ciencia y del foro? Si la sociedad ha llegado á este extremo, da en ello la mas cumplida prueba de su perfecta decadencia. De otro modo, bastaría que subsistiese en pié un solo modelo del bien, para condenar todos los falsos dioses de la falsa bondad.

Así, cuando mas corrompida está una sociedad, tanto mas predomina en ella la bondad social.

¿Se trata de un hombre al que todo el mundo elogia por su bondad y su indulgencia?

¡Pues bien! Si es hombre de negocios, aconsejo que nadie le confie sus intereses. Si es hombre político, guárdese cualquiera de contar con su preponderancia y su popularidad: se desharán tan fácilmente como la nieve al sol. En fin, si es un padre de familia, ¡pobre del que se case con su hija sin

pleno conocimiento de causa! ¡Fácil será que nada sepa rehusar de cuanto la lleguen á pedir!

Un hombre bueno, en este sentido, es por lo comun juguete de sus pasiones, de los que le adulan, de los que le explotan. Habrá un regalo de cien mil francos á un cómico, y no pagará á su sastre. Nunca tiene orden en sus negocios, porque el orden es la justicia.

Si es escritor, nunca vituperará cosa alguna, y hallará frases y medios para disimular todas las flaquezas, todas las faltas. Si escribe historia, tendrá lágrimas de tinta para el trono, para los girondinos y para los montañeses. Si es legitimista, se reconciliará hipócritamente con todos los enemigos de este principio, porque no lo será por convicción: será por necesidad de posicion, por vanidad, por buen tono, como multitud de cristianos que profesan esta religion á pesar suyo, y solo por haberla recibido en las fuentes bautismales. No se desavendrá con fragilidad alguna, con ningun defecto, con ninguna felonía. Por otra parte, todos los que

se apellidan hombres *buenos* necesitan constantemente de todo el mundo, en atención á que derrochan en un día lo que han recogido de cincuenta manos en seis meses. Estas gentes, en realidad, no viven, sino que pasan; no son diligentes y eficaces, sino inquietas y revueltas. Son incapaces para todo, porque no siembran, sino que esparcen á la ventura la semilla; parecidas al hombre que, después de haber recolectado un sae de trigo, le entierra en un solo sitio, en el que se pudre en vez de germinar.

Pero, continúa observando mi interlocutor, ¿es absolutamente indispensable ser severo para ser justo? ¿No basta para formar un hombre, hablarle en razón y ponerle en evidencia la belleza de la virtud á través del prisma tentador de la poesía?

Si yo no fuese bueno, contestaría: los que creen poder educar á un hombre por medio de palabras y razones, son estúpidos. Todo niño, con muy cortas excepciones, es un rebelde creado por la naturaleza, en el que existe el germen de las malas pasiones, de todos los apetitos materiales.

Para hacer de él un hombre honrado se necesita primero el ejemplo, después la fuerza, basada sobre la justicia.

Es muy de notar que los niños, detestando naturalmente la escuela, tienen muy pronunciado el talento de la imitación, é imitan con facilidad y con placer. Désele el ejemplo del bien, y lo imitará mas fácilmente que un hombre; pero predíquesele, trátase de inclinarle al bien por medio de razones, y se fastidiará y hará todo lo contrario.

En cuanto á la fuerza, la primera y la mejor para ser racional, es el temor de Dios. Solo la religión puede servir de lazo de unión entre las dos fuerzas divina y humana.

Como todo rebelde, el niño es razonador. Desafío al padre mas redomado á que convenza á su hijo con razonamientos, á menos que el niño no sea tonto; porque es preciso saber que, en punto á razones, hay mil para el mal contra una para el bien, así como se conocen mil enfermedades contra una sola salud.

Pasemos al terreno práctico, pues que todos hemos sido niños.

Mi padre me dice:

—Te prohibo que toques á esa pera.

—¿Y por qué me lo prohibís? Tengo hambre.

—Porque es preciso que el hombre aprenda á soportar el hambre, y á ver manjares sin tocarlos.

—¿Y por qué padre mio?

—Porque el hombre no está siempre seguro de tener que comer.

En seguida mi padre me cuenta por la vigésima vez cuántas hambres pasó durante los años de la primera revolucion. Con esto triunfa.

—Pues bien, padre mio; cuando yo no tenga que comer sabré aguantar el hambre como tú. ¡Pero ya que ahora hay aquí una pera y no estamos en tiempo de revolucion, comámosla!

Entonces mi padre, agotados los razonamientos, en vez de darme la pera, me pega una bofetada, y se acabó la cuestion. Mas tarde he comprendido la bondad de mi pa-

dre. Porque si desde mis tiernos años no me hubiera habituado á las privaciones y sefocado en mí, la tendencia á la codicia y á la envidia, no existiría ya. Mas de diez camaradas míos se ven en la miseria por haber sido mimados por sus padres.

—Padre mio, déjame guiar el carruaje.

—No quiero.

—¿Por qué?

—Porque te romperías la cabeza y estrellarías á tus hermanas.

—¿Pero si yo sé guiar los caballos? No dije mejor que él; pero en mi índole de rebelde, lo pensaba interiormente.

—Pues no quiero, y basta; no hay mas que hablar.

Mi primo, que tiene un padre muy bueno, guió muchas veces el carruaje en que iban sus hermanas. Su ejemplo me había incitado. Pero llegó un dia en que hizo volcar el coche, aplastó á un niño de diez años, y faltó poco para que su madre muriese de pena. Hé aquí al insurgente victorioso. ¿Cuál de los padres educó mejor á su hijo?

Declaro que siempre he creído saber dirigir un carruaje mejor que mi padre, y todavía tengo esta creencia.

Siendo maestro de escuela he hecho varias observaciones capitales; hélas aquí:

Los niños de gémo neutro se dejan guiar con palabras, lo cual no les sirve de óbice para robar golosinas y lápices. Aun así, es preciso que se les repitan muy á menudo las mismas palabras, porque con la misma, y aun mayor facilidad, ceden á los consejos del mal.

Los niños de carácter fuerte, por el contrario, no obran mas que á impulsos del ejemplo y del temor. Los argumentos no hacen mella alguna en su ánimo; porque *interiormente* razonan, y para todo hallan una respuesta mental. Sobre todo, los niños religiosos son capaces de todo el bien imaginable, porque están bajo el imperio del temor de Dios. A falta de este temor, es absolutamente indispensable, primero el ejemplo del bien, y despues, en el caso de obrar mal, el castigo.

A pesar de todo, y de cuantas correcciones se apliquen, los hijos de padres débiles y contemporizadores son incorregibles.

He conocido á dos muchachos de carácter firme, cuyos padres me han amenazado por haberles dado algunos papirotazos. Desde entonces los abandoné sin perderlos de vista. El mayor, muy fuerte en elocuencia, porque recitaba de memoria comedias enteras, ha sido condenado á diez años de encierro por delito de falsificación; el mas pequeño, poeta é historiador, ha quedado muerto en una insurreccion. En cuanto á los padres, ricos en otro tiempo, han hecho bancarota, y viven de la caridad municipal.

El hombre se halla siempre enfrente de un enemigo poderoso. Este enemigo es *el mismo*. Necesítase enseñarle desde sus primeros años á vencer este enemigo, á fuerza de luchas y de voluntad; de otro modo, jamas será mas que un marica.

Para vencer es preciso en primer lugar el ejemplo del combate y de la victoria.

Si se quiere una esposa honrada, escójase la hija de una madre que la haya dado con

su conducta el ejemplo de la honradez. Si se trata de formar un hombre honrado, désele el ejemplo de su hombría de bien; demuéstresele el trabajo que cuesta á quien la profesa, los sacrificios que ha tenido que hacer para obtenerla: iníciasele sin reparo en el secreto de esos trabajos, de esos sacrificios; impóngasele en los detalles de la vida de antepasados llenos de honradez, y seguro es que se hará efecto en su ánimo, y que se arraigarán en su corazón estos principios.

Cuando no se pueda prescindir de abandonar á personas extrañas la educación de un hijo, cuídese, ante todo, de que á la autoridad é influjo del maestro se sobreponga siempre la de esa divina maestra, llamada *religion*, que no solo enseña todas las virtudes á costa de mil sacrificios, sino que da el ejemplo de la práctica.

¡Desgraciado niño si por falta de energía ó por bondad, le consiente el maestro una sola trasgresion! ¡Pobre maestro si para dirigir cuenta solo con la eficacia de sus palabras!

Se declama mucho contra la aplicacion

de correcciones corporales á los niños: aprendices revolucionarios, que se quejan de que sus predecesores están encarcelados por el tirano. Semejantes seres nada valen. No son *hombres*, sino *señores*: son esclavos de sus pasiones, hasta que se agota en ellos la facultad de gozar, lo cual acontece muy en breve. Han sido tan bien y tan cariñosamente educados á fuerza de dulzura, contempORIZACIONES y razonamientos, que á los treinta años se encuentran viejos y gastados, y á los cuarenta tienen todos los vicios de una decrepitud tan impotente como repugnante.

Si en su niñez no han sido castigados por hombres, en cambio lo serán castigados en su virilidad por niños ó por mugeres, por una corte de calabras y de queridas.

¿Por qué ha degenerado la nobleza? Porque en vez de ser educada en las campiñas, en los trabajos del campo, bajo la severa tutela de la cruz, se ha criado sobre blancos tapices, con libros y periódicos *ilustrados*. ¿Dónde se encuentra entre ella un padre que dé á su hijo el ejemplo de la abstinencia.

cia, del trabajo y de la virtud? Si alguno hay de seguro que su hijo vale mucho más que el pleveyo advenedizo, que cree elevarse hasta la nobleza imitando sus vicios, su lujo y su lujuria. Toda la sociedad actual es negativa. La nobleza, un poco corregida, está menos corrompida que la clase media. Esta, á su vez, se halla sobrepujada en el mal por el pueblo, gracias á los maestros de escuela, á las novelas y á los periodiquillos de mala estofa.

Escójanse diez familias ricas y diez pobres, y se verá que los hijos del pobre, educados á fuerza de golpes y manteniendo ile-
sa la fé religiosa, viven en una honrada medianía, gracias á su trabajo; al paso que los hijos del rico, sin fé, y educados con libros, se encuentran próximos á la pobreza.

Para llegar á ser rico se necesita trabajo y virtud. Trabajo y virtud, dos cualidades que son alternativamente causa y efecto: porque así como la virtud inicia al trabajo, así el trabajo hace practicar la virtud.

Los ateos pretenden que muchas veces la

fortuna es hija de la necesidad, habiendo inventado esta palabra para negar la virtud. ¡Nefando error! La necesidad crea mas ladrones que hombres de bien. Nada hace el hombre, nada de valor produce si no lo ejecuta por deber. Cuanto adquiere para la vida presente y futura, propiedad y virtud, proviene de este. Cuanto pierde, desaparece por supuestos derechos absolutos é ilusorios.



De frente, con la bondad nativa y el reinado de la razón, van los derechos sagrados, primitivos é imprescriptibles. Hace mucho tiempo que la sociedad no procede mas que por derechos. Cada lustro inventa el progreso un nuevo adjetivo, que nos trae un nuevo mal.

Pero bueno es saber que no hay derechos aislados, independientes, absolutos; porque el derecho no es una causa, sino puramente el efecto de un deber. Muchas veces, aunque no siempre, irradia un derecho del com-

plimiento de un deber; pero nunca ha existido, existe ni existirá derecho sin deber cumplido previamente, sea por el mismo que ejerce el derecho, ó sea por otro, ya se llame padre, madre, hermano ó prójimo.

“El hombre es libre aun cuando haya nacido en prisiones,” ha dicho Schiller, repitiendo á Rousseau, el cual á su vez ha repetido á Lock. ¡Triple simpleza! Jamas ha nacido el hombre libre. Desde el instante mismo en que nace, se ve esclavo de necesidades á cuya satisfaccion ningún derecho tiene. ¿Podrá decirse que Schiller al nacer tenia el derecho de mamar? Y si su madre hubiera rehusado darle el pecho, ¿hubiera podido el futuro poeta hacer valer sus derechos? Dígase que era deber de la madre de Schiller el dar el pecho á su hijo. Esto será exacto. Cumplido el deber de madre, goza el hijo de sus derechos; pero esto no se llama un derecho. Además, nadie, ni nada en el mundo, puede obligar á la madre á hacer su deber, á no ser la religion, fuente de todos los derechos y de todas las libertades.

Lejos de haber nacido libre entre cadenas, el hombre ha nacido esclavo aun en el trono. No vive un minuto sin contraer alguna deuda con sus padres ó con la sociedad. Esta deuda, la mayor parte de las veces pertenece á la categoría de las incobrables; porque casi nunca paga el hijo á sus padres los cuidados y las penas que les ha causado, y todavía menos aún satisface la obligacion contraida para con la sociedad, que ha amparado su salud, su fortuna y su porvenir con sus leyes divinas y humanas. Pero Dios es inmensamente rico, y nunca hará bancarota para con el hombre.

¡La verdad es que el hombre nace ingrato!

Nuestro siglo de filósofos da mucha importancia al *derecho*. Hasta hay católicos que se aferran en esta palabra. Tanto valdria colgarse al cuello de un fantasma.

Véamos para qué sirve el derecho.

Dícese comunmente: yo tengo el derecho de trabajar y de adquirir fortuna. Bien. Pero hé ahí un pícaro vecino que quiere gozar del derecho de no hacer cosa alguna.

¡Ah! se replicará: es que nadie tiene el deber de estar mano sobre mano. Traducción literal: mi vecino, falto de bienes de fortuna, tiene el deber de trabajar para atender á su subsistencia; de otro modo, aun cuando no quiera robar durante cierto tiempo, desde el momento en que nadie puede compelerle al cumplimiento de este deber, es indispensable que viva del producto de sus rapiñas, y si no me roba á mí, robará á otros.

Todavía mas. Aun cuando por mi parte y la de algun otro no se oponga resistencia á semejante robo, llegará un tercero mas fuerte que se defenderá, y resultará un homicidio. Todo derecho que no provenga de un deber, viene á parar tarde ó temprano en derecho del mas fuerte.

Vuelvo, pues, á decir, y no me cansaré de repetirlo, que todo derecho ejercido es efecto de un deber cumplimentado.

Al alimentarme á costa de mis padres, cumplen estos un deber. Al enriquecerme á costa de mi trabajo, no solo cumplo por

mi parte un deber como trabajador, si que tambien cumplen el suyo respectivo mi vecino dejándome trabajar, y el gobierno compeliéndole, ó á trabajar á su vez, ó á dejarme tranquilo. Pero que no cumpla este vecino con su deber de cristiano y de ciudadano, ya sea por casualidad ó por negligencia del poder social, y mis derechos serán de todo punto ilusorios.

Los sofistas del derecho, impelidos por la lógica, pretenden ademas que todo derecho supone otro derecho; es decir, que el derecho exclusivamente mio, da el mismo derecho á mi vecino. Tanto valdria decir: quien de uno quita uno, pueda cero. ¡Este es el caso! Así, tengo por mi parte el derecho de vituperar las acciones de mi vecino, al cual, á su vez le asiste el mismo derecho. Si yo soy holgazán, mi vecino tiene el derecho de emborracharse. ¡Siempre el derecho del mas fuerte!

Efectivamente, por mucho que injurie á mi prójimo, siempre creeré que él me ha injuriado mas: le conceptuaré injusto, me

encolerizaré, él también, y hé aquí la guerra civil.

Siendo inclinado á la pereza, no permitiré que otro trabaje, á menos que no me dé el producto de una parte de su trabajo. El trabajador no querrá, y vencerá el que mas pueda. Derecho del mas fuerte.

Tengo el derecho de amar á una muger; mi vecino también. Habrá desafío. Derecho del mas fuerte.

En fin, no procediendo á impulsos del deber, á nadie permitiré que me mande. Exijiré por el contrario que se me obedezca; porque todo el que no tiene imperio sobre sí mismo; desea ejercerlo sobre los demas. De ahí esos millares de hombres de estado que hormigean en el fango de las sociedades secretas y en el cenegal de las asambleas democráticas, sin que por eso dejen todos de ser hombres del derecho.

Una de estas notabilidades, antiguo ministro, creado á todo tirar para lacayo, me ha contado que en su vida habia permitido á sus padres ni á sus maestros que le pusieran la mano encima, por no ver humillada su dignidad de hombre libre.

En este momento el hombre libre vaga errante en el destierro despues de haber sufrido á todos sus amigos en la mas profunda miseria.

Desafío á cuantos legisladores y juriscultos se presenten á definirme un solo derecho, no resultando de un deber cumplimentado; que no conduzca forzosa y lógicamente, primero á la guerra, y despues á la esclavitud, ya sea bajo la forma del despotismo, ya bajo la del comunismo.

—Tengo el derecho de comer, exclaman los socialistas.

—No, señores. Teneis el derecho de trabajar para ganar vuestra subsistencia con vuestro sudor, á menos que no seais impedidos, viejos ó niños.

—¿Pues por qué el rico que vive en mi vecindad, come sin trabajar?

—Porque su padre ha trabajado por él.

—Protestamos.

—Pues protestad contra la nariz engarbitada que debeis á vuestro padre. Verdad es que en cambio teneis la hermosa cabellera de vuestra madre. De los padres se he-

reda la salud ó la enfermedad, la fortuna ó la pobreza. Mas aún. Herédase de ellos la bendición de la virtud y la maldición del vicio, si bien es cierto que el hijo puede enaltecerse, borrando la marca de aquel, por medio de la virtud y la expiación. ¡Paciencia! Si ese rico tiene vuestros principios; si no sabe aumentar su fortuna á costa de economía y trabajo, sus hijos se verán reducidos á la mendicidad; al paso que los vuestros, si se han educado en el santo temor de Dios y han aprendido á trabajar, vivirán en la abundancia.

—Tenemos el derecho de hablar y escribir cuanto nos ocurra.

—No, señores. Teneis el derecho de hablar, á condicion de que vuestras palabras sean regulares y que emanen de un sentimiento del propio deber, que incite á los demas hombres á hacer el suyo; pero si usais de la palabra para impedirles que le cumplan en el instante, yo, gobierno, me hallo desembarazado de mis deberes de protector.

—¡Ah! exclamareis. Nosotros no procla-

mamos mas que la justicia; el gobierno y la sociedad son los injustos.

—¿Y quién os ha autorizado para formar semejante juicio?

—Nosotros no tenemos mas inspiracion que la justicia divina, y condenamos á los hombres con la ley de Dios en la mano.

—En ese caso, estad seguros de que ese mismo Dios, en cuyo nombre hablais, sabrá sosteneros, así como podeis estarlo tambien de que á todo poder que falte á sus deberes le llegará el momento de la expiación.

Procurad, pues, inculcar todas estas verdades como hombre apegado á sus deberes, que da consejos, aun á riesgo de ser contado entre los mártires; pero no por eso os creais en vuestro derecho al conspirar, al sublevar al pueblo y al colocaros á su cabeza, para que os haga justicia á vosotros mismos. Porque por muy malo que sea un gobierno, el que deba su existencia á una insurrección será siempre necesariamente mucho peor.

No me cansaré de repetir una y mil veces que los derechos primitivos no existen, y que el hombre solo tiene deberes. De-

eres de obrar en un sentido, deberes de dejar de obrar en otro. Deberes de hacer bien; deberes de no hacer jamas mal. Estos últimos deberes son los que figuran en primera línea, porque el escaso bien que el hombre hace emana del mal que impide hacer.

Los deberes que uno ejerce producen para otro ciertos gozes, á que se da el nombre de *derechos*, verdadero fruto del árbol del deber, aunque no produce de continuo el mismo fruto; la misma causa no produce en todos los casos iguales efectos. A veces se cumple con un deber sin que de ello resulte derecho legítimo. A veces tambien hacen algunos en este mundo sus deberes sin gozar de los derechos que les corresponden, mientras que otros disfrutan estos por el pronto, sin que hayan cumplido sus deberes.

Preguntaban en cierta ocasion á un hombre virtuoso, ó por mejor decir, no tan vicioso como otros, por qué razon padecia.

—Padezco y sufro, respondió, para que tú, gran canalla, puedas vivir; yo soy el que pago tus deudas. Ya he dicho mil veces que no hay justos.

Sin embargo, estos intervalos no suelen durar mucho tiempo, pues que mas tarde ó mas temprano los derechos sin deberes vienen á terminar en el mas completo aniquilamiento de todo lo existente; en el suicidio físico y moral.

Así como tambien, andando el tiempo o un hombre que cumple exactamente con su deberes, acaba por disfrutar de sus derechos.

A no ser que, haciendo alarde de un exceso de virtud cristiana, prefiera despreciar aquellos derechos mundanos, con objeto de crearse una renta segura y eterna en la otra vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VI.

¿Cosa curiosa é instructiva por cierto! Ni uno solo de los legisladores de la antigüedad ha hablado de derechos. Todos los preceptos de la *Biblia* se hallan concebidos en los siguienses términos: “Tú no harás esto,” ó bien, “tú harás estotro.” El primer ser que habló de un derecho fué la serpiente, cuando dijo á Eva que tenia derecho á comer del fruto á que Dios la habia prohibido tocar por envidia, por miedo de tener, un igual suyo. Los hombres que invocan el derecho no han tenido jamas otro lenguaje, puesto que acusan siempre á Dios y á la

sociedad de envidia, cuando no de crueldad.

Las palabras *derecho del hombre*, reducidas á su estricto valor, equivalen á decir: "Lo que Dios y la sociedad deben al hombre."

Nuestros modernos constituyentes, que decretan derechos y libertades tomando el nombre de Dios, serian algo mas lógicos si añadiesen el artículo siguiente:

"En el nombre de Dios y de los derechos primitivos que la sociedad libre é independiente debe al hombre:

"En lo sucesivo todo ciudadano tiene derecho á nacer sano y hermoso; á mantenerse bueno toda su vida; á no trabajar; á no necesitar jamas del médico; á exigir que haga siempre buen tiempo; á tener una muger bonita, y á no morir sino de viejo."

Yo tenia un profesor, que me solia decir á menudo: "Todo hombre está destinado para tener cien mil francos de renta; solo que no todos viven lo suficiente para alcanzar su destino."



VII.

Quede sentado enhorabuena, se dirá, que no existen derechos ni deberes. Mas entonces, ¿por qué tenemos un gobierno? ¿Por qué vemos hombres que conservan el derecho de mando?

¡Ah! ¡Desde que los hombres toman el poder por un derecho, ya no hay ni gobierno, ni autoridad, ni poder!

El poder, con efecto, es un deber de los mas penosos; es una especie de cruz divina; así como los que le codician para gozar de ciertos derechos son unos revolucionarios,

que, lejos de ejercerlo, lo conmueven y agitan en daño de la sociedad. No nos cansaremos, pues, de repetir que el poder es un deber, ó no es mas que el derecho del mas fuerte, que es lo mismo que nada, ó sea, un cuerpo sin alma.

El primer deber del que manda consiste en evitar el mal y en vigilar, hasta exponiendo su propia existencia, para que se haga justicia, siempre y donde quiera que sea. Esta es la principal mision del poder; y lo que los revolucionarios y los blasfemadores llaman *derecho*, no es otra cosa que el deber que existe de resistirlos. Y digo resueltamente que esto es un deber, porque un poder, contando con todos los elementos de vida, cede ante los trastornadores, es excéptico, cobarde é indigno del puesto que ocupa. Un rey mártir no compromete en manera alguna la santidad del deber; pero un rey que abdica á la vista de los impíos con solo el objeto de salvar su vida, compromete ante Dios, así á sus descendientes, como á sus contemporáneos; porque falta á su primer deber, cual es el de perecer antes que consentir una injusticia.

Por mas que un poder hable de sus derechos, no conseguirá hacerse respetar hasta tanto que él mismo represente el respeto de la justicia. Bien sea que se rodee de trabanes, de heraldos ó de soldados, cualquiera fuerza que aquel organice, y que no represente en sí la justicia, habrá de concluir por extinguirse y volverse contra sí mismo. Una fuerza que no pueda presentarse bajo el estricto nombre de la justicia, se parece al estado de plenitud de sangre cuando esta no puede circular por las veñas. El cuerpo, afectado por aquella fuerza tan violenta, viene al fin, bien á morir de hemorragia ó de un derrame interior de la sangre, bien á ceder á impulso de alguna otra causa.

Nadie puede ocupar el primer puesto en una nacion, sino á condicion de representar en ella el primero de los deberes: la justicia.

La causa de haber sufrido nosotros tantas revoluciones está en que el poder, en lugar de considerarse á sí mismo como un deber, ha dado crédito á los derechos.

Así es que una revolucion no suele ser nunca prueba de fuerza, y de energía, sino

mas bien de disolucion y de desquiciamiento general. Jamas una revolucion triunfante ha dado ni la sombra de lo que tenia prometido. Una porcion del pueblo, que se amotina á los gritos de *¡viva la libertad!* no es mas que un rebaño de esclavos, puesto que la libertad es la hija única del orden, y la insurreccion da siempre por resultado el despotismo. Si fuese posible que los cortesanos se reuniesen alguna vez para insurreccionarse, lo harian al grito de *¡viva la libertad!*

Una revolucion es un castigo del cielo, porque suele tener siempre lugar cuando el poder ha faltado á todos sus deberes. Este, que es el primer vencido, se ha hecho por su culpa acreedor á aquella suerte; mas no por eso son mas dichosos los vencedores, puesto que su misma victoria suele frecuentemente ser su tumba.

Sí; porque desde que el poder deja de ser estrictamente cristiano, los hombres que le representan creen en ciertos derechos absolutos, y por consecuencia no pueden tener tal poder.

Un hombre que se halla colocado en el

poder, no solo tiene deberes individua'es que cumplir, como cada uno de nosotros, sino que es ademas responsable de todos los deberes violados por sus súbditos.

Juzgad, pues, qué peso deberá llevar sobre sus hombros.

El poder, lejos de ser buscado y codiciado, debería imponerse al mas fuerte; esto es, al mas santo; porque el ponerlo en manos de un hombre débil es lo mismo que entregar á un niño un pesado fardo, y creer que habrá de poder conducirlo solo porque se le ha hecho al efecto un traje de terciopelo, y porque el fardo ha sido envuelto en rica seda.

Si en el dia el poder parece una cosa tan fácil y llevadera, y pasa de unas en otras medianías, es preciso achacarlo á que la sociedad se halla tan corrompida, que, con tal que no sea un pobre de corazon y de principios, cualquiera puede valer mas que ella.

En una sociedad de cristianos, de hombres fieles observadores de sus deberes, seria preciso ser un santo para *governar*. Advertíase que no digo para *reinar*; basta que el trono se halle *vacío*, para que las media-

nías ambiciosas no puedan impulsar á la nacion á precipitarse en un abismo, á fin de saber quién de entre ellos habria de ocuparlo algunos días.

El poder viene de arriba, en el sentido de que se halla únicamente instituido, para hacer ejecutar las leyes divinas y confeccionar, atendiéndose á aquel modelo, las humanas, las civiles y las sociales.

Para un pueblo ateo, la política es una ciencia temporal, que varia segun las ideas y las pasiones del día. El objeto de esta ciencia, llamada maquiavélica, es el mantenerse en el poder y gozar de todos sus privilegios á expensas de los gobernados y de otras naciones.

Sea cual fuere la forma del poder ateo, siempre representa el derecho del mas fuerte, bien sea por medio de la astucia, ó bien por medio de la fuerza bruta.

En un país cristiano, por el contrario, la política, lejos de ser una ciencia diplomática, es la que se halla al servicio de la religion y de la ley divina; y para ello no hay necesidad de estudiar enormes volúmenes ni escuchar largas y prolongadas disertaciones:

todo aquello que no esté conforme con la moral cristiana, pertenece á la mala política. San Luis no necesitó para nada los consejos de Maquiavelo, y mucho menos de David. Cuando el gran rey cometia una falta, cubríase la frente de ceniza ante su pueblo, y se prosternaba ante Dios pidiéndole fervorosamente perdon. Una vez hecho el mal, procuraba repararlo confesándolo públicamente, y bien lejos de pensar en *dividir*, su afan era estrechar mas y mas, valiéndose para ello del cimiento divino de la religion.

Un poder cristiano, dejando á un lado la ciencia de la intriga y de la astucia, comienza por dar ejemplo de templanza, de castidad, de orden y de sumision á la justicia y á las leyes divinas, y una vez fortalecido con aquel ejemplo, hiere con la espada divina, que le ha sido confiada, á todos cuantos se atreven á quebrantar sus leyes, sin dejar por eso de tender una mano paternal á los que con un verdadero arrepentimiento vuelven al ejercicio de sus deberes.

Lejos de buscar la popularidad de los hombres, popularidad falsa y engañosa, aquel poder solo trata de hacerse agradable

á los ojos de Dios. ¿Qué es lo que puede temer de los hombres, cuando Dios no le abandona jamas? Para él la muerte no es mas que una divina trasfiguración.

No se trata ya de prolongar la existencia por un tiempo indefinido, sino de que esa misma existencia sea bien aprovechada, así como al juzgar una obra maestra del arte se elogia mas la excelencia del trabajo que el tiempo que haya tardado en hacerse.

Ademas de que un poder decidido á morir antes que ceder ante el mal, vivirá sin duda mucho mas tiempo que otro cualquiera poder cobarde y popular que se deje doblegar por la debilidad.

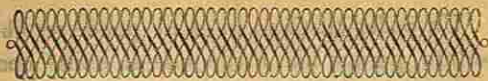
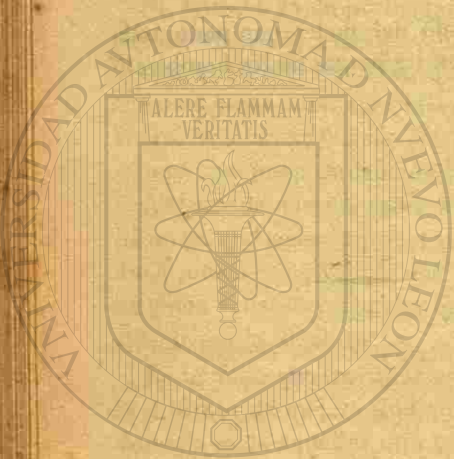
El hombre que mortifica sus pasiones suele disfrutar de mejor salud que el que, siendo esclavo de aquellas mismas pasiones, viene á ser devorado por ellas en la flor de su edad.

El hombre marcha en dos piés, porque como es el único que tiene sus raíces en el cielo, eleva la cabeza en dirección del firmamento, y solo el cielo es tambien su verdadero sosten y apoyo para todo.

El poder que llega á olvidarse de todo es-

to, caerá bien pronto, sea cual fuere su fuerza material; y aunque fuese tan grande como Goliat, no faltará nunca algun David que le hiera en la frente, que es su parte débil.

“¡Desgraciado del poder que pone toda su confianza en los brazos de los hombres!”



VIII.

Hasta el presente, habrá presumido todo el mundo que yo era absolutista; mas ahora, al ver de qué manera he definido el poder, se dirá de seguro que soy radical.

Yo resumo en estas palabras la política cristiana: política de Dios.

Así es que la esencia del cristianismo consiste precisamente en *que ha cambiado los derechos en deberes*, y á este cambio divino es al que nosotros debemos la libertad y la dignidad humana, desconocidas para el paganismo.

Un poder cristiano ni es ni puede ser absoluto, porque mas arriba que él existe una carta divina, verdadero *habeas corpus* nacional, á la cual es preciso prestar obediencia. Un pueblo gobernado por un poder estrictamente cristiano no tiene necesidad de constitucion alguna. Es libre; goza de todas las libertades de hacer bien, y ademas se halla garantido contra la libertad de hacer mal.

¿Quieren obtenerse pruebas de esto? ¡Ábrase la historia! Allí se verá que el último de los reyes cristianos es mejor para regir una nacion que el primer republicano de Atenas, que el mas glorioso emperador de los romanos. Tito, llamado el *bueno*, hizo arrojar seis mil cristianos y judíos á las fieras. Sus prisioneros de guerra eran sus esclavos. El respeto de la propiedad era cosa desconocida entre los paganos, entre los cuales solo imperaba el derecho del mas fuerte. La libertad data solo desde los tiempos del cristianismo.

Hé aquí, pues, demostrado como *todo absolutismo, todo despotismo, es forzosamente pagano.*

Si en un país cristiano se establece el des-

potismo, estad seguro de que solo será cristiano en el nombre; que la fé ha desaparecido de su suelo, y que la nacion entera se ha entregado al paganismo hasta en los mas mínimos pormenores de las costumbres privadas.

Pero, me objetarán algunos: ¿y dónde está la garantia de que el poder observará las leyes morales y religiosas del cristianismo? ¿No podrá suceder acaso que ese poder, faltando á todos sus deberes, niegue hasta las obligaciones divinas, y trate de adoptar las leyes paganas, á fin de satisfacer sus brutales pasiones?

En eso, efectivamente, está el peligro; y de un solo brinco nos hemos colocado en el centro culminante de la cuestion, muy sublime, por cierto, y digna de que estén atentas á ella todas las personas ilustradas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



IX.

Existen verdades políticas de primer orden, que, aunque sencillas y auténticas, no llegan á ser generalmente conocidas sino despues de trascurrido cierto espacio de tiempo, á veces siglos enteros.

Nadie hasta ahora, por lo menos que yo sepa, ha puesto en parangon la marcha *ascendente* de las constituciones políticas con la marcha *descendente* de la religion: cosas ambas que parecen colocadas en una balanza, de cuyos platos sube el uno cuando el otro baja, platos en los cuales, se halla el cielo y la tierra.

Cuando los pueblos y los reyes tenían fe en las instituciones religiosas, las constituciones políticas no eran conocidas todavía, y hasta eran superfluas, porque siempre que el poder faltaba á sus deberes, se le recordaba el cumplimiento de ellos en nombre de la religión. El Papa, en aquellos tiempos, era á la vez representante de Dios y del pueblo, y antes que el Papa, estuvo encargado de tan santa misión el clero independiente de la Francia. Nada tiene, pues, de extraño que los reyes se hayan sublevado contra aquel poder moral, que ponía un freno á sus apetitos, á sus ambiciones, y aun á veces, á su inclinación hácia el despotismo pagano.

Sin embargo, los primeros que se rebelaron contra aquella autoridad moral nada ganaron realmente en poder, pues apenas se vieron libres del clero, cuando se vieron obligados por la lógica de los sucesos á someter sus acciones á un tribunal nacional, que se estableció en todas partes bajo diferentes títulos y denominaciones.

Quando desaparece ese poder *arbitral*, es siempre reemplazado por otro poder *arbitrario*.

De este modo fué cómo Felipe el Hermoso, que acababa apenas de vencer al Papa, se vió obligado á convocar *los Estados generales que no habian existido hasta entonces*. En todas aquellas partes donde el poder desbocado se hizo por sí mismo Papa, se ha establecido, ó el despotismo, ó una constitución mas ó menos nacional. Testigos de esto son Suecia é Inglaterra.

¿Qué es, pues, en el fondo una constitución con cámaras, que tienen potestad de hacer las leyes, y casi soberanas, compuestas de quinientos miembros? Es una reunión de quinientos papas, recordando todos los días al gobierno su deber, con la circunstancia de que cada uno de estos papas entiende el deber á su modo. El uno opina por el despotismo, el otro por el liberalismo; aquel se decide por el ateísmo, y no falta tampoco quien proponga el comunismo.

Pero esto no es bastante todavía.

Gracias á la libertad de la prensa, palabra muy mal entendida, puesto que por ella no se subordinan los derechos á los deberes; gracias á la *materialización* de la prensa, los quinientos papas de las cámaras se encuen-

tran á la vez con otros quinientos papas de los diarios, que no hacen otra cosa que recordarles diariamente sus deberes.

La verdad es que cada uno de aquellos papas improvisados habla tanto de los deberes, porque está persuadido que tiene derecho para ser ministro; y sin embargo, un gran número de ellos ni siquiera sabe cumplir con aquellos simples deberes de un ciudadano católico, y los restantes, que no son por cierto los menos engorrosos, pertenecen á una medianía sin esperanzas, aunque honrada.

Vamos, pues, á seguir la marcha de este movimiento ascendente y descendente, que es harto curioso por mas de un título.

Establezcamos desde luego un hecho capital: si los gobiernos que se llaman cristianos han sido tantas veces presa y víctimas de las constituciones, consiste en que, creyendo verse libres de los deberes cristianos, se han suicidado.

Creyeron ganar en poder y en libertad quitando al clero su independencia y el derecho de representar, y sucedió precisamente todo lo contrario. Al querer sustraerse á

la ley de Dios, cayeron bajo el capricho destructor del hombre.

Y ciertamente al clero no habrán de faltarle jamas profetas salidos de su mismo seno, que, bien pagados por el Estado, sabrán decir la verdad al poder. A Bossuet no le dió ningun cuidado el tener que echar en cara sus faltas á Luis XIV, y en ello cumplió con su deber. Pero, ¿habria podido Luis XIV arrojar lejos de si la carta de Bossuet, si hubiera sido el Papa ó un concilio quien se la hubiera dirigido, ó bien si el clero francés en corporacion se la hubiera leído en medio de todo el pueblo?

Y si hubiera podido oponerse un freno de esta especie á los desarreglos de Luis XIV y á los de Luis XV, ¿habria acaso llegado á estallar la revolucion? ¿La sociedad se habria, por ventura, corrompido hasta el punto de hacer aparecer á Voltaire y á Rousseau como profetas vengadores?

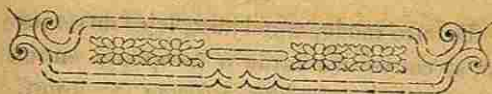
Así es que durante todo el tiempo que en un Estado cristiano el clero, que es el que representa la ley divina, tarde en ser independiente del poder, tendremos constituciones mas ó menos paganas y democráticas.

Con la independencia del clero no sería difícil de que pudiera crearse una constitución cristiana, que sería la antigua constitución de la Francia, adaptada á todas las necesidades de los tiempos modernos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



X.

Volvamos, pues, á tomar la cuestión *ab ovo*, y terminémosla de una vez.

Por mucha que sea la firmeza de un hombre, nunca podrá este ser juez en causa propia, y por mucha que sea su equidad, puede muy bien equivocarse y dejarse arrastrar á una injusticia. Se ve, pues, que necesita un juez, y que este juez no puede ser justo sino á condicion de no poder, en ningun caso, aprovecharse de la condena y reemplazar al sentenciado en sus funciones (1).

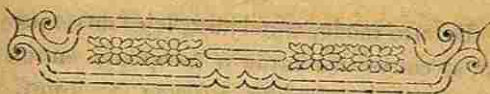
(1) Estas dos prerogativas, reunidas en una sola mano, han arrebatado á Roma desgraciadamente el ejercicio del poder moderador en los negocios del mundo político.

Con la independencia del clero no sería difícil de que pudiera crearse una constitución cristiana, que sería la antigua constitución de la Francia, adaptada á todas las necesidades de los tiempos modernos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



X.

Volvamos, pues, á tomar la cuestión *ab ovo*, y terminémosla de una vez.

Por mucha que sea la firmeza de un hombre, nunca podrá este ser juez en causa propia, y por mucha que sea su equidad, puede muy bien equivocarse y dejarse arrastrar á una injusticia. Se ve, pues, que necesita un juez, y que este juez no puede ser justo sino á condicion de no poder, en ningun caso, aprovecharse de la condena y reemplazar al sentenciado en sus funciones (1).

(1) Estas dos prerogativas, reunidas en una sola mano, han arrebatado á Roma desgraciadamente el ejercicio del poder moderador en los negocios del mundo político.

De otro modo, aquel juez, lejos de ser justo, se convertirá tarde ó temprano en un competidor, y perderá, á fuerza de injusticias, su derecho de juzgar.

Semejante ley es absoluta, y no admite excepcion alguna, ni respeto al individuo, ni respeto á un pueblo, que es el hombre colectivo.

El simple buen sentido no podrá menos de rechazar á un magistrado que trate de juzgar á un prójimo suyo, al cual deba heredar, despues de haberle desposeido por medio de una condena.

¿Quién pensara que este régimen está admitido en casi todas las constituciones revolucionarias, y que varios hombres eminentes lo han elogiado!

Porque, efectivamente, los parlamentos modernos no son, por lo general, mas que unos tribunales que juzgan, que condenan, y que heredan derechos y privilegios de sus sentenciados.

¿Qué es si no una Cámara de las del día! ¿Con qué objeto existe? Supongamos que la sentencia de la Cámara recibe su ejecucion, y que el poder desaparece, ya sea por efecto de una oposicion seguida de una in-

surreccion, ó ya por una abdicacion. ¿Quién ejercerá el poder en este caso? La Cámara, ó bien sus miembros reelegidos, ó, lo que es lo mismo, los jueces mismos que han pronunciado la sentencia.

¿Por qué admirarse entonces de que en cada Cámara de esas haya siempre un partido, cuyo objeto es juzgar á diestro y siniestro, y condenar sistemáticamente al poder del cual espera ser el heredero? Para esto no se necesita ser republicano ni soñar en una dictadura. Un ambicioso elocuente é ignorante que aspire á ser ministro; todo lo hallará malo como juez, hasta el momento en que él consiga un ministerio.

Dícese que el rey es inviolable. ¿Qué ficcion! Que cambie de ministros cuantas veces quiera, que él tendrá siempre jueces que, como no estén en el poder, le condenarán todo hasta llegar á subir á él. Y al fin será preciso, ó que el rey se deshaga de la Cámara, ó que esta se deshaga del rey.

Me olvidaba de una segunda ficcion. Sobre esta Cámara existe otra, que se llama de los Pares, de los Lores, ó cosa que lo valga, y esta es la que juzga en última instancia.

En primer lugar, ó aquella Cámara archi-soberana es nombrada por el pueblo, ó lo es por el poder. En el primer caso, no existe mas diferencia entre esta Cámara y la ordinaria que la del nombre; será juez y parte, y suscitará al poder infinitas querelas. Por llamarse par, lord ú otra cosa, no se deja de ser hombre, es decir, una mediocría vanidosa, locuaz y turbulenta.

Si aquella Cámara recibe su nombramiento del poder, se identifica con él, y tarde ó temprano será vencida, juzgada y condenada por la Asamblea electiva del pueblo.

Lo mismo que sucede con las Cámaras, eso mismo acontece con la prensa soberana. Todo periodista es un juez que condena; y como no desea otra cosa que ser representante, senador ó ministro, juzgará y condenará hasta tanto que consiga heredar á una de sus víctimas. Una vez conseguido aquel objeto, su discípulo, que valdrá menos que él (porque en la prensa, así como en el parlamento, los recién llegados se ven obligados, para distinguirse, á ir mas allá que sus predecesores); su discípulo, digo, procurará abrirse el mismo camino, aunque para ello

tenga que pasar sobre el cuerpo de su maestro: de suerte que la sociedad, tarde ó temprano, no viene á representar otra cosa que una especie de bosque de Boudy político, en donde el uno degüella con la mayor suavidad al otro, no precisamente por odio que le tenga ó porque desee hacerle mal alguno, sino por reemplazarle en el puesto que ocupa. No todos los golpes, á la verdad, son certeros; mas no es seguramente por culpa de los que los descargan.

Estoy seguro de que se me citará como un contra-ejemplo á la Union anglo-americana; pero ese pueblo no es una nacion cristiana. Cuenta con cuatro millones de esclavos: *que estos cuatro millones de esclavos voten, y veremos entonces qué es de la libertad y de la propiedad.*

Ademas de esto, como aquel pueblo no cuenta mas que con unos cuarenta años de existencia, conserva todavia un pedazo de tierra que dar á todos los ambiciosos: es un verdadero pueblo niño, que no ha echado todavia los dientes. Mas, á pesar de todo, ya la democracia y el socialismo han invadido el Congreso y el Senado, y de aquí á

algun tiempo la América, despues de sembrar la democracia, vendrá á recoger la guerra civil y el despotismo.

Se me citará tambien el ejemplo de la Inglaterra.

Suponiendo que la constitucion inglesa sea verdaderamente nacional, ¿probará esto acaso algo en su favor por lo que hace á otros paises? ¿Por qué, si esa prueba, ha sido desgraciada en todas partes? Admitamos que la Cámara de los Comunes haya tenido suficiente moderacion para no condenar la dignidad real. ¿Las cámaras francesas, alemanas é italianas han seguido, por ventura, aquel ejemplo? No. Preciso es, pues, que la constitucion inglesa sea forzosamente local, y que en nada pueda hacer decaer el principio que dice que toda Asamblea soberana es incompatible con otro poder cualquiera á su lado.

Las razones locales fácilmente se comprenden. En primer lugar, los ingleses no están en realidad en Inglaterra. Su territorio se halla en la India, en las islas Jónicas, en Malta y en otras varias partes, excepto en Inglaterra.

Aquella tan famosa constitucion no existe para la Irlanda hace ya muchos años.

En segundo lugar, la Inglaterra se halla aislada del Continente, circunstancia que ha dejado de existir por la invencion del vapor. Así es que, desde que esto ha tenido lugar, la constitucion inglesa, falsa y sin lógica, tiembla sobre sus cimientos.

Déjese trascurrir algun tiempo y se la verá desaparecer: ó los Comunes, elegidos por el *sufragio universal*, habrán de abolir hasta el nombre de la dignidad real, ó esta, apoyada por los Lores, cercenará los derechos de los Comunes, y creará otras leyes mas severas para la prensa.

Por lo demas, y á contar desde hoy mismo, la inviolabilidad real en Inglaterra se apoya exclusivamente en la fuerza. Trátese, sin embargo, de saber quién de los dos será mas fuerte, si los cartistas y los obreros coaligados, ó los constables. Cuando un pueblo llega á hacer una tentativa de insurreccion, la constitucion se convierte en una ficcion. Será respetada únicamente por todo el tiempo que obliguen á hacerlo así los gen darmes.

Es ridículo ponderar el mecanismo de una constitucion, cuando la salvacion del país descansa únicamente en un ejército aislado y en una policia pasiva. Yo hago memoria de dos conatos de insurreccion en Inglaterra, que si no han llegado á tener buen éxito, no ha sido ciertamente por culpa de los comunes.

O una constitucion semejante se ha hecho para evitar todo ensayo de revolucion violenta, ó de otro modo, no es mas que una vana ficcion política.

Por otra parte, ¿acaso el pueblo inglés es mas feliz porque goza de su constitucion? ¿Por qué, entonces, existen tantos diarios de oposicion, tantos obreres y sociedades socialistas, y tantas miserias en Irlanda, y aun en la misma Inglaterra?

Sería necesario, para poder ser justo, que hubiese una asamblea soberana, cuyos miembros jamas pudiesen aspirar al poder; una constitucion que no fuese el resultado ni de una eleccion popular, ni de un nombramiento del gobierno.

Esto, desde luego se ve que es tan imposible, como formar una reunion compuesta

solo de sábios; y aunque demos por sentado que fuese posible, ó el gobierno llegaria á identificarse tarde ó temprano con aquella institucion, absorbiendo en sí todo lo demas, ó bien ambos se devorarian mutuamente, como ya aconteció en Esparta, donde los eforos y los reyes acabaron por asesinarsé unos á otros.

¿Cuál es, pues, la ley fundamental de un gobierno civilizado? *La ley cristiana, segun la cual la insurreccion no está autorizada jamas.* Se puede y se debe decir la verdad al gobierno; pero no se le debe nunca condenar. *Toda institucion que se halle armada de este poder es pagana.* Si se adopta el deber de decir la verdad, es preciso antes morir que faltar á otro deber cristiano: el de guardar la ley divina. Bajo ningun concepto le es permitido á un cristiano predicar la insurreccion y dar el ejemplo de ella, á menos que el poder no atropelle abiertamente todas las leyes divinas y humanas, escitando al ateismo y proclamando el derecho de la fuerza bruta. De otro modo, el mal que se trate de remediar será reemplazado por otro mayor.

Respecto á los crímenes que son independientes del poder, los hombres no tienen necesidad de juzgarlos. Hay un Dios, ante el cual no hay grande, ni fuerte, ni poderoso. Su justicia es lenta y paciente, pero tiene su término, y sabe elegir muy bien sus instrumentos de destruccion. Estos no suelen ser siempre gentes honradas, pero llenan el objeto de tales encargos; y cuando por casualidad llegan á persuadirse que aquello va de veras y se creen dignos de desempeñar el papel de vencedores, Dios, con un solo soplo de su boca, los hace desaparecer en el momento.

Las verdaderas instituciones políticas de una nacion cristiana salen del mismo pueblo y se forman por sí solas, segun las necesidades de la época; porque una asamblea muy numerosa no es apta mas que para representar intereses, para emitir sus opiniones y para dar su parecer acerca de lo que *debe pedirse*, pero no para *hacer* por sí las leyes. En cuanto es soberana para decretar leyes orgánicas, degenera y se convierte en pagana. Un país no necesita otra legislacion que la ley cristiana; y por lo que ha

á la legislacion civil, esa debe ser el resumen de las costumbres de una nacion. Carlo-Magno y San Luis redactaron las costumbres judiciales de su época, y Napoleon hizo otro tanto. Tales códigos no pueden ser obra sino de grandes individualidades creadas por Dios espresamente, y que resúmen en sí el génio de su época. Son tambien variables estos códigos: así que, el de Napoleon no es suficiente en el dia. Pero una asamblea es desde luego impotente para confeccionar una buena ley, pues con la misma facilidad que la hace la deshace. Tres medianías no constituyen un hombre de génio; pero sus votos pronunciados en contra de este último bastan para anonadarle.

Toda constitucion que se improvisa en el papel es una ficcion. Una constitucion real y verdadera no necesita estar escrita sino en los corazones de los hombres. Nadie puede hacerla ni deshacerla, porque al crearse crea con ella una nacion; al disolverse, la nacion se disuelve con ella. O ha de ser, por decirlo así, la piel, el calor y la configuracion de un pueblo, ó en otro caso no es nada.

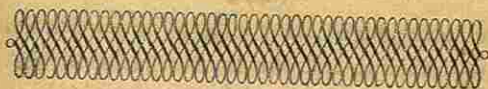
Yo he visto últimamente al lado de un billar un gran cartelón, en que se leía este título: *Carta del billar*, la cual constaba de ciento cincuenta artículos.

—¿Quién ha hecho esta carta? pregunté yo á un mozo del café.

—Señor, me contescó aquel: esta carta no ha sido hecha. Un jugador de billar, conocedor de los usos y preceptos de este juego, los ha reunido, y ha formado con ellos estos artículos.

He aquí, pues, exclamé yo, una verdadera y buena constitucion. Los usos y los preceptos nacionales expuestos con claridad y con inteligencia.

¡No hay otra como no sea esta!



XI.

¿Qué es una constitucion nacional?

La historia de una nacion.

Por eso los Estados generales, que constituan por sí solos el complemento de antiguas instituciones, eran convocados por los reyes en épocas de adversidad y de conflictos.

Es muy de notar que en épocas de prosperidad y de paz *toda constitucion es, por decirlo así, superflua para un poder sinceramente cristiano.*

Los *Estados generales* jamas dispusieron

del poder legislativo, y en el momento en que hubieran tratado de usurparle, la monarquía se habria perdido.

Los reyes de Francia, á conta desde Luis XIII, han cometido una doble falta.

No tan solo fueron absolutos hasta el punto de haber adoptado costumbres paganas, sino ademas privaron á la parte sana de la nacion de los medios indispensables para hacer llegar hasta ellos la verdad.

Si la convocacion de los *Estados generales* elegidos por la nacion hubiera tenido lugar en periodos fijos, por mucho que estos hubieran distado uno de otro, la monarquía no habria podido olvidarse hasta el extremo de traspasar todas las leyes cristianas. A falta de la voz del Papa y del clero, al menos era preciso escuchar la voz de la nacion.

Supongamos por un instante convocados los *Estados generales* cada cinco años. Hallándose representadas en ellos todas las clases del país sin distincion, siendo intérpretes de todos los intereses y de todos los gremios de artesanos; no pudiendo hacer uso mas que del *veto suspensivo* respecto de los impuestos, por dos solas legislaturas, ó, lo

que es lo mismo, por un periodo de diez años, habria sido suficiente para hacer ver al poder, convertido ya en pagano, que habia equivocado el camino.

Ahora bien; un gobierno que se mostrase sordo á aquella voz, no mereceria, en ningun caso, que se le sostuviese, mucho menos si se considera que el clero, ampliamente representado en aquellos estados, habia hablado en nombre de los mas sagrados principios de la religion. Muchas veces los hombres, por mucha que sea su fortaleza, suelen ser impotentes para defender un poder prevaricador de tal especie. Hay una ley divina, que prescribe que aquel que viola sus deberes pierde con ese solo hecho sus derechos. Como el hombre no es mas que la sombra de Dios, en el punto mismo en que este se retira, el hombre deja de existir.

Porque si la nacion se halla comprometida, ó es pagana, ó revolucionaria, nadie será suficiente para salvarla excepto la expiacion, ya sea por medio del arrepentimiento, ya por el exceso del mal.

A ningun ingenio humano le es dado

crear una constitucion para un pueblo que tiene una historia propia; porque cada pueblo, al nacer, al desarrollarse, al crecer y al multiplicarse, crea y lleva en sí mismo su propia constitucion, que se *transforma y varia continuamente con el tiempo*; es decir, que avanza ó retrocede con los buenos ó malos principios que predominan en aquel mismo pueblo.

El pueblo frances tiene su constitucion nacional y fundamental, susceptible de toda mejora social y política. Desde que la Francia se ha deshecho violentamente de aquella ley fundamental, es desde cuando data su impotencia y su desgracia. Cuantos ensayos han pretendido hacerse de constitucion extranjera, sea americana, inglesa ó rusa, otros tantos han fracasado. ¡Lo mismo habrá de sucederles siempre!

Otro tanto acontece á todas las naciones. Cada una tiene su constitucion propia, como tiene su lengua, sus costumbres, su figura y su color, á que no se parece en las demas.

Vivimos en una época en que todo el mundo se afana por lo nuevo; pero aunque crear

lo nuevo no es difícil, para que sea una novedad es preciso que brote ó se desprenda de lo viejo. Crear una constitucion revolucionaria, es lo mismo que crear un hijo sin padre.

Es bien seguro que lo nuevo, compuesto con los añejos oropeles del paganismo, no tiene atractivo alguno ni tampoco una gran duracion; pero tomad oro viejo cristiano, pasadle por el crisol de la experiencia, y lo convertireis en oro nuevo admirable, y en oro que tendrá buena vejez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



XII.

Ninguna cuestión ha sido tan controvertida como la de la libertad de imprenta.

Si los ánimos no han conseguido aún ponerse de acuerdo respecto á este particular, consiste en que todos ellos se atienen mas bien á los derechos que á los deberes.

Vamos ahora á enumerar los argumentos que, tanto en pro como en contra, se aducen respecto á esta cuestión, y de este modo podrá verse que, lo mismo que todos los demas derechos, el de la imprenta, que emana del deber cristiano, es absolutamente

impracticable sacándole de aquel círculo divino, y que por dos meses de libertad da seis lustros de esclavitud, como no origine la muerte.

En primer lugar, un artículo de fé revolucionario establece que debe dejarse una completa libertad á los errores proclamados por la pluma y la palabra, porque, se añade, la prensa libre es la lanza de Aquiles, que cura las heridas que ella misma ocasiona.

Véase, si no, la gran ventaja que ofrece esa famosa lanza de Aquiles. Se os acerca un hombre, y os dice: "Amigo: permitidme que para daros una muestra de mi ciencia os ampute un brazo, y mañana mismo, sirviéndome de estos mismos instrumentos, os ofrezco volveros á colocar ese mismo brazo en su sitio."

Es posible que una operacion semejante sirva para dar una prueba de habilidad del amputador; pero si aquel hombre no sabe dejar los brazos como estaban, sino despues de haberlos amputado, siempre os quedará el derecho de decirle: "Idos con mil dia-

bles, y dejadme mis brazos tal como se hallan."

Si la prensa no es mas que una lanza de Aquiles, valdria mas hacerla mil pedazos, porque así, en vez de curar las heridas despues de haberlas hecho, se evitaria que las hiciese sin necesidad.

Permitir á la imprenta que haga daño, para que despues tenga que remediarlo, equivale á consentir á un hijo que dispute el poder á su padre, que sea dueño de su voluntad á los quince años, y que se abandone á todos los caprichos, excepto á curarse por la experiencia, ó lo que es lo mismo, por el exceso del mal.

Todo hombre que ha hecho mal uso de su juventud y de su salud, acaba mas tarde ó mas temprano por arrepentirse de ello; solo que su arrepentimiento suele venir cuando ya se encuentra sin pelo, sin dientes, lleno de males, y hasta sin fuerzas para emprender una cura radical. Otro tanto sucede con una nacion que ha abusado de la libertad de imprenta. Llega un momento en que reconoce todos sus extravíos, en que el mal aparece en toda su desnudez; mas

ya entonces no es tiempo de estirpar aquel mal, y la lanza de Aquiles viene á servir para curar á un moribundo. Todas las naciones revolucionarias mueren generalmente *curadas*; pero el hecho es que mueren.

Cuando la anarquía ha llegado á todo su apogeo; cuando el extranjero pone al pueblo la rodilla sobre el pecho, ó bien cuando la mano poderosa del hombre le arranca la carne á pedazos de sus ensangrentadas llagas, entonces es cuando ese mismo pueblo ve claramente á dónde le ha conducido esa decantada libertad de los *buenos* y de los *libres*; mas aquella experiencia por la cual ha pasado, no le sirve ya de nada, puesto que solo puede aprovecharse de ella la generacion venidera. Y gracias que aun esto pueda ser así, porque los males de aquella especie comprometen hasta el porvenir, y cuando el padre se halla inficionado, el hijo corre un gran peligro de ser escrofuloso. En este caso, pues, es en el que nosotros nos hallamos. Nuestros padres perdieron su salud por no haber querido obedecer á sus abuelos, y creyeron acertarlo apelando á la demolicion y á la libertad absoluta, mas,

cuando trataron de arrepentirse, el mal ya no tenia remedio. Así nosotros, engendrados en el desorden de los principios irreligiosos, hemos nacido escrofulosos con los humores frios del progreso indefinido, humores que no nos es posible hacer desaparecer, por miedo de que nos ahoguen. Estamos muy convencidos de que nos hallamos enfermos; pero demasiado irresolutos para emprender una cura radical, preferimos ir dando largas y persuadirnos de que es efecto de la moda, ó del destino de la nacion.

No faltará, sin embargo, quien me pregunte; y aun creo que ya se ha preguntado algunas veces, si los gobiernos que no han tenido libertad de imprenta no han perecido como los demas. Si por cierto; han perecido, principalmente aquellos que han faltado á sus deberes de cristianos justos y severos.

Mas existe aun una diferencia. Es sabido que todo hombre tiene que morir, y la cuestion consiste solo en saber á que edad le asalta la muerte.

Hay hombres que profesan el principio

de que lo mejor es gozar hasta los treinta y cinco años y luego morir, y otros por el contrario, que prefieren vivir con mas terplauza y llegar á la vejez.

A la verdad, la libertad absoluta de la prensa es una cosa agitadora, palpitante y fulgurante; es una orgía social, en donde los convidados de buen diente y de estómago flexible brillan por un instante para volver á caer al momento liartos y embriagados sobre la mesa.

¡Que importa! dicen ellos; puesto que hemos de morir, muramos alegre y jovialmente.

Existe, sin embargo, otra diferencia; y es que estos, cuando mueren, mueren completamente y para todos; mientras que el honrado padre de familia, que ha vivido practicando la virtud, no muere para el mundo ni para la eternidad; puesto que deja sus hijos y una sociedad entera tras de sí. Los apasionados de la libertad por el contrario, despues de vivir en la holganza y en la disipacion, desaparecen como fantasmas; y si es que no mueren guillotinado por sus propios amigos, se suicidian. Hay algunos que

logran detenerse á la orilla misma del abismo; pero estos se convierten luego en los mas implacables censores.

El derecho absoluto de la imprenta no ha producido jamas un bien que no haya traído en pos de sí un mal, en el cual ha venido á abogarse aquel bien. Y aun suponiendo que ese mismo bien neutralice el mal, no deja de ser mucho el adelanto: hablar, clamar y alborotar un año entero, para venir á dar por resultado cero.

Pero, muy lejos de suceder así, el abuso de la imprenta ocasiona aun mayores estragos que el mismo mal. Una mala accion puede muy bien permanecer aislada, pero un mal principio es siempre fecundo.

Un ladron es un criminal, puesto que causa un daño; y sin embargo, al ocultarse con su robo, rinde un homenaje á la propiedad.

Pero el hombre que dice al ladron: "Haz hecho perfectamente, porque aquel á quien has robado era el verdadero ladron," muy lejos de rendir homenaje á ningun principio de salvacion, causa la ruina y la muerte de muchos millones de hombres. Y por mas que os esforceis en hacerle ver que se

equivoca, todos aquellos que tengan necesidad de robar, y que aun no se hayan lanzado á ello, exclamaran: "Tiene razon: ese es un grande hombre," considerando desde luego á aquel amigo como un mártir de la libertad, caso de que se le llegue á imponer algun castigo.

Un representante de la religion que se deje llevar de una pasion cualquiera, hará el mal aisladamente, pero no arrastra á persona alguna á que siga su ejemplo.

Concededle á ese desgraciado, que quizá se halle dotado de un talento febril, la libertad de predicar, y dirá que la religion es una supersticion, que la virtud es una palabra vana, buena solamente para engañar al pueblo, y que Dios ha dado al hombre pasiones para satisfacerlas. Por mas que trateis de declararle impío, loco, sacrilego, de terceras partes del pueblo, dominadas por el apetito de la materia, y no viendo precisamente hombres de genio como vosotros aspirarán esas doctrinas como si fuesen el maná prometido. Y ¡desgraciado el gobierno que por toda defensa contra ellos ne-

cuenta mas que con un diario ó con una tribuna!

Por otra parte, ¿se sabe á punto fijo á dónde va á parar el mal producido por el abuso de la prensa? Muchas veces el que esucha es quizá mas criminal que el que habla; pero si tratan de buscarle para corregirle ó curarle, no sabreis dónde se halla.

¿Hay acaso un solo revolucionario á quien haya convertido un diario conservador? Yo he visto á muchos individuos de la clase media comprar periódicos socialistas y revolucionarios; pero jamas he visto á un rojo hacerse con un diario de religion ó conservador.

Yo mismo he sido revolucionario, y declaro que ningun diario conservador ha ejercido jamas influencia alguna en mi ánimo. Cuando yo era republicano, estaba íntimamente convencido de que todos los redactores de todos los periódicos realistas eran, ó unos imbéciles, ó unos hombres corrompidos. Solo á fuerza de representarme el exceso del mal y una sincera discusion conmigo mismo, conseguí verme curado de aquella impresion, y aun me faltaba hollar con mis

pies la falsa vergüenza de los partidos, que hace que muchos hombres no se atrevan á romper las cadenas del error. Yo no me lisonjeo de haber convertido á muchos demócratas con mis escritos conservadores; pero sí tengo la dolorosa convicción de haber hecho bastante daño con todo lo que escribí en sentido revolucionario. Y esto es lo natural. Rara vez una muger que se entrega á la dissipacion y al desórden suele tomar el ejemplo de una muger honrada, mientras que algunas de estas, seducidas por el falso brillo de una cortesana prostituida, han solido dedicarse á imitar sus costumbres; tanto mas, cuanto el hombre (y no vayan por esto á enfadarse los *buenos*) es por naturaleza inclinado al mal, sin que haga jamas el bien sino por deber ó por temor, en primer lugar á Dios, y despues de la justicia de los hombres.

Y á pesar de esto, un gobierno cristiano, puesto en el caso de tener que dejar al hombre su libre albedrío, no puede impedirle que hable, por miedo de que no hable mal: el principio cristiano condena el sistema preventivo, visto que el mismo Dios no obra preventivamente respecto al hombre.

El tratar de prohibir al hombre que hable para evitar el que pueda equivocarse, seria lo mismo que el intentar taparse las narices por temor de que pueda constiparse.

Por mi parte me hallo conforme con esta idea; porque si aquel hombre, una vez declarado enfermo, puede trasmitir el mal que padece á sus semejantes, entonces no hay medios demasiado severos que puedan impedirlo.

Veamos, pues, ahora de qué manera pueden conciliarse estas diferencias verdaderas con la ley universal del cristianismo.

Segun esta ley, los derechos dependen directamente de los deberes; así es que los derechos de la prensa son inmensos.

El que publica un periódico se asemeja á un caballero de la edad media que hubiese construido un castillo inmediato en el camino real. Ese castillo, siempre que su propietario sea un hombre de religion, y que sepa cumplir con sus deberes, puede convertirse en un refugio para la virtud oprimida y perseguida, así como en el caso contrario, podrá tambien llegar á convertirse en una guarida de ladrones y de bandoleros.

Es necesario, pues, que el dueño de aquella torre profese absolutamente principios establecidos, á fin de evitar que pueda hacer mal uso de ella con perjuicio de la sociedad.

Antes de permitir que un hombre cualquiera ejerza para con el poder el derecho de censor, seria preciso asegurarse mucho de que aquel hombre no ha violado abiertamente los principales deberes de un buen cristiano, y hasta seria conveniente exigir una edad determinada, como se hace para la diputacion, porque no hay cosa mas absurda y repugnante que el ver adoptar á algunos jovenzuelos un tono tan magistral en cuestiones que reclaman experiencia y un juicio maduro, precisamente en una edad que, cuando mas, pueden servir para hacer el amor ó la guerra. Enhorabuena que se deje al arbitrio de un redactor en jefe experimentado el cuidado de emplearlos y de irlos formando; pero siempre debe hacerse con la condicion de que él ha de ser el responsable.

Es tambien igualmente absurdo y anti-cristiano el permitir que este enorme privi-

legio esté sujeto á condiciones pecuniarias, porque el dinero no es ni puede ser, bajo ningun concepto, una condicion de moralidad ni de capacidad, y el castigo pecuniario viene á ser una pena ilusoria cuando se impone á un delito capital de imprenta. Ademias de esto, no existe ninguna proporcion con el mal ocasionado por la publicacion y circulacion de un principio falso y erróneo.

Las cuestiones de imprenta se dividen en dos partes enteramente distintas.

En primer lugar figuran los principios en los cuales descansa la civilizacion cristiana.

Las diferentes apreciaciones respecto á la aplicacion de aquellos principios, vienen despues formado la segunda parte.

Que se presente un hombre atacando con violencia ó por medio de sofismas tales principios: es preciso citarle en seguida ante un tribunal que es el que se halla encargado de velar por la conservacion de la verdad social, y si no se retracta públicamente de sus heregias, la pena que se le imponga debe ser *infamante* con el fin de evitar por este medio que, tanto él como sus amigos, vuelvan á incurrir en semejante delito.

El jurado, tal como ha solido componerse, es una institucion atea y revolucionaria, puesto que no hay cosa mas absurda que someter al droguero ó al farmacéutico el conocimiento de cuestiones teólogo-filosóficas de primer orden; y por muy clara que sea la razon de que se hallen dotados, es absolutamente imposible hallar *doce razones* sin fé que puedan ponerse de acuerdo acerca de una verdad abstracta.

Es, pues, de toda necesidad la existencia de un tribunal superior permanente; verdadero *arcópago* político y religioso, compuesto de todas las notabilidades intelectuales del país; y cuando digo notabilidades intelectuales, debe entenderse que yo no trato de comprender aquí en manera alguna á los hombres de talento impío y blasfemadores. El talento sin principios es lo mismo que la hermosura sin virtud y sin honor, y no merece tomar asiento en los tribunales.

Pero habrá acaso quien trate de preguntarme: ¿dónde está la prueba de que el tribunal tiene razon contra el acusado? ¿Los emperadores romanos tenian por ventura, razon cuando condenaban á los cristianos

bajo el pretesto de que atacaban los principios fundamentales del Estado?

Precisamente es este el punto capital de la cuestion.

Existe en el cristianismo (y esta es una prueba mas de su origen divino) una piedra de toque que sirve para distinguir lo verdadero de lo falso y lo bueno de lo malo.

Todo hombre que reclama el otorgamiento de cualquiera clase de derechos, sin que resulte que es fiel observador de los deberes que aquellos derechos le imponen, es un ambicioso, un egoista rebelde, que no solo compromete á la sociedad, sino que se compromete ademas á sí propio.

¿Qué era lo que los cristianos reclamaban de los emperadores romanos? ¿Acaso derechos? ¡Jamás! Lejos de aconsejar los goces materiales, predicaban la abstinencia, el trabajo, la castidad, el apartamiento de todos los bienes terrenales: solo pedian el permiso para orar, dejando al César lo que era del César.

¿Y qué es lo que reclaman nuestros revolucionarios? El goce de todos los derechos, y sobre todo de los materiales, sin someter

se jamas á deberes, que niegan, y como para empezar, reclaman ademas el poder. Y ¿dónde han dado ellos pruebas de que son aptos para cumplir con tan sublimes deberes! Otro tanto acontece con todos los charlatanes de la tribuna y de la prensa. Si fuesen hombres que reconociesen sus deberes, lejos de constituirse en juez y parte, se contentarian con dar consejos pacíficos, con trazar su marcha á los gobiernos, de conformidad con los santos preceptos del Evangelio, dejando al César lo que fuese del César.

Mas, ¡ay! los ejemplos que nos trasmitan sesenta años de revolucion son bastantes para probar que la mayor parte de aquellos asaltadores del poder no desean otra cosa que ser ministros, porque no tienen el suficiente talento, ni virtud, ni amor al trabajo, para ganar su vida como simples ciudadanos. Si por ventura llegan á triunfar por un instante, no será porque dispongan de fuerza alguna, sino porque el poder es aun mas débil que ellos, ó bien porque estarán designados por la mano de Dios para ser los ejecutores de sus altas é inescrutables miras.

Para hombres y para diarios de tal especie no existen penas bastante represivas.

Podrá muy bien comenzarse por sujetarlos á la censura como primer elemento de castigo; mas siempre se vendrá á parar, tarde ó temprano, en tener que encerrarlos como locos rematados.

Moisés hizo tambien una ley sobre la prensa, que no podia ser mas lacónica.

“Si hay alguno entre el pueblo, decia, que trate de apartarse de Dios, ó de predicar utopias, será castigado de muerte.

“¿Pero cómo hemos de saber, dirás tú, que aquel fué un falso profeta?

“¡Porque todo aquello que él ha anunciado en nombre de Dios, no habrá ciertamente de suceder!”

Es bien seguro que como se tratase de aborcar á todos aquellos que en nombre de Cristo han proclamado falsos é imposibles derechos, no habrian de encontrarse horcas bastantes para ejecutarlos.

Respecto á la aplicacion de estos principios á la administracion y á su personal, lejos de temer á la opinion pública, todo gobierno deberá provocarla, puesto que no existe institucion alguna que pueda reemplazarla á aquella libertad y prestar tantos ser-

vicios á un poder concienzudo. El Estado tiene establecido que antes de casarse un hombre se publique su nombre y sus cualidades, con el objeto de averiguar si tiene alguna objecion grave para poder entrar en aquel estado. Del mismo modo todo poder que desee sinceramente reunir un cuerpo de funcionarios públicos, honrados y capaces, debería publicar tambien sus nombres quinze dias antes de verificarse el nombramiento, para inquirir si eran dignos de semejante honor, y si se presentaban objeciones moderadas en contra suya: medida que seria indispensable, mas que en otro alguno, en un país donde le es imposible al poder conocer todos los antecedentes y el valor real de todos aquellos que aspiren á servirle. Una vez nombrados los funcionarios por este medio, la ley sobre la prensa podría ser mucho mas severa con respecto á ellos. De la regla que acabamos de proponer, únicamente deberían exceptuarse los casos urgentes.

Por severa que sea una ley represiva de la prensa, la verdad y el verdadero talento siempre encuentran medios de hacerse oír. El cristianismo no ha tenido necesidad de

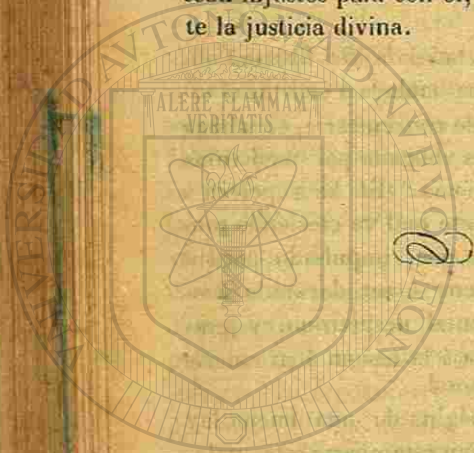
valerse de semejante libertad para convenecer é ilustrar al mundo. *Dios, no solo ha creado á los hombres para proclamar sus verdades, sino que los ha creado tambien para escucharlas.*

Pero con la libertad ó la casi-libertad absoluta de la palabra hablada ó escrita, el talento, que no puede concentrarse, se ahoga precisamente, ó es ahogado por medianías facundas y envidiosas. El bien parece á manos del mal, y ese mal va creciendo progresivamente hasta que, impulsado por sus mismos excesos, viene á ser devorado á su vez por el mas brutal despotismo, y ¡gracias, si no precipita á la nacion á su muerte ó á un caos espantoso!

En la primera página de una buena ley de imprenta deberían estamparse estas palabras: *Nadie tiene derecho de hablar á los demás de sus deberes, si no cumple bien los suyos propios.*

Esto solo basta para hacer comprender á cualquiera la grande imposibilidad en que se halla un poder injusto, usurpador y anticristiano, de hacer una ley de imprenta que pueda plantearse y llevarse á cabo.

Por fuerte que sea un poder, y sean los que fuesen los recursos materiales de que disponga, no podrá impedir á los demas que sean injustos para con él, como no represente la justicia divina.



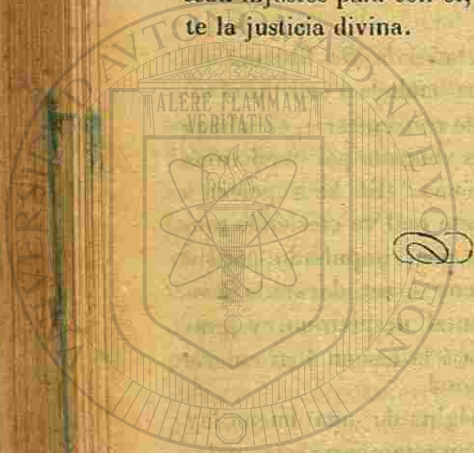
DIRECCIÓN GENERAL



XIII.

Uno de los errores mas fatales para la sociedad cristiana es el establecimiento de la universidades *exclusivamente* griegas y latinas. No debe creerse, sin embargo, que el mal que corroe nuestra sociedad, ó bien que la ha corroido ya hasta la médula de los huesos, sea una enfermedad aguda, pues que tiene hondas raíces que datan de siglos enteros, pudiendo por esta razon, tenérsela por crónica. Nosotros en el día, no hacemos otra cosa que recoger las consecuencias de los errores que nuestros abuelos sembraron

Por fuerte que sea un poder, y sean los que fuesen los recursos materiales de que disponga, no podrá impedir á los demas que sean injustos para con él, como no represente la justicia divina.



DIRECCIÓN GENERAL



XIII.

Uno de los errores mas fatales para la sociedad cristiana es el establecimiento de la universidades *exclusivamente* griegas y latinas. No debe creerse, sin embargo, que el mal que corroe nuestra sociedad, ó bien que la ha corroído ya hasta la médula de los huesos, sea una enfermedad aguda, pues que tiene hondas raíces que datan de siglos enteros, pudiendo por esta razon, tenérsela por crónica. Nosotros en el día, no hacemos otra cosa que recoger las consecuencias de los errores que nuestros abuelos sembraron

y cultivaron con una rara y especial solitud.

¿Cuál era, pregunto, en el fondo el objeto de las universidades cristianas? Propagar la palabra de Dios, la pura moral de la Biblia y del Evangelio; remontarse hasta el principio de la civilización, ó por mejor decir, hasta el principio de Dios; facilitar el conocimiento de las ciencias llamadas exactas, haciéndolas elevarse hasta su origen divino; demostrar, por medio del estudio de la historia y de la filosofía, los errores y las desgracias sociales, producto de las doctrinas paganas; hacer, en una palabra, de la sociedad un cuerpo de elegidos, y si me es lícito valerme de una imágen, *crear unos Plutarcos cristianos*, resultado de la quinta esencia del saber pagano, pasado por el crisol de la fé cristiana.

Pues bien: puede decirse á voz en grito que por do quiera, y en todos los países, las universidades han empleado todos sus esfuerzos en conseguir el objeto contrario. Mirando las bases del cristianismo, han intentado ir rellenando aquel terreno con los escombros del paganismo. La clave de todas

las universidades es la filosofía griega y latina, y cuenta que yo hablo del estudio de las lenguas. Se puede perfectamente estudiar y admirar á Homero y á Virgilio, y comprender al mismo tiempo que la humanidad data desde Moisés, aunque completa por Cristo, pero de ningún modo de Solon y de Numa. Mas, lejos de ocuparse en esto la universidad, enseña por todas partes que la luz del progreso tiene su origen en el Renacimiento; esto es, en la filosofía griega, y hace ver que la sociedad griega era mas civilizada que la judía, de donde nació el catolicismo. Para ella todo cuanto hay de grande, de noble, de digno en la imaginación del hombre, todo proviene de la Grecia, sociedad que solo ha durado un corto número de años, donde, á la par de algunos hombres que se llamaban libres, veíanse millones de esclavos, y en la cual apenas se cuenta un hombre virtuoso que halla muerte de su muerte natural.

Consultad si no, á algun individuo de la universidad de Berlin, de Paris ó de Oxford, y os dirá que Pericles era un grande hom-

bre que vivía en el gran siglo, en el siglo de Júpiter y Vulcano; pues ese mismo individuo, que ignora completamente la vida de David, esa gran figura real y política de la historia, se encojerá de hombros, á no dudarlo, cuando oiga referir la pasión de Cristo. Así es que los errores dan por resultado la ignorancia, ignorancia que se adquiere muy á menudo alcabo de treinta años de estudios clásicos. Han tenido que trascurrir muchos siglos antes de que los paganos se hayan convertido en cristianos, y solo han bastado unos cuantos lustros para que volviesen á incurrir en el paganismo los hijos de aquellos mismos cristianos. Querrá suponerse por algunos que esto aboga en favor del paganismo; pero eso no es exacto en manera alguna. Lo que sí prueba es que se necesita bien poco tiempo para impeler al hombre hácia el mal, y mucho para atraerle hácia el bien. Cinco minutos bastan solamente para reducir á un sabio á la demencia y precipitar en el vicio á un hombre virtuoso; y no bastarán cinco años para hacer recobrar al uno su perdido juicio y al otro su virtud.

Prueba tambien ademas que las grandes verdades necesitan siempre de intérpretes, de profesores y de mártires, y que basta la debilidad de un corto número de horas, para que el mal se introduzca en la sociedad, parando en corroerla y perderla.

Si os dirigís á uno de esos mismos individuos de las universidades, para pedirle pruebas de la grandeza del paganismo, os mostrará estatuas y versos, como si el Creador de la humanidad fuese un escultor ó un poeta lírico.

¡Miseria! Los griegos han hecho estatuas, porque sus dioses no eran otra cosa que unos pedazos de mármol. ¿Se cree acaso que los judíos no habrían tenido suficiente ingenio para hacerlas, ellos, que en una hora tan solo hicieron un buey de oro fundido? Si no las han hecho, ha sido porque Moisés les impuso por ello la pena de muerte, y alcabo Moisés bien vale lo que un Fidias y lo que un Miguel Angel. Me parece que David se hallaba á la altura de un Numa y de un Augusto; mas los emperadores filósofos del paganismo no han compuesto, al menos

que yo sepa, un libro que valga tanto como la primera línea de los Salmos, ni se han humillado ante Dios por haber cometido una falta, ni han llorado por toda la vida, y en versos sagrados, un solo crimen: lo mas que han hecho los mejores de aquellos, ha sido arrojar millares de judíos y de cristianos para servir de pasto á las bestias feroces; y uno de ellos, que hizo alarde de mas valor, despues de haber asesinado á su propio hermano, le hizo proclamar dios, diciendo estas palabras: *sit deus, dum non sit vivus.*

Respecto á arquitectura, los templos del paganismo no llegan, ni con mucho, al templo de Jerusalem, que tiene columnas de oro, y que fué construido por Salomon, ni á las catedrales del catolicismo.

Y lo que hay de mas curioso en esta aberracion es que nuestros filósofos paganos, de cuya boca jamas se aparta la palabra *humanidad*, sacrifician la idea á la pura materia, haciendo el elogio de las leyes y de las costumbres paganas.

Con efecto, lo que mas distingue al antiguo judaismo, origen y principio del catoli-

cismo, es el sacrificio continuo de la materia, limitada en beneficio de la idea divina é infinita. En el templo de Jerusalem oraba el pontífice por todos los pueblos de la humanidad, y los profetas anunciaban por todas partes un Mesías universal, para dar la libertad al mundo entero, mientras que los romanos edificaban á los galos y á los germanos de bárbaros, porque sus ídolos eran de madera comun en lugar de ser de ébano. ¡Y sin embargo, aquellos mismos germanos admitieron el matrimonio y el derecho hereditario del poder; y los horribles vicios contra la naturaleza tan comunes en Atenas y en Roma, eran totalmente desconocidos en los bosques de la Germania!

Nuestros filósofos os dirán tambien, en honor de los griegos y de los romanos, que ellos nunca han tratado de hacer prosélitos religiosos. ¡Grande elogio á la verdad! ¿Y para qué habian de hacerlos? Era, por cierto, un gran cambio el dar un Saturno por un Júpiter, ó un fauno por un silvano. Eso equivaldria, como dice un adagio aleman, á dar un ojo por una cebolla. La idolatría

es igual en todas partes: la diosa Eris, esculpida en madera, no se diferencia sustancialmente del dios Júpiter, esculpido en marfil.

Mas aquellos filósofos han mentido y mienten á sabiendas cuando tratan de hacer creer que los griegos y los romanos eran tolerantes para con los pueblos no idólatras, siendo así que toda la heroica guerra de los Macabeos nos prueba sobradamente su mala fe. Los reyes de Grecia hicieron asesinar á muchos millares de judíos por no poder obligarlos á que rindiesen culto á sus ídolos; y una de sus mas interesantes historias es la de aquella madre que aconsejó á sus siete hijos que prefiriesen aceptar la muerte de los mártires antes que doblar su rodilla ante un ídolo; viniendo ella misma, para darles el ejemplo, á arrojarse á la calle desde una elevadísima azotea. Algun tiempo despues dieron tambien la muerte á millares de cristianos, por haberse negado á adorar á sus Césares deificados. ¿Dónde está, pues, el déspota cristiano mas miserable que haya sido capaz de hacer semejantes monstruosidades?

Si hemos de dar crédito á aquellos profesores de materialismo, la grandeza de una nacion consiste solo en poseer algunos edificios, estatuas y cuadros, y aun añaden tambien la *Iliada* y la *Enéida*, á excepcion sin embargo, de las *Bucólicas*, que contienen ciertos amores que no todos podrán aprobar.

Ahora bien; yo les preguntaré á mi vez, ¿qué sería de la humanidad sin la *Biblia* y sin el Evangelio? ¿Qué influencia han ejercido en el pueblo de Atenas y de Roma Sócrates, Platon, Caton y Séneca? ¿Han podido abolir algun vicio, dado libertad á algun esclavo, ó sido acaso el sosten de algun desvalido? ¿Atrévase cualquiera á comparar las leyes de Solon, de Licurgo y de Numa con el Decálogo revelado por Moisés, que es y será eternamente la base de toda legislación culta!

¿Existe acaso en toda la historia profana un ejemplo digno de compararse con la historia de los patriarcas, de José, y de la salida de los judíos de Egipto? ¿Hay acaso en aquella misma historia un hombre como Moisés? ¿Se sabe que exista en parte algu-

na un pueblo al cual hayan predicho sus sabios palabra por palabra, todo cuanto ha de sucederle en los siglos venideros? Ese pueblo, ¿no ha resistido por espacio de tres mil años á todos los ataques de sus estraños hasta la venida de Cristo? ¿No existe aún en el dia, segun las predicciones del Evangelio? Los católicos, que han salido de ese mismo pueblo y que le han sustituido, ¿no han conquistado por ventura, el mundo civilizado con su fé?

Uno de los sellos divinos que distinguen al antiguo pueblo judio y al de los modernos cristianos, es el de que no conocen mas que un solo medio para vencer: *La fé.*

La historia toda de los judios se halla encerrada en esa sola palabra. Creen en Dios, vencen: abandonan su fé, y son vencidos y tratados como esclavos: vuélvence de nuevo hácia su Dios, y Dios vuelve su faz hácia ellos, los perdona y los hace que obtengan otra vez la victoria.

Iguales fenómenos se reproducen entre los cristianos, que solo son vencidos cuando carecen de fé; no teniendo por tanto, mas

enemigos que ellos mismos. Apenas vuelven á recobrar sus creencias, ya pueden desafiarse toda clase de obstáculos. Esta es, pues, tambien la quinta esencia de la historia del pueblo frances, que es el hijo mayor del cristianismo.

El resultado de cuanto acabamos de decir es que no hay otra política ni otra ciencia que la política y la ciencia cristianas. La ciencia á la cual nuestros universitarios, doctrinarios y humanitarios llaman *política*, es pagana. Esa es la ciencia de Temístocles, de Pericles, de los Gracos, de Scylla, de Mario, de César, de Bruto y de Neron; siendo así mismo la que se halla basada únicamente en el derecho del mas fuerte ó del mas hábil, en el orgullo y en la fuerza individual del hombre. En una palabra, es el ateismo, es la esclavitud, es la ciencia de la nada, y no podrá menos de conducir á todos los pueblos, á donde condujo á los griegos y á los romanos. Verdad es que produce estatuas y comedias; pero nadie mejor que Moisés ha conocido esa engañosa ciencia; condenándola en nombre de Dios, no

admitiendo que el hombre haya sido creado únicamente para pintar, hacer versos y pronunciar discursos políticos, y declarando que también lo ha sido para glorificar y ensalzar á Dios por la pureza, por la moralidad, y mas aún, por el arte y por la poesía, consagrando la victoria del alma sobre el cuerpo, y la de la inteligencia divina sobre la materia humana. El Evangelio, como queriendo completar la *Biblia*, ha dicho: "Tú buscarás la justicia y el reino de Dios; lo demás te será dado con aumento."

Nada hay mas chocante que oír lamentarse á los gobiernos del espíritu de rebelion y de indisciplina que domina á la sociedad: eso, en mi concepto, es lo mismo que si hubiesen sembrado ortigas y se quejasen de que no les habian nacido rosas. Hace mas de dos siglos que ellos mismos están pagando y sosteniendo á los profesores de la revolucion. ¿No están tan satisfechos de sus sábios griegos y latinos? ¿No halagan y festejan á los pintores y escultores profanos? Y digo profanos, por usar de una palabra mas culta y decorosa. Las costumbres y hábitos de las cortes, ¿son

por ventura cristianos? La corte de Luis XIV y de Luis XV era completamente pagana, y ya se sabe que el espíritu del paganismo es la revolucion. No hay un solo Temístocles de colegio que no tenga sus sueños de gloria revolucionaria, ni un alumno de segunda enseñanza que no aspire ya á representar el papel de Bruto ó el de Alcibiades. Que intente, sin embargo, tomar en boca cualquiera deber cristiano, y cien camaradas de latin y de griego se burlarán de él, llamándole *gazmoño*. Lo esencial para un jóven clásico es dar pábulo á que se ocupen de él; y si sabe bien la historia de Alcibiades, poco importa que no sepa otra cosa, tanto menos, cuanto por adquirir nombre y fama, cortaria la cabeza á su profesor, y, si fuese preciso, á la nacion entera.

Cierto dia tuve una conversacion con dos colegiales, uno de veinte y otro de veintinueve años, los cuales me citaban á cada paso á los Gracos, á Bruto y á otros malvados paganos de igual especie. ¿Conoceis acaso, les pregunté yo, la historia de David? Saúl penetró en una ocasion en cierta gruta donde se

hallaba David fugitivo; y aunque éste pudo muy bien haberle quitado la vida, se contentó con cortarle un pedazo de su régio manto y despues de haber dejado escapar á Saúl, salió de la gruta, diciendo á grandes voces y enseñando el pedazo de manto: "Hubiera podido muy bien haberos muerto, pero el ungido del Señor es sagrado para mí." Al oír esto, ambos colegiales se miraron uno á otro con burlona sonrisa, y aun uno de ellos calificó de imbécil á David. El rasgo que yo acababa de referir no valia sin duda á sus ojos la cola del perro, cortada por el clubista griego llamado Alcibiades: clubista que, según cuentan, era el predilecto de uno de los sábios de la época.

¿Conque es decir que vivimos en una sociedad cristiana, creada y educada por el cristianismo, ó lo que es lo mismo, por los pastores de la santa doctrina, y el Estado paga y sostiene profesores de paganismo?

¿Qué tiene, pues, de extraño que haya ciudadanos paganos, habiendo cartas y revoluciones que proclaman aquellos principios! ¿Por qué hemos de admirarnos al ver que nos amenaza de nuevo la esclavitud!

¿Y cuando tenemos obispos encanecidos en el estudio de la ciencia teológica, y cuarenta mil sacerdotes, instituidos para enseñar la civilizacion cristiana, se verá que unos cuantos jóvenes, imbuidos en los principios paganos, educan á los hijos del pueblo y los inician en las pasiones, en los crímenes y en las costumbres del materialismo pagano!

¿De qué sirve entonces la Iglesia? ¿De qué el llamarse católico, judío ó protestante? ¿Júpiter es aquí el dios, y la ciencia política, económica y social de los griegos la que predomina!

Una de dos: ó el Estado reniega de la Biblia y del Evangelio y no reconoce como grandeza en el hombre mas que las estatuas de Fidias y las comedias de Aristófanes, en cuyo caso no debe quejarse de ver tantos Alcibiades, Colonos, Gracos, Marios, Brutos y Espartacos, ó el Estado se declara por el cristianismo, y en ese caso, deben ir abajo la grecomanía, el paganismo artístico, la estatuomanía idólatra y tantas otras manías, así como habrán de desterrarse las universidades *esclusivamente* latinas y griegas

y las necias discusiones sobre la política de los paganos. La revelacion ha dicho la verdad, y esta verdad es tan política como un discurso de Platon.

El catolicismo ha creado la monarquía hereditaria: monarquía que se halla sometida á la ley cristiana como el último de los súbditos.

El rey cristiano solo es rey porque es el cruciferario de su pueblo, y el primero en cumplir con sus deberes.

No manda los hombres, sino porque al mismo tiempo que representa la justicia, asegura la obediencia que aquellos deben á Dios.

El que enseñase otra cosa en contrario, ese no es cristiano: el que anteponga los derechos á los deberes, no lo es tampoco; y el que quiera comparar á este estado de cristianos libres la antigüedad pagana, con sus asesinos y sus esclavos, ese lo es mucho menos.

Y si el Estado, confesándose greco-romano, adopta el progreso de Atenas y de Roma, que tenga al menos la energía de su opinion.

Que suprima el sacerdocio, que demuela las iglesias, que proclame una diosa de la *razon* y del amor, ó bien, que se proclame él mismo Júpiter como los emperadores romanos; y finalmente, que consagre como sacerdotes y sacerdotisas, á los romanceros, á las cantoras, á las bacantes, á los pintores de cuadros profanos, á los improvisadores, á los jugadores y á los cuadros vivos de los salones públicos y privados.

El paganismo puede admitir parodias, mas el cristianismo no se parodia jamas. Conserva siempre su integridad; tiene su ley y su moral absolutas; tiene celos de los dioses falsos, bien sean religiosos ó políticos, y por último, es justo aunque severo, porque es indispensable ser severo para ser justo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIV.

Existe un desacuerdo en los ánimos respecto á los hombres y á los principios. Los unos, que no creen en principio alguno, convierten la política en un juego de atletas, declarándola buena ó mala segun el talento y la habilidad de los que la manejan; y los otros, haciendo abstraccion de toda individualidad, creen haberlo hecho todo con solo reconocer un principio.

Unos y otros se equivocan grandemente.

Se reina por el principio, se gobierna con los hombres.

Los hombres, por muy fuertes que sean, no pueden pasar sin un principio divino, viniendo á ser sin él unos Arquímedes sin palanca, por mas que ellos traten de decir que no hay malas herramientas, para un buen trabajador. Antes de hacer uso de los útiles y materiales para construir una casa, es preciso contar con el terreno y con los elementos necesarios al efecto. Luego está visto que el terreno es el principio y la base. Por otra parte, un hombre sin principios que gira al rededor de un eje, es solo un pequeñísimo punto, respecto de aquel que, colocándose á la sombra de un principio divino, se eleva con un solo esfuerzo á una altura inmensa y adquiere una fuerza real é invisible.

Una vez admitido el principio, no basta estarle proclamando todos los dias y darse por satisfecho.

La navegacion descansa sobre fijos é inalterables: mas una vez lanzado el buque al mar, es preciso que el piloto, si no quiere esponerse á perecer, no maneje siempre el timon de una misma manera, confiado en

el principio fundamental de la navegacion. Es indispensable que, ya apelando á su valor, ya á su talento y esperiencia, sepa unas veces dejarse llevar del viento favorable, y otras marchar osadamente contra él, aprovechándose hasta de aquella fuerza de resistencia.

Para que cualquier gobierno sea duradero es preciso que su base se apoye en un principio de derecho y de justicia, la cual es sabido que emana de Dios. Pero desgraciado de aquel gobierno que fiado solo en este principio, no trabaje incesantemente en hacerlo santificar por la virtud y la fuerza del hombre, y á veces por el martirio.

El primer deber de un representante del principio es, no solo marchar siempre mas avanzado que los hombres de fuerza y de energía, á fin de convertirlos á su derecho, sino dedicarse ademas á buscarlos, principalmente si son de aquellos que hayan ya dado pruebas de virtud.

Desgraciado de él si por ventura cree que basta tener razon y estar en su derecho, y si está persuadido de poder gobernar valiéndose solo de amigos y de medianias!

Porque es preciso no hacerse ilusiones, el mejor principio puede llegar á verse comprometido, destruido y anulado por culpa de los malos operarios. Cuanto mas pingüe y fértil es una tierra, mas pronto se apodera de ella la cizaña. Otro tanto sucede con los principios, á cuyo desarrollo y prosperidad deben dedicarse personas tanto mas laboriosas y experimentadas quanto necesitan corresponder á la excelencia de aquel.

La historia misma nos demuestra que las mejores causas se han perdido á veces, al menos por cierto espacio de tiempo, por haber sido exclusivamente defendidas por hombres injustos, y por consiguiente ineptos, porque la aptitud y la capacidad son de ordinario justas. El talento trae su origen de arriba, y todo lo que de allí procede tiene el sello de la justicia. Los grandes reinados solo han conseguido conquistar aquel renombre en fuerza de que los representantes del principio han sabido elegir y crear hombres distinguidos.

La primer cosa á que debe dedicarse un gobierno es á perseguir el mal y el error,

castigando al uno y comprimiendo al otro; mas para conseguir ese objeto, es necesario contar con hombres de bien y sinceros.

Si tratamos de analizar la democracia y la monarquía, hallaremos que la primera se apoya en la *cantidad* y la segunda en la *calidad*. Mil voces de hombres que solo sean considerados como medianías tienen mas prestigio en un país democrático que el mismo Moisés, y si en ese mismo país llega á descollar por la fuerza de las cosas un hombre de algun valor y de energía, acabará al fin por ahogar la democracia y trasformarla en una monarquía.

La monarquía, ademas de llevar consigo un principio de justicia, puede tambien realzar y atraer hácia sí á todos los hombres del pueblo, á condicion de irlos clasificando, segun su mérito y sus servicios, y no segun sus palabras y sus protestas.

El orden, en toda la naturaleza, *estriba en ir colocando a UNO TRAS DE OTRO, con objeto de que todos puedan llegar á un fin.*

Se me dirá que esto es algo difícil, y que los hombres, en general, se equivocan res-

pecto á sus cualidades respectivas. Mas, ¿de dónde procede entonces que todos los reyes verdaderamente justos y cristianos hayan encontrado siempre grandes ministros, héroes distinguidos y célebres magistrados? ¿De dónde, el que el pueblo, á pesar de su envidia y de su espíritu revolucionario, se preste á someterse cuando se siente dirigido por una verdadera superioridad? Esos mismos, se añadirá por algunos, eran ellos mismos unos grandes hombres, y la grandeza de un hombre consiste casi enteramente en la aptitud para conocer á sus semejantes y para apreciar el talento en su justo valor. Convendré en que esta razon es cierta, al menos en una parte; pero de ordinario basta solo aspirar á la justicia para encontrar hombres justos. El Evangelio lo ha dicho: "Busca y hallarás; llama y te abrirán."

Se pretende tambien suponer que el mal encuentra con mayor facilidad jefes que le dirijan.

Pero este es un error. Podrá quizá suceder que algun hombre de talento, resentido y disgustado de ver á las medianías apode-

radas del gobierno, se lance al mal por un instante, puesto que las nulidades no tienen, al menos que yo sepa, el privilegio de la ambicion y de los vicios. Mas una vez desvanecidas aquellas momentáneas ideas de venganza, el talento no reclama otra cosa que volver al seno del bien y de la verdad. Hay veces, sin embargo, en que su odio se vuelve contra el poder, porque, no habiéndole comprendido bien, le escluye y le hace lanzarse decididamente en la oposicion.

Pero si descendemos á examinarlo con detenimiento, veremos que todos los jefes del error y de las negaciones revolucionarias han sido, y son tambien en el dia, unos enredadores revoltosos y unos aventureros sin espíritu alguno de orden, sin talento verdadero, y cuya momentánea energía solo se apoya en la debilidad de sus adversarios. Si el poder hubiera sabido oponerles otros hombres de valor, y fieles á su deber, habrían sido vencidos mucho mas antes de haber venido por su propio peso á caer en la mas completa insignificancia. Es verdad tambien que muchas veces Dios, para dar una

prueba de su sola y única omnipotencia, paraliza á los hombres con el objeto de enterar los malos principios en su propia victoria.

Es preciso no lamentarse jamas por falta de hombres, pues que todo consiste únicamente en saberlos buscar. Por lo general, cada época tiene sus hombres de salvacion: pero esos hombres no suelen encontrarse ni en la atmósfera del poder, ni en los salones de los dichosos. Como en los tiempos de Moisés, Dios sigue manifestándose siempre representando por un haz ardiendo. No existe poder alguno que no haya tenido al hombre que le hacia falta á dos pasos de sí; la habilidad está en conocerle y en saber colocarle en el puesto que le corresponde.

La Compañía de Jesús no reconoce otro principio que el Papa católico. Toda su fuerza y su poder consiste en la eleccion de los hombres, fuerza y poder inmensos de que ni el Papa mismo ha sabido siempre aprovecharse como podia. La monarquía, como principio, no se verá salvada mientras no llegue á encontrar su Loyola para formar una compañía efectiva compuesta de los hombres de talento, de energía y de virtud que tiene en todas partes.



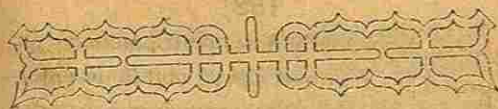
XV.

Bien conocida es la historia de Balaam y de Balack. Este último, rey de los Moabitas, hizo llamar en cierta ocasion al profeta Balaam con objeto de maldecir al pueblo de Israel; mas el sacerdote pagano, por efecto de un milagro, en lugar de proclamar la perdicion de los hebreos, se deshizo en cánticos de gloria en su loor, y al separarse del trípode de la prediccion le habló el rey en estos términos: “Nada me es dado conseguir contra este pueblo con la palabra, y

prueba de su sola y única omnipotencia, paraliza á los hombres con el objeto de enterar los malos principios en su propia victoria.

Es preciso no lamentarse jamas por falta de hombres, pues que todo consiste únicamente en saberlos buscar. Por lo general, cada época tiene sus hombres de salvacion: pero esos hombres no suelen encontrarse ni en la atmósfera del poder, ni en los salones de los dichosos. Como en los tiempos de Moisés, Dios sigue manifestándose siempre representando por un haz ardiendo. No existe poder alguno que no haya tenido al hombre que le hacia falta á dos pasos de sí; la habilidad está en conocerle y en saber colocarle en el puesto que le corresponde.

La Compañía de Jesús no reconoce otro principio que el Papa católico. Toda su fuerza y su poder consiste en la eleccion de los hombres, fuerza y poder inmensos de que ni el Papa mismo ha sabido siempre aprovecharse como podia. La monarquía, como principio, no se verá salvada mientras no llegue á encontrar su Loyola para formar una compañía efectiva compuesta de los hombres de talento, de energía y de virtud que tiene en todas partes.



XV.

Bien conocida es la historia de Balaam y de Balack. Este último, rey de los Moabitas, hizo llamar en cierta ocasion al profeta Balaam con objeto de maldecir al pueblo de Israel; mas el sacerdote pagano, por efecto de un milagro, en lugar de proclamar la perdicion de los hebreos, se deshizo en cánticos de gloria en su loor, y al separarse del trípode de la prediccion le habló el rey en estos términos: “Nada me es dado conseguir contra este pueblo con la palabra, y

solo veo un medio de vencerle, que es el de inducirle á la corrupcion excitando sus apetitos materiales. Cuando se entregue á aquellos goces, se olvidará desde luego de las leyes de su Dios y llegareis á tenerle á vuestra disposicion.”

En consecuencia de esto el rey de Balack dispuso que todos los moabitas se prostituyesen como los israelitas.

Al cabo de cierto tiempo los guerreros hebreos, incluso todos sus jefes, se convirtieron en esclavos de la concupiscencia y de la lujuria, y fueron derrotados diferentes veces, hasta que Puihas, por orden de Moisés y con objeto de vengar á Dios, que se mostraba airado, atravesó de una sola lanzada á un cesturion y á su concubina. Otro tanto sucedió á los israelitas que cayeron en el mismo lazo que los moabitas. Las mugeres fueron arrojadas del campamento, y no trascurrió mucho tiempo sin que sus padres, hermanos y maridos fuesen batidos y completamente esterminados.

Véase por consiguiente cómo impulsando á los gobiernos á entregarse al bienestar ma-

terial y excitándolos á aumentar su lujo y sus goces del cuerpo, vienen á ser el piquete de sus mas encarnizados enemigos y se entregan así ellos como sus pueblos, atados de piés y manos, á los atéos y á los comunistas, marchando por sí mismos á una segura perdicion: la victoria para tales gobiernos será siempre el anuncio de la derrota general; y perseguirlos y combatirlos es salvarlos de una ruina descisiva.

Como la vida del hombre se halla encerrada por Dios y por la naturaleza dentro de ciertos límites, todas las glorificaciones del progreso material no pueden menos de ser ilusorias; y aunque fuese posible que uno mismo consiguiera prolongarse la vida algo mas de lo regular, no por eso su dicha seria mas completa. Al tratarse de una obra maestra no debe, como he dicho mas arriba y no me cansaré de repetir nunca, no debe examinarse la duracion de ella, sino su contenido y su entidad. Un necio que logra vivir cien años, no vale por un hombre de talento que muere á los treinta. ¿Existe,

por ventura, en alguna parte progreso que impida que un hombre sea necio?

El hombre acostumbrado á vestir de seda y terciopelo, no es mas dichoso por llevar un diamante de valor de cien mil francos, que el campesino al ponerse un pantalon nuevo de paño de á diez francos; ni el gloton que hace dos ó tres opíparas comidas al dia se cree mucho mas feliz comiendo perlas derretidas, que un trabajador cuando por su buen apetito se encuentra con la olla sazónada con zanahorias. Un hombre del campo disfruta mil veces mas y gusta por mucho mas tiempo de todos los goces materiales que un estragado habitante de las ciudades. Y si no, dígame una cosa: puesto que todos nuestros profesores de materialismo hablan tanto de dicha, de lujo y de bienestar, ¿de dónde procede que jamas el pueblo haya sido, ó por mejor decir, se haya creído tan desgraciado como desde que se ha triplicado ó decuplicado ese mismo bienestar material?

A decir la verdad, no ha habido época alguna en que el lujo y los goces materia-

les hayan ido tan allá por todos los ámbitos de la sociedad, como en la presente. Y esta sociedad, ¿ha progresado mas con semejante motivo? Los esposos, ¿son por ventura mas fieles á sus juramentos, los hijos son mas obedientes á sus padres, y los criados muestran acaso mayor celo en el cumplimiento de sus deberes?

El obrero ciertamente, jamas por mas que otra cosa quiera decirse, ha estado tan respetado ni ha disfrutado tan subido jornal: los géneros y las ropas que necesita han disminuido de precio, al paso que sus salarios han aumentado. ¿Pero se halla por esto mas contento, ó es acaso mas feliz que antes? ¿Ha vivido jamas en una sociedad en que pululan de tal suerte los odios, las envidias, los vicios y los crímenes privados? Podria muy bien decirse que el obrero prefiere no tener nada suyo, con tal que su vecino no posea mas que él, pues cada uno quiere ser siempre el primero en *tener* y el último en *desear*: todo el mundo quiere mandar, mas ninguno se presta á obedecer. Cada revolucionario es un Neron en pequeño que

querria que la sociedad no tuviese mas que una cabeza para cortársela; y cada jovenzuelo recién salido del colegio desearia que á todas las mugeres se las llevase el diablo, y que ese diablo fuera él.

Jamas gobierno alguno podrá decir que ha hecho demasiado en favor de la ancianidad, de la infancia y de la desgracia. Todos estos son sacrificios muy agradables y propios del deber de un cristiano: todos deben ser infinitos como la divina gracia. Pero querer que el bienestar del hombre mejore su condicion y que le impulse á cumplir mas estrictamente con sus deberes, es lo mismo que si un marido necio creyere poder sacar partido de su estraviada muger á fuerza de comprarla trajes y de permitirle seguir en la holganza. Cuantos mas obsequios la haga, cuantas mas galas le compre, menos se dedicará ella á cumplir con sus obligaciones, y mas decidida estará por sus amantes.

Cuando un pueblo no cree mas que en el progreso de los goces y del lujo, se pierde sin remedio, porque no es ya en ese caso una asociacion de hombres, sino una manada de

béstias salvajes, que no se dan á partido, é incapaces de resistir á una pasion, por brutal y lasciva que sea; teniendo mucho adelantado, por consiguiente, para convertirse en un rebaño de esclavos.

Al considerar que hay hombres que llamándose cristianos, contribuyen á propagar tales errores, ya no hay salvacion posible para la sociedad; el diluvio en tal caso no debe de considerarse muy lejos; mas no el diluvio de las aguas, sino el que abrirá todas las esclusas para dar salida á las pasiones mas devoradoras, mas ardientes y mas abominables.

¿Será posible que unos hombres tan hábiles é ingeniosos en ardidés, sutilezas é intrigas, no conozcan ni aun los rudimentos elementales de la economia social?

¿De qué manera se hace rica una nacion? Supongamos que los Francos se han apoderado de la Galia inculta, y que, por espacio de tres años, la tierra ha producido de todo abundantemente, sin que haya mas que dedicarse á trabajar con celo y decision. Falta, sin embargo, hacer los primeros gastos

para la cementera, y en ese caso los Francos deben vender sus sobrantes al extranjero; mas, ¿podrán acaso llegar á hacerse ricos, si el dinero que aquellas ventas les produzcan le emplean, bien en objetos de lujo, bien en dar grandes banquetes y festines? No solo sería esto un trabajo perdido, sino que esas mismas sumas, empleadas en la cria de ganados, en la compra de abonos, cebaderos y utensilios de labranza, sin contar con las miserias que hay que socorrer, producirían un triple resultado. Una vez establecida la propiedad, se hace preciso abrir caminos militares y vecinales, dedicarse al cuidado de los bosques y de los rios, y levantar fortalezas para prevenir toda tentativa de invasion. Ademas harán falta magistrados y autoridades que protejan estas mismas propiedades contra los vagos y gente perdida que vienen á degenerar en facinerosos. Y al tratarse de la justicia, es preciso tratarse de la fuerza armada, pues que los ladrones y gente de su especie no respetan á la justicia si no se halla apoyada por los gendarmes. De aquí resulta que todo

presupuesto es el fruto de la economía del trabajador para defender su mismo trabajo contra los desidiosos y haraganes, dedicados solo á gozar. Asi es que, siendo la economía el resultado de la privacion de algunos goces, y por consiguiente, de un esfuerzo de virtud, viene á deducirse: *que el presupuesto lo paga la virtud para contener el vicio, ó, dicho en otros términos, que el que trabaja paga para impedir el verse despojado por el que no trabaja.*

Ahora bien: para que un pueblo no deje de ser honrado, y siga con su adhesión al trabajo, es de una absoluta necesidad habituarle á la economía y enseñarle á imponerse privaciones, valiéndose de la virtud y procurando que el alma salga vencedora de los apetitos del cuerpo.

De otra manera, no solo le sería imposible el conservar el fruto del trabajo, ya adquirido, sino que, al cabo de algun tiempo, ni aun podría siquiera trabajar.

Esto nos demuestra tambien que toda fortuna honrada tiene por base, en primer lugar el trabajo, y despues la economía, como

resultado de un esfuerzo de la virtud. La verdadera riqueza y la verdadera virtud andan juntas.

Cualquiera fortuna que llegue á adquirirse por otros medios no podrá ser duradera. Solo apoyándose en la virtud es como han llegado á crearse en las sociedades cristianas tantos capitalistas de caridad en favor del huérfano, del enfermo y del impedido; y no digo en favor del pobre, porque en todo hombre que cuenta con la robustez suficiente y se halla en la pobreza, hay que suponer falta la virtud para domar la materia. Por grandes que sean las contrariedades de su fortuna, un hombre sano y robusto, á menos que no sea vicioso, y por consiguiente más tarde ó más temprano un criminal, desdenará la limosna y preferirá dedicarse al trabajo.

Solo, pues, la ancianidad, la infancia y los que carezcan de salud pueden tener ingreso, procediendo cristianamente en la categoría de los pobres.

Todo pobre que pueda valerse por sí, se halle por tanto escluido de estas tres

tegorías, á menos que no sea idiota ú orgulloso, lejos de merecer compasión, puede ser considerado desde luego como un hombre peligroso; porque siendo esclavo de la materia, careciendo de inteligencia, ó subordinándola por mejor decir, á sus apetitos carnales, no tardará mucho tiempo en decidirse por el vicio y por el crimen. La religion es la revelacion divina que enseña al hombre á vencer la materia en provecho del espíritu.

Así, pues, cuanto más irreligioso y material llega á hacerse un pueblo, tanto más se aumenta y crece su presupuesto, y tanta mayor necesidad tiene la virtud de emplear todos sus esfuerzos á fin de contener el vicio.

Cuando un pueblo es religioso, esto es, cuando apoyándose en la virtud, desprecia los goces materiales por los éxtasis infinitos del alma, no solo se enriquece pronto por medio de la economía, y puede acudir en socorro del enfermo, del niño y del anciano, sino que además le cuesta bien poco trabajo el reprimir los vicios y el impedir que los viciosos despojen á la virtud: *Un sacer-*

dote hace en ese caso las veces de quinientos gendarmes (1).

Mas cuando la religion desaparece, cuando el rico solo piensa en satisfacer sus apetitos materiales por medio del lujo y de la vanidad; cuando en vez de *trabajar* y de *economizar* un capital, bien sea para su familia, bien para la patria, bien para los enfermos, para los huérfanos y para los ancianos, ó quizá tambien para triplicar la bondad de la tierra [cosas todas que solo se hacen por un esfuerzo de virtud, y por consiguiente, á costa de privaciones materiales]; cuando en vez de esto, se repite, el noble ó el opulento plebeyo se entregan á sus arregladas ó desarregladas pasiones, despreciando la religion y á sus representantes, y burlándose del alma, del espíritu y de la vida moral: entonces el pueblo, tomando aquel ejemplo, se dice á sí mismo: "La religion no se ha hecho solo para el pobre," y se dedica á gozar y á divertirse. Pero ¡desgracia-

(1) Véase la obra de M. de Saint Bonnet, titulada: *De la restauracion francesa.*

do del rico cuando el pobre solo piensa en divertirse, porque debe tenerse presente que esto habrá de ser siempre á espensas del primero! No trascurrirá largo tiempo sin que el pobre se vea impulsado á cometer delitos, poco despues crímenes, robos, violaciones, y entonces al rico no le queda ya mas recurso que el gendarme, *esto es, quinientos gendarmes en lugar de un solo sacerdote (1).*

(1) Esta es la unica razon que hace dirigirse a las ciudades á los trabajadores del campo. No es la fortuna como resultado del trabajo y de la economía lo que allí buscan, sino un jornal suficiente para entregarse á los placeres, al lujo y á todos los goces materiales propios de la juventud, aunque luego vengán á morir en un motin ó bien en el hospital.

Este es al mismo tiempo el vicio que habrá de acabar con la sociedad actual. De aquí á algun tiempo, los gobiernos, que llegarán tambien á materializarse, se verán en la precision de adoptar las mas energicas medidas, tratarán de alejar de las grandes ciudades y capitales todas las fabricas industriales, todos los establecimientos que tengan necesidad de reunir un gran número de obreros, y buscarán los medios de favorecer la agricultura. Cada

Quando esto acontezca, se habrá llegado á una situacion en que tres millones de habitantes paguen otros tres millones de ellos con el objeto de que vigilen á los quince millones restantes; vendrán entonces los presupuestos monstruos, tales como los conocen nuestros Estados, que son solo cristianos en el nombre, llegando el caso de que sea mayor el número de vigilantes que el de vigilados. Esa será la señal de la bancarota pública, y tras de ésta vendrá el comunismo y la mas brutal barbarie.

El ministro tendrá entonces su panacea: mas todo será ya inútil.—El hombre del pueblo, que no conocerá la virtud mas que en el nombre, viendo á los grandes y á los ricos hasta ejercer la caridad por medio de goces materiales, solo tratará de imitarlos. Mas la vida es muy corta para esto, y si el no pudiese hacer revoluciones para llegar á disfrutar de aquellos bienes (destinados siempre para gastarlos en placeres); se gastará alegremente cuanto gane y tambien lo que no gane (pues que forzosamente habrá de contraer deudas) con peligro de venir á pesar sobre el rico á la edad de treinta y cinco años.

Si nuestra materializada sociedad no muere violentamente por una revolucion socialista, vendrá á extinguirse miserablemente en el pauperismo.

¡Ah, si el rico llegase á penetrarse de las muchas gotas de sangre que le cuesta cada artículo de lujo que consume, ó cada querida que sostiene!

El verdadero lujo de un cristiano debe resumirse en esta sola palabra: *¡Caridad!*



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



XVII.

Los economistas han intentado demostrar que la industria y el lujo constituyen la fortuna de una nación. Se ha dicho también, y se repite en el día, que los pueblos viven de su propio *crédito*. Examinemos, pues, esto con detención, y quitémonos los anteojos de las precauciones.

Uno que va gastando día por día el producto de su trabajo, es un mercenario. El que se impone una privación, esto es, el que no gasta de una vez todo lo que ganó, se halla en camino de llegar á ser propietario, puesto que la propiedad no es mas que

la acumulacion del fruto del trabajo; y no acumulándose ese sino por medio de la economía, por rica que sea una persona, si gasta mas de lo que recibe, se halla muy expuesta á venir á parar en la miseria.

Hay dos especies de crédito.

El uno se funda en el trabajo pasado, el otro en el trabajo futuro.

El primero se halla basado en una propiedad real y efectiva que no puede cambiarse por moneda, que es el verdadero crédito. El otro que se funda en el trabajo que aun no está emprendido, es quimérico, ó por lo menos, problemático, y este es el falso crédito.

Cuando un hombre compromete su porvenir, es necesario no solo que duplique sus fuerzas y su trabajo, sino tambien sus economías, esto es, sus privaciones, porque el hombre que se halle mas seguro de su pasado, no puede estarlo igualmente de lo futuro.

Lejos, pues, de favorecer aquel crédito, sería necesario restringirlo. Los socialistas

que tratan de crear instituciones de crédito fundadas en el trabajo futuro á espensas del ya consumado y acumulado, llevan por objeto desde luego frustrar el capital, ó llámese trabajo de lo pasado, en provecho del problemático sobre lo futuro, y despues inducen á los trabajadores á una pérdida segura á fin de ganar obreros para la demolicion del edificio social.

Pero el crédito problemático sobre lo futuro solo es posible mientras el trabajador puede presentar, como garantía, todas las virtudes cristianas, como son el trabajo, la economía, el civismo y las privaciones materiales.

Cuanto mas ensanche se dé al crédito, fundado en el trabajo futuro, tanto mas se debilita el fundado en el trabajo del día anterior, ó en otros términos, mas se aproxima á su ruina. Añádase á esto la apasionada doctrina de los goces materiales, y el resultado será una bancarota general.

Por mas que se adopten disposiciones para establecer la baratura de los géneros, la

proporcion entre el jornal y el precio, siempre será la misma.

Con la baja del precio de los comestibles bajarán tambien los jornales. El peligro en ese caso consiste esclusivamente en la cesacion del trabajo por un lado, y en la competencia que entre sí se hacen todos los trabajadores; peligro que, desde luego, procede de la poca economía observada por el trabajador que dedicado con la mayor decision al sistema dominante de los gozes, no se limita solamente á gastar cuanto gana, sino que empeña el producto del trabajo del día siguiente; lo cual le pone á merced del capital, á quien no puede poner condicion alguna.

Todo trabajador honrado y económico llegaría á hacerse indispensable al cabo de cierto tiempo, si sus relajados camaradas no le hiciesen, al menos en algunas ocasiones, la mas inmoral competencia, lo cual nos demuestra una vez mas que no basta solo garantizar los derechos del uno, si no se puede obligar al otro á que cumpla con su deber. Si el gobierno no se halla dotado de

la suficiente energía para hacer que cualquier trabajador, que se halle sano y robusto gane la vida honradamente con su trabajo, mas tarde ó mas temprano ese mismo trabajador, convertido en un vicioso, comprometerá la existencia de otro de los de su clase que no haya aún perdido su virtud. Desde luego puede asegurarse que trabajando solo á su capricho y para satisfacer ciertos vicios, le hará al otro una indecorosa competencia; poco tiempo despues recurrirá al robo y mas tarde al asesinato, como no sea que, afiliado en una sociedad secreta, se esté preparando para ser jefe de barricadas.

Todo lo cual demuestra mas que suficientemente *que en vez del derecho al trabajo, deberia establecerse el deber del trabajo, ó lo que es lo mismo, el trabajo obligatorio.*

Querer decir que no hay trabajo bastante para una nacion, es confesar que no hay suficiente capital, y por tanto, que no hay suficiente economía, lo cual demostrará que no hay virtud alguna; y que no queda ningun medio de salvacion.

Tratar de proporcionar trabajo por medio del crédito, comprometiendo el porvenir, equivale á cerrar un agujero para abrir en su lugar un abismo.

Tal es, sin embargo, la situacion en que se hallan todos los gobiernos europeos.

Despues de haber consumido sus capitales con el lujo y la carencia de toda virtud; despues de haber dado fé á esos economistas charlatanes que predicán el crédito sobre lo futuro, basado en los apetitos materiales, cuando debian recomendar la práctica de la economía por medio de las virtudes cristianas, véense al fin obligados á comprometer cien dias de su porvenir, no para dar de comer á sus pueblos hambrientos, debilitados, voraces, crueles, y revolucionarios, sino para atender, gracias á un ejército en pié de guerra, á las necesidades de cien dias del presente.

Esto, pues, recuerda al pié de la letra las siete vacas flacas del Egipto.

El medio de salvacion consiste únicamente en adoptar el sistema contrario, esto es, en recurrir á la virtud cristiana, basada en

el trabajo y en la economía; pero debe advertirse que no es bastante una simple virtud, y que el trabajo debe duplicarse triplicándose ademas la economía.

Es preciso, en una palabra, que el sacerdote pueda volver á hacer las veces de los quinientos gendarmes.

Y para que el sacerdote pueda ejercer su influencia sobre el pueblo, es necesario que tanto el gobierno como el rico obedezcan estrictamente todas sus prescripciones evangélicas. La religion no solo sirve para santificar la fuerza de la justicia, sino que á veces ocupa el puesto de aquella. Solo ella es la madre y la protectora del trabajo y de la propiedad; solo ella cria el capital y el crédito, y ella sola ha hecho de la Europa la reina del mundo. Quítese el cristianismo á la Europa, y no tardará mucho en convertirse, en una especie de isla pobre y desierta, donde el hombre, tan altivo de suyo, andará errante por mas de medio siglo, pasando desde el idiotismo al estado salvaje, que no es por cierto una sociedad que se halle en

su infancia, sino por el contrario, en el estado de decrepitud.

El salvaje, es hijo del ateo y del materialismo: ó bien vive en comunidad, ó bien no trabaja, ni caza, ni pesca sino por satisfacer el capricho del momento. No tiene sacerdotes, ni justicia, ni presupuesto, ni ejército. Es en una palabra, el egoismo brutal hecho hombre; es la humanidad que toca á su fin.

La Europa se halla precisamente en este camino, porque la Francia, que es la llave maestra de la Europa, se halla siempre propensa al ateismo, al materialismo y al comunismo, ó lo que es lo mismo, á muy corta distancia de la bancarota física y moral. La guerra civil, puramente política en Francia, no podría prolongarse mucho tiempo. Cuando riñen dos pobres; acaban siempre por abrazarse en la taberna hasta caer beodos debajo de la mesa. La Francia no puede ser vencida sino por el prestigio de la Cruz, signo de su nacimiento y de su educación. Esta á lo menos será una batalla grave é importante en que hasta los vencidos habrán de conseguir su salvacion.



XVIII.

Uno de mis ex-amigos, republicano de corazón, y campeón decidido de las libertades democráticas, vino á anunciarme, no hace mucho tiempo, que habiendo sido nombrado para intervenir en un negocio importante, iba á fundar un establecimiento de mucha consideracion.

—Hé aquí, pues, le dije, el momento oportuno de hacer aplicacion de vuestros principios democráticos.

—En ello pienso, me contestó; ¿pero cómo habré de hacerlo?

su infancia, sino por el contrario, en el estado de decrepitud.

El salvaje, es hijo del ateísmo y del materialismo: ó bien vive en comunidad, ó bien no trabaja, ni caza, ni pesca sino por satisfacer el capricho del momento. No tiene sacerdotes, ni justicia, ni presupuesto, ni ejército. Es en una palabra, el egoísmo brutal hecho hombre; es la humanidad que toca á su fin.

La Europa se halla precisamente en este camino, porque la Francia, que es la llave maestra de la Europa, se halla siempre propensa al ateísmo, al materialismo y al comunismo, ó lo que es lo mismo, á muy corta distancia de la bancarota física y moral. La guerra civil, puramente política en Francia, no podría prolongarse mucho tiempo. Cuando riñen dos pobres; acaban siempre por abrazarse en la taberna hasta caer beodos debajo de la mesa. La Francia no puede ser vencida sino por el prestigio de la Cruz, signo de su nacimiento y de su educación. Esta á lo menos será una batalla grave é importante en que hasta los vencidos habrán de conseguir su salvación.



XVIII.

Uno de mis ex-amigos, republicano de corazón, y campeón decidido de las libertades democráticas, vino á anunciarme, no hace mucho tiempo, que habiendo sido nombrado para intervenir en un negocio importante, iba á fundar un establecimiento de mucha consideración.

—Hé aquí, pues, le dije, el momento oportuno de hacer aplicación de vuestros principios democráticos.

—En ello pienso, me contestó; ¿pero cómo habré de hacerlo?

—Dos sistemas se presentan, ambos democráticos. Reunid á vuestros trabajadores, que segun me habeis dicho, son en número de ciento, y les hablais en estos términos: “Amigos míos, yo no soy un tirano, soy un hombre del siglo, un hombre liberal. Vais á elegir dos representantes que revisen diariamente, no solo todo aquello que os he mandado hacer ya, sino tambien lo que os mande hacer en lo sucesivo. Estos representantes se encargarán de fijar vuestros jornales, arreglarán las horas de trabajo, apreciarán lo que trabajéis y decidirán sin apelación en cualquier punto litigioso que pueda surgir entre vosotros.”

Mi hombre al oír esto se rascaba detras de la oreja, hasta que al fin me dijo: “eso es imposible. Si adopto ese sistema, vendré á quedar subordinado á mis trabajadores y acabarán por despedirme ó despedirlos yo á ellos.”

—Y no es eso todo, pues que os olvidais de vuestros accionistas, porque vos no sois mas que administrador. Estos á su vez elegirán tambien un inspector con el objeto de que vigile vuestras operaciones y á fin de

evitar que podais quizá lanzaros á empresas demasiado aventuradas.

—En cuanto á eso, me respondió, ya he tomado yo mis medidas. Yo debo rendir cuenta á mis accionistas al cabo de cinco años, y durante todo este tiempo no tienen nada que ver conmigo, siendo yo solo el único responsable. De otro modo era imposible que yo me hubiera encargado de ello, pues que habria tantas opiniones como accionistas; y aunque se hallan conformes en cuanto al objeto, jamas han conseguido marchar uniformes en cuanto á la manera de llevarlo á efecto. Yo al ver esto les dije: “Señores, ¿teneis confianza en mí ó no la teneis? En el primer caso, dejadme manejar á mi manera, salvo el daros la oportuna cuenta de todo; si no, arreglaos vosotros solos, que yo me retiro.”

—Y habeis hecho perfectamente. Solo que encuentro ese proceder poco democrático; porque, sea dicho entre nosotros, si por casualidad llegaseis á arruinarlos, vuestra rendición de cuentas no seria otra cosa que el proceso verbal de su ruina. Además de que por esta circunstancia os hallais obliga-

do á hacer otro tanto con los obreros, á menos que en vuestra cualidad de socialista queráis mejor asociarlos á vuestra empresa. De manera que podeis decirles: "Amigos míos, yo pongo el capital, vosotros poneis el trabajo. Dentro de cinco años, partiremos los beneficios."

—Yo bien lo quisiera, repuso entonces el administrador; pero los obreros se negarán á ello. ¿Quién ha de mantenerlos durante esos cinco años? Y si por ventura el negocio se frustra, ¿habrán de trabajar acaso de balde?

—Bien. La asociacion con efecto, no es posible mas que entre el trabajo y el trabajo, el capital y el capital; mas el capital y el trabajo no pueden asociarse jamas; pueden *si negociar entre ellos*. Representando el capital, el trabajo ya acumulado, no arriesgará su existencia real y positiva con el trabajo problemático sobre lo futuro. Porque para adquirir capital es necesario virtud y economía; y si todo el mundo fuese virtuoso entonces no existira la virtud. Si todos los obreros fuesen capitalistas, no habria trabajo, y muy pronto tampoco habria ca-

pital. Dios ha criado expresamente dos terceras partes de los hombres destinados á trabajar para vivir, y á estos, en vano seria darles capitales, pues que los derrocharian y se harian viciosos y criminales. No hay, pues, una ley humana que sea bastante para hacer variar tales condiciones divinas. En vano seria el conceder á todos los franceses diez mil libras de renta y profesores que se encargasen de su educacion: no habria por eso un tonto ni un pobre menos de los que hay en el dia. Al cabo de un año, las dos terceras partes se verian obligados por fuerza á trabajar para vivir, mientras que los hombres de talento y dotados del espíritu de orden, habrian conservado y aun aumentado sus capitales; primero, por medio del trabajo, y luego, con la economía. Toda idea, pues, de asociacion entre el capital y el trabajo no podrá nunca pasar de quimera.

Se asocian, por ejemplo, cinco trabajadores: esta asociacion podrá llevarse á efecto siempre que cada uno de ellos tenga la misma capacidad y la misma tendencia á la economía. Pero si uno de los cinco tiene

acaso mas inteligencia ó mayor economía, vendrá á ser el dueño ó la víctima de sus coasociados. Entonces la asociacion se convierte en una guerra civil en pequeño.

Solo os queda, por lo tanto, un recurso, ya sea para poner á cubierto los intereses de vuestros accionistas si hasta ese punto os interesan, ya para asegurar la existencia de vuestros obreros y facilitarles el camino. Este recurso es la dictadura.

A los accionistas no teneis mas que repetirles lo que ya les habeis dicho.

A los obreros les mandareis hacer esto ó lo otro, y si no los despedís. Para poder ser severo con ellos, teneis que ser justo en todas vuestras disposiciones. Pagadles con arreglo á su trabajo y á su capacidad, y todos os respetarán. ¡Desgraciado de vos como os llegueis á entrometer en negocios que no entendais bien! Si teneis que echar mano, por ejemplo, del guarnicionero, es preciso que seais guarnicionero, ó por lo menos poned al frente de ellos al mejor obrero del oficio, delegando en él vuestros poderes. Lo que mas indigna al trabajador es el tener que verse sometido al capital bruto y sin ca-

pacidad alguna que no representa aptitud para el trabajo. Un zapatero podrá engañar á su placer á un albañil que se haya hecho de pronto maestro de obra prima; mas no le sucederá otro tanto con uno que esté acreditado en el oficio y que pueda decir al uno: "Tú trabajas bien, y tienes tanto jornal," y al otro: "Tú eres un chapucero y no te doy mas que la mitad." Si éste último llegase á quejarse, el otro se cargaria con su trabajo. Por lo demás, procurad siempre no faltar á vuestra palabra. En cuanto un obrero os falte, despedidle en el acto; pero no deis nunca de guardar toda clase de consideraciones al trabajo hábil que sepa combinarse con el orden. Prestad vuestro apoyo al buen trabajador para que llegue á adquirir un capital y pueda establecerse, y conseguireis hacerle amo honrado y severo.

Pero entonces, me hizo observar el demócrata, que lo era en todas partes menos en su casa y para sus negocios; el trabajador carece de toda libertad.

—No señor: eso no es exacto. Cuando á fuerza de trabajo y de economía, aquel hombre haya llegado á reunir un cierto capital,

ó cuando por su buena reputacion, encuentre, como á vos os ha sucedido, bien accionistas, bien un dote, entonces se despedirá de vuestro establecimiento y será libre. Será un igual vuestro, y creo que esa sea la verdadera libertad, puesto que esta es hija de la economía, y la economía lo es á su vez de la virtud.

—Pues entonces, ¿á qué se reduce la libertad?

—A nada mas que á eso, y me parece que no es poco. En otro tiempo, señor demócrata, en tiempo de vuestros héroes griegos y romanos, no existia ni sombra siquiera de libertad. No se conocia mas que el derecho del mas fuerte, y el mas débil era vendido como un esclavo.

El cristianismo ha dado la libertad al hombre cuando ha podido verificarlo por medio de las leyes eternas y diversas que Dios ha creado y *que él mismo observa*. De otro modo convendreis en que si Dios hubiera querido venir bajo la figura de Cristo al principio de la creacion, habria podido hacerlo.

Cuando gracias al trabajo de los esclavos, existia un cierto capital, ó sea el producto

del trabajo acumulado, y dicho en otros términos, el *abono* *productor* [porque el capital es el *abono* que esparce *uno* para recoger tres y á veces *cuatro*, puesto que el trabajo es incapaz de crear nada por sí, visto que la tierra sin abono se agota al cabo de diez años], cuando habia, repito, un cierto capital, el cristianismo pudo muy bien trasformar los esclavos en siervos. Esto no era mas que una libertad á medias; pero tampoco aquellos siervos tenian mas que una economía á medias, puesto que trabajaban cuatro dias para el uno y tres para ellos. Tenian, pues, libres de siete dias tres, ó sean tantas horas por dia quanto era su capital y su virtud.

—Pero, exclamó al oír esto el demócrata, eso que estais diciendo es atroz. ¿Con qué derecho un señor, cualquiera que fuese, disfrutaba del trabajo de su siervo? ¿La servidumbre es lo mas anticristiano que se conoce!

—¡Poco á poco, mi ignorante amigo! Si ese señor, el siervo, en lugar de tres dias de libertad, no hubiera tenido mas que siete de esclavitud, y cuenta que ese mismo señor pasaba el tiempo ejercitándose en el duro

oficio de la guerra y esponiendo su vida por su siervo, que en cambio le daba su trabajo. Es de advertir que el hacer la guerra en aquel tiempo contra los enemigos exteriores é interiores, era estar en un continuo é incansante ejercicio, puesto que un general de nuestros dias, con todas sus campañas y padecimientos, es un sibarita si se compara con un caballero de veñte años de aquella época, en que toda la fuerza de dos de nuestros actuales generales no sería bastante para levantar en peso la espada de uno de aquellos adolescentes caballeros. Resulta, pues, que el siervo tenía tanta ó mas libertad de la que necesitaba.

Cuando este mismo siervo llega ya á poder manejar las armas y es útil para la guerra, la escena cambia completamente y se aumenta su libertad. Pero ¡cosa providencial! ese mismo cambio de escena no tiene lugar hasta que, por efecto del trabajo acumulado, se halla ya con capital suficiente para favorecer la libertad de todos. Al presente todo hombre que trabaja y economiza, ó en otros términos, todo buen cristiano es ó será libre. Y hé aquí como el cristianismo es

el que ha dado libertad á los hombres, á los cristianos se entiende; porque los paganos, los demócratas, los socialistas, los ateos serán eternamente esclavos.

Durante largo tiempo la nobleza no ha sido superior á la clase media, sino porque, gracias á su pasado, podia hacer alarde de mayores virtudes; mas en el dia ya no hay mas nobleza que la que se adquiere por medio del trabajo y de la virtud. *Cualquiera otra nobleza habrá de desaparecer forzosamente*, pues que toda propiedad que no se halle sostenida por la virtud, se deshará como la nieve al sol.

Resulta, pues, de todo esto, que para ser libre es indispensable trabajar y economizar, ó lo que es lo mismo, formarse un capital. Y aun esto solo no es bastante, si ese capital no se emplea con arreglo á las leyes divinas, puesto que de otro modo no podrá sostenerse.

La libertad debe siempre contenerse dentro de ciertos límites, y únicamente los decididos y honrados cristianos podrán ser verdaderamente libres. De aquí proviene el que en los países, donde el trabajo ó la pro-

*que en la tierra del autor la libertad
es siempre la comodidad que propuso
en las mismas!!!*

piedad no se hallan bien asegurados, no hay libertad posible.

Segun este sistema, direis, los ricos son solo los que pueden ser libres. Sí, pero son los ricos honrados, los ricos cristianos, porque es preciso tener entendido que un no escaso número de ricos, en vez de serlo por sí mismos, por sus virtudes y por la felicidad que proporciona el cumplimiento de los deberes, lo son únicamente para sus adula- dores: para sus queridas y para sus corruptores: éstos jamas conseguirán ser libres.

Comprométase la fortuna de los ricos.— Vos me direis que esto no es nada; pero si la fortuna del millon no se halla suficientemente asegurada, la mia, esto es, mi jornal, lo estará aun mucho menos. Para que yo pueda conseguir la libertad por medio de mi trabajo, y adquirir un capital por cualquier medio honrado, aunque sea por una donacion, es absolutamente indispensable que el capital libre, se halle asegurado y garantido, así como para que yo pueda dejar á mis hijos el corto capital que he logrado acumular, es necesario que el rico, niño y heredero, pueda percibir su herencia con garantías.

No hay, pues, otro remedio que tener paciencia y hacerse cargo, de que, gastando por ejemplo un franco diario, y ganando un franco y 50 céntimos, mi libertad aumenta cada dia en estos 50 céntimos; todo al contrario que el rico que, gastando diariamente 200 frs., y no contando mas que con 199 frs. y 50 céntimos, pierde cada dia por valor de esos mismos 50 céntimos. Al cabo de algunos años, habiéndose aumentado mi capital con un dote, y habiendo enseñado á mis hijos el medio de hacerse uno libre, mi fortuna se duplica, se triplica, se centuplica, mientras que él, gastando mas de lo que recibe, y no sabiendo sus hijos ni trabajar, ni economizar, irá viéndose empobrecer de dia en dia, y perderá en capital y en libertad.

Si dos familias persistiesen acaso en adoptar el sistema que dejo espuesto, los nietos, y aun los hijos del rico señor, vendrán quizá con el tiempo á servir de criados á los hijos del pobre trabajador, á menos que ocurriesen acontecimientos sociales muy extraordinarios, en los cuales, como suele decirse pagan siempre justos por pecadores. Pero volvamos á vuestro negocio.

Convendréis conmigo en que os hace falta la dictadura para que pueda seguir adelante vuestra empresa. Pues bien, señor republicano, esa es y no otra la forma de todo gobierno democrático. Toda democracia, para contar con elementos de vida, tiene necesariamente que apelar á una dictadura, pues de otro modo caerá en la anarquía. Anarquía de accionistas, de los comitentes; anarquía de obreros, de los representantes y los funcionarios.

Os proponéis también rendir cuentas á los accionistas. ¡Pobres accionistas! Vos obtendréis desde luego todos sus votos. Cuando la dictadura cesa en una república, comienza la anarquía, y con ésta la ruina y la esclavitud.

Resultado de todo esto:

Que no hay libertad que sea compatible con la forma democrática.

Me habeis hecho observar, además, que la monarquía puede también ser absoluta. Escuchadme, pues, un breve instante. La monarquía, señor mío, no es la gestión de los negocios que se hallan puestos en juego,

*El autor ignora o quiere ignorar
la el significado de la palabra
democracia.*

sino mas bien un estado de familia, es una familia en grande, con su padre que es el jefe, y como tal, dueño de sus hijos, sujeto siempre á la condicion de llenar todos los deberes de padre y *por todo el tiempo necesario hasta que sus hijos sean mayores.*

El monarca no posee nada que no pertenezca ó tenga que pertenecer el día de mañana á sus hijos. Todos los bienes de los reyes de Francia vuelven á la nacion.

Podrá quizá suceder que haya un mal padre; pero esto será siempre un estado pasajero. Por otra parte, apenas el hijo ha llegado á su mayoría, el padre una vez cumplido su deber, santifica los derechos de su hijo, y éste puede disponer de su fortuna, quedándole el derecho de reclamar en el caso de que el padre haya faltado á sus obligaciones. Pero la primera obligacion del hijo es la obediencia á sus padres. En los casos de imposibilidad por edad ó por falta de razon, el hijo mayor es el que reemplaza al padre. Hé aquí, pues, en pocas palabras, la creacion de la monarquía francesa, con sus *Estados Generales*, su magistratura y sus consejos de familia.

De allí procede la libertad, verdadera libertad filial, basada en los deberes y en los derechos del cristianismo.

Toda libertad que traspase ese límite se convierte ya en licencia, y conduce á la servidumbre.

Y no es á la verdad, por demasiada severidad por lo que la monarquía francesa se ha perdido, sino por exceso de bondad paternal. Si Luis XVI hubiera hecho lo que debía respecto de su degenerado hijo, á quien llamaban el duque de Orleans, Robespierre habría muerto siendo un magistrado; Danton hubiera llegado á ser un buen general; Camilo Desmoulins hubiera hecho muy lindos folletos literarios, Mirabeau hubiera sido ministro del Rey; no habrían perdido sus vidas y fortunas tres millones de franceses; y la Francia no hubiera llegado nunca á verse convertida en presa del extranjero.

El gobierno de un Estado cristiano, vuelto á repetir, no es en manera alguna una agencia de negocios. El poder no se ha hecho para especular, sino para hacer justicia y para confundir el mal, protegiendo al mismo tiempo el bien. El poder es á la

vez, delegado de Dios y del pueblo. Su objeto, al dispensar justicia, se halla reducido á asegurar al bien su desarrollo de propiedad, de libertad, de prosperidad por medio del castigo del mal, el cual, si no estuviere vigilado y castigado, llegaría á violar la libertad del bien, y condenaría á la sociedad civilizada, aquí abajo, á la servidumbre y al idiotismo, y allá arriba, á eternos castigos sin remision alguna.



XIX.

Hace mas de un siglo que todos los principios de materialismo, de goces y de lujo se presentan al pueblo bajo un solo nombre: bajo una mentira brillante, deslumbradora; que conduce al abismo y á la nada.

Semejante mentira se halla en todas las cabezas, en todos los corazones, en todos los libros. Verdadera pesadilla de la sociedad que instintivamente conoce el peligro, sin poder, sin embargo, arrancarse de sus garras de bronce.

Como toda mentira, ha cuidado de cubrir-

se con la máscara de la verdad y se presenta bajo el nombre de *progreso*.

Cuando los pequeños déspotas tratan de apoderarse de un pueblo de necios, suelen gritar: "¡Viva la libertad!"

Como las favoritas literatas santifican su estado en nombre del honor y de la virtud; como los charlatanes tienden á proclamar en nombre de la igualdad el reinado de la impotencia y de la charlatanería; así también hace tiempo que en nombre del progreso se está haciendo retroceder la sociedad hasta el punto en que se encuentra, es decir, puesta ya sobre el borde del abismo.

Desde que esta sociedad negativa, que se llama con altivez *progresiva*, cree ir descubriendo todos los días una nueva verdad, ha llegado á perder de vista todas las antiguas verdades ya experimentadas y en virtud de las cuales ha marchado por largo espacio de tiempo.

No es el hombre por cierto el que ha inventado la verdad.

Esta le ha sido revelada desde su existencia. En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios.

Y así seguirá hasta el fin de los siglos.

Todas las verdades fundamentales han sido reveladas al hombre por Dios. Lo que él cree descubrir [si es tanto lo que descubre de nuevo y verdadero], no es en el fondo mas que una consecuencia lógica de una añeja verdad. La verdad fué creada por Dios al decir: "*Hágase la luz.*"

Pero al lado de la luz del día se encuentran las luces mas pálidas de la noche; al lado del sol está la luna, con millares de resplandecientes estrellas.

Así, pues, nuestros pequeños espíritus centellantes, al propio tiempo que niegan la luz del día, la gran verdad del Verbo, hanse declarado los reyes y los conductores de la oscurificada sociedad.

De un siglo á esta parte el mundo moral, envuelto en tinieblas, se halla iluminado por luces, bien poco fragrantes, cuyo resplandor fatiga la vista y no presta calor ni animación al espíritu.

Si se oye á ciertas gentes, el hombre está destinado á marchar de progreso en progreso hasta alcanzar la perfección material que

tendrá por término una cola con un ojo á su extremo.

Dios; segun ellos, no ha dado la razon y el espíritu al hombre, sino para engrandecer el mundo material á fin de convertirlo en un nuevo eden. No ha concedido al rey de la naturaleza un rayo de inteligencia, sino para que pueda satisfacer todas sus pasiones como el mas abyecto de los brutos.

Cuanto mas fuerte es el hombre á lo animal, mas se aproxima á Dios. >

Verdaderos Júpiter modernos que para robar á *Europa*, se trasforman en toros.

Llevando su error has a el extremo, el hombre, segun ellos, no tiene que hacer mas que seguir la senda del progreso para hallar el medio de doblar la vida, y quizá de ser eternos, como lo predijo terminantemente aquella antigua serpiente, que es el maestro en ciencias de todos nuestros sábios rastrosos, de todos nuestros artistas pólipos, y de todas nuestras Evas seducidas.

Como resultado natural de aquella mentira-tipo, é impulsados al mismo tiempo por la lógica, se han visto en la precision de negar hasta al mismo Dios.

Los apóstoles del progreso hoy
sobrepasan la naturaleza al espíritu
no hacen sin prever la
necesidad de moralizar la es-
ciencia por la ciencia que traza

Porque ¿cómo habian de admitir á un Dios convertido en hombre, á un Dios terrenal, con el cual se creaban un verdadero rival? Hubiera sido, á no dudarlo, un Dios nulo y bien superfluo. Con este motivo acordaron zanjar la cuestion declarando que Dios no existía, y que no habia mas Dios que el hombre; por el momento solo *in partibus*, pero destinado, gracias al *progreso progresivo*, á serlo en su real totalidad eternamente.

Por desgracia este Dios provisional se ve atacado de frecuentes indisposiciones. Se llena de astío y de fastidio, y cuando, gastadas ya sus pasiones, quiere ejercer un acto de soberanía, esas mismas pasiones se debilitan, se crispan, se revuelven y se suicidan despues de sufrir los mas atroces dolores. Entonces ese Dios tiene que medicinarsé, se estenúa, delira, cae en cama y muere por fin, viniendo á servir de pasto á los gusanos.

Esta es, me dirán una verdad de La Palisse [1]. Así será con efecto, pero no es culpa mia que La Palisse haya dicho antes que yo que hay un Dios y que ese Dios no es el hombre.

[1] Perogrullada.

Tambien será el mismo el que habrá dicho. Cuando el sol aparece, los reverberos cesan de prestar su luz.

Pero tanto Dios, como el dia y el sol son cosas ya muy viejas.

Y á nuestros modernos ancianos les hace falta la novedad.

Los La Palisse de lo nuevo se diferencian del La Palisse de lo antiguo, en que aquellos no son verídicos y éste sí lo era. Tiempo es ya, pues, á fin de que podamos vivir, de que se remueva todo lo viejo, y de que se saque de ello las mas remozadas y enérgicas consecuencias, á menos que la sociedad no prefiera morir *in anima vili* por la experiencia de lo nuevo.



XX.

El ingenio humano ha progresado con efecto en cuanto á que ha conseguido vencer á la materia, para hacerla depender de sí. A fuerza de invenciones ha logrado acortar las distancias, ahorrar el tiempo, y contribuido tambien á hacer mas agradable la vida material. Mas semejante progreso, lejos de ser el fin y el objeto de la humanidad, no es mas que el medio. El fin ha sido, es y será siempre uno mismo.

El hombre puede ser considerado bajo un doble aspecto, á saber, espiritual y moral;

Tambien será el mismo el que habrá dicho. Cuando el sol aparece, los reverberos cesan de prestar su luz.

Pero tanto Dios, como el dia y el sol son cosas ya muy viejas.

Y á nuestros modernos ancianos les hace falta la novedad.

Los La Palisse de lo nuevo se diferencian del La Palisse de lo antiguo, en que aquellos no son verídicos y éste sí lo era. Tiempo es ya, pues, á fin de que podamos vivir, de que se remueva todo lo viejo, y de que se saque de ello las mas remozadas y enérgicas consecuencias, á menos que la sociedad no prefiera morir *in anima vili* por la experiencia de lo nuevo.



XX.

El ingenio humano ha progresado con efecto en cuanto á que ha conseguido vencer á la materia, para hacerla depender de sí. A fuerza de invenciones ha logrado acortar las distancias, ahorrar el tiempo, y contribuido tambien á hacer mas agradable la vida material. Mas semejante progreso, lejos de ser el fin y el objeto de la humanidad, no es mas que el medio. El fin ha sido, es y será siempre uno mismo.

El hombre puede ser considerado bajo un doble aspecto, á saber, espiritual y moral;

así, pues, su fin que es tambien doble, consiste *en la virtud y en la salud.*

Puede muy bien decirse que la salud es la la virtud del cuerpo, así como la virtud es la salud del alma; pero con la condicion de que el cuerpo quede bajo la dependencia del alma, porque la virtud puede existir sin necesidad de la salud, mientras que sin aquella la salud podrá verse formalmente comprometida.

En una palabra, la virtud es el fin, la salud es el medio.

Todo progreso, material, aunque contribuya al sostenimiento de la salud, será estéril siempre que sus tendencias no tengan algo que ver con la virtud. Porque si la virtud no hace mas que girar como un eje á su alrededor, no solamente carecerá de razon para existir, sino que acabará por romperse por su propio uso. Por mas robusto que sea un hombre, llega un dia en que cae para no levantarse mas, así como por hermoso que el sol aparezca, tiene al fin que llegarle su ocaso.

La virtud, por el contrario, como procedente del cielo, no muere jamas: cuanto mas

se ejercita, parece mas lozana y rejuvenecida, y si por acaso llegase un dia á morir, renacerá para la inmortalidad.

El objeto del hombre es, pues, *llegar á la virtud por medio de la salud.*

Este objeto ha sido completamente desatendido por casi todos los hombres superiores de nuestro siglo. Todos se quedaban pasmados y llenos de admiracion ante los progresos materiales, que no solamente permanecian negativos, sino que, tomados por objeto final del hombre, llegan á precipitarlo mucho mas pronto y de mucha mayor altura, en el abismo de la materia. Los admiradores de nuestros progresos se parecen á un forastero que toma al lacayo por el amo, al verle todo adornado con galones de oro. Estos medios transformados en fines, y que se suceden los unos á los otros con una increíble rapidez, constituyen la lúsis que tan aprisa se va apoderando de nuestro siglo, y que acabará por conducirlo sin tardanza á la tumba del materialismo y de la mas bestial nulidad.

La vacuna es un progreso material y pro-

greso de salud. ¿Pero un hombre ha cumplido acaso su misión con no tener hoyos de viruelas en la cara? ¿Será bastante por ventura no habérsele á uno desfigurado el rostro y disfrutar buena salud, para merecer el título de hombre? A la verdad, es cosa muy buena el encontrar remedios contra las epidemias, pero por terrible que sea una epidemia física, sus estragos no pueden en manera alguna ser comparados con los de una peste moral. Morir cuando ya se ha disfrutado de la vida, es volver al mismo sitio de donde uno procede después de un viaje mas ó menos penoso; mas el no vivir, equivale á estar muriendo todos los dias.

Así, pues, nuestros grandes hombres, entregados al materialismo, aunque están vacunados, no viven sino que se gastan, y en lugar de acumular fuerzas espirituales para la eternidad, no hacen mas en esta vida que perder sus facultades materiales.

Hombres semejantes desperdician y derraman su vida como unos pobres cubiertos de gloria, y no solamente se pierden para la posteridad sino que se esterilizan para la vi-

da social. Para ellos la vida ha sido un h6spital donde por espacio de algunas horas han tenido un número el lugar de su nombre.

Solamente vive en realidad aquel que está dispuesto á morir á todas horas; porque solo el hombre divino que sabe que por su virtud y por su inteligencia no puede morir, es capaz de hacer algo que sea duradero. Cuando el hombre no cree en su inmortalidad, caen todas sus facultades en una especie de parálisis y se convierte en impotente. Cuando el hombre no tiene fé en su eternidad, se esteriliza á la edad de veinte años, todo cuanto cree hacer es fútil y quimérico, porque todo cuanto aquí abajo no tiene una tendencia directa hácia Dios, es fugaz y pasajero como la sombra que huye, como la yerba que se abrasa con el calor del sol. No se cuentan en este número los llamados grandes hombres de nuestra sociedad revolucionaria, como no se cuentan tampoco los gusanos que se bullen en un cadáver.

Fijad la atención en esa locomotiva que acaba de pasar delante de vuestros ojos con

la rapidez del pensamiento, y no podremos menos de admirar el genio del siglo. Prostrados con los diarios ante esos mecánicos ateos y socialistas. ¿Negais, por ventura, el progreso por el progreso? ¿Acaso nuestros antepasados disfrutaron de un placer semejante? ¿O no teneis en nada el poder almorzar en París y comer en Bruselas?

¡Sí, este es, con efecto, un poderoso medio de progreso; pero no es el progreso mismo. Porque cuando un hombre honrado y lleno de piedad y de celo, y haciendo alarde de sus deberes pueda contribuir á propagar con su viaje de París á Bruselas, una buena idea ó una accion meritoria sin gran pérdida de tiempo y de intereses, ese será el verdadero progreso. Mas porque un necio ó un impío viajen con mas celeridad; porque un ladrón encuentre un medio que proteja su evasión, ó bien porque un religioso campesino contento y virtuoso, vaya á París á adquirir el germen de mil enfermedades, tanto físicas como morales, por eso no, por eso no reconozco que haya progreso.

Y cuando podamos ir á la China en dos dias, y atravesar el mar por medio de un

globo, será preciso esperar para poder gloriarse de todas estas invenciones, que los hombres sepan cumplir mejor con sus deberes, á no ser que se tenga la persuacion de que los chinos ganarian, imponiéndose en nuestros principios de materialismo y de ateismo, y que estarian mucho mas adelantados si á sus recursos naturales para revolucionar añadiesen el arte de hacer barricadas los talleres nacionales, ó bien aprendiesen á improvisar un legislador por eleccion, sin haber dado jamas la mas mínima prueba de superioridad intelectual, de valor cívico y de virtud cristiana.

¡Indíquese me, si no, en nuestra sociedad entregada al paganismo, un solo progreso material, real y absoluto! ¡Que se me designe un progreso en una idea fuera del cristianismo! ¡Que se me señale tan solo un progreso efectivo y durable fuera del triunfo del alma sobre el cuerpo; de la inteligencia sobre la materia, de la razon sobre la pasion, de Dios sobre el diablo!

Yo reto á los cantores materialistas del progreso á que me citen un vicio de los bárbaros que no se halle igualado con otro vi-

cio de la sociedad que se llama civilizada pero anticristiana. Yo les reto á que me citen una tontería cualquiera, una contradicción, una ridiculez odiosa de los pueblos bárbaros que no se halle sobrepujada por las tonterías, las contradicciones y los vicios de los habitantes de algunas de esas ciudades que se jactan de poder servir de modelo á la humanidad entera.



XXI.

En ningún tiempo se ha hablado tanto de los progresos de la ciencia como en el nuestro. Los descubrimientos científicos se suceden los unos á los otros. Nuestros sábios se elevan por los aires y descienden sobre la tierra por adquirir un pedazo de gloria. Cada dia nos anuncian mil y mil bocas que la humanidad ha dado un paso mas, y que el progreso ha recibido un nuevo impulso. Si fuéramos á creerlos, tendríamos que el hombre habia por fin resuelto el problema social, y que habia robado de nuevo el fue-

go del cielo sin haber sido presa del buitre. Las ciencias matemáticas y mecánicas, llamadas exactas, son, sobre todo, las que marchan á mas ajigantado paso y las que se hallan en visperas de levantar una nueva escala de Jacob á fin de escalar el cielo. ¡A la verdad, cuando se leen tantas y tantas maravillas, se halla uno tentado, como un verdadero Fausto moderno, por ensañarse contra ese antiguo dios tan rencoroso, que ha creado la vejez y la muerte, y de darse á todos los diablos, aunque no fuera mas que por rejuvenecerse uno un poco y poder así saborear mejor la gloria y la glorificación del hombre!

¡Locura! ¡Presuncion! ¡Flaqueza!

La ciencia considerada como cosa absoluta es lo mas vano y lo mas nulo del mundo. Sin Dios, del cual procede todo aquí abajo, desde el mas pequeño insecto hasta el Monte Blanco, la ciencia no es mas que una hacha sin mango, un instrumento sin alma, una luz apagada. Eso que llaman ciencia exacta es incapaz de proporcionar al hombre la menor felicidad, la menor grandéza

Que aprende el hombre á construir un palacio; el castor hace otro tanto, y su casa es un verdadero panteon de castores llenos de gloria. Que vuela por el aire; el mas insignificante de los pájaros le disputa la gloria de semejante hazaña. Que atraviesa el Océano por medio del vapor; la ballena no necesita nada de eso. ¿Dónde está, pues, la superioridad del hombre si se pasa su vida entera en inventar lo que los seres irracionales hacen mucho mejor que él? Porque no existe una sola funcion material que los animales no ejerzan con mayor perfeccion que el hombre. Y ademas de esto, ¿son acaso los hombres mas felices desde que solo necesitan quince dias para ir de París á Nueva-York y desde que leen periódicos de esos de que se tiran 60,000 ejemplares por hora? ¿Mueren por ventura menos de entre ellos? ¿Se padecen menos enfermedades? ¿O será acaso que el hombre habituado á no comer mas que pan y patatas, no llegue á una edad tan avanzada como el que hace tres suculentas comidas al dia? ¿Los pobres de hoy dia, que viajan por caminos de hier-

ro, que están mejor vestidos y mantenidos, que leen á Luis Blanc y á Prudhom, no serán quizá tan dichosos y vivirán tan contentos como los de hace algunos siglos que solo creían en Dios y en una vida de compensacion futura? Porque la medicina hace progresos, ¿deja de morir, como sucedia antes, una tercera parte de los que nacen? ¿Los hijos de los ricos viven acaso mas tiempo que los de los pobres? ¿Habrá Dios, por ventura, abdicado, para abandonar súbitamente su creacion á sí misma? ¿No se ocupa de sus criaturas, que son los hombres, tanto como pudiera hacerlo un artista con sus estatuas?

¡Locura! ¡Necedad! Palabrería!

Hagan los hombres lo que hicieren, una tercera parte de los niños, y aun mas habrán de morir siempre para dejar vivir á los que están destinados á pasar por esta prueba. Por mas que inventen los hombres, jamás conseguirán abolir ni el dolor, ni el pesar, ni la enfermedad, ni la muerte. Cincuenta millones de volúmenes de ciencias no son bastantes para descifrar los enemi-

gos que encierra una sola vida humana. Y cuando, con su engañoso saber, los hombres que niegan á Dios, creen haber salvado á algunos individuos y hecho desaparecer las nociones del derecho y de la justicia, Dios les suele enviar á veces pestes y revoluciones que, sin saber de donde proceden, acaban de un solo golpe con la ciencia y con todos los sábios: de manera que cuando ellos creían haber levantado torres como la de Babel en errores y en orgullo, Dios las conmueve con su soplo y dá con ellas en tierra como si fueran castillos de naipes.

Jamas he conseguido en toda mi vida comprender la ciencia, ni aun con el candor de mis diez años. Trataban de explicarme el movimiento de la tierra. Y quién la tiene suspendida y la sostiene en el aire sobre su eje? Me hablaban del flujo y del reflujo por la luna. ¿Y quién ha hecho la luna para que produzca este milagro de todos los dias? Varias veces me han explicado de qué habia muerto algun hombre; pero nunca han sabido decirme de qué vive. ¡Del

aire! ¿Y quién ha hecho el aire? ¿De qué me sirve á mí saber de qué se compone ese elemento, si yo no he de poder hacerle; si mi vida depende de una tormenta, de un relámpago, de una temperatura que yo no sabré hacer variar? ¿Dónde está el hombre que haya creado alguna cosa que no existiese antes que él, sea bajo ésta ó bajo aquella forma? ¿Y á esto se le dá el nombre de ciencia! ¿Qué irrisión! Mas adelantado estaba yo á la edad de cinco años. Por la mañana al despertarme pedia á Dios velase por mi vida, y por la noche al acostarme le daba gracias con mis manos cruzadas, por aquel día que me habia otorgado. Desafío, pues, á todos los sábios á que me concedan un solo minuto mas de vida contra la voluntad de Dios. Y siendo esto así, ya pueden irse con los diablos, y que me dejen al menos el consueño de orar.

El hombre no crea como Dios, de la nada, excepto el pensamiento. Y este pensamiento es vano ó pueril por fuerza cuando no es una glorificación de Dios que por su medio ha colocado sobre la frente del hombre ese

divino sello que contiene estas palabras: "Esta es mi imágen." La palabra reflejo del *verbo*, es la que hace al hombre el rey de la naturaleza. La naturaleza entera glorifica á Dios, dice el salmista, los cielos son testigos de su poder y el firmamento ensalza su obra. ¡Pero el hombre solo es el que habla, el hombre solo es el que ora!

Al pensamiento y á la palabra que Dios ha concedido al hombre se debe el privilegio único de la libertad y del libre albedrío entre el bien y el mal. ¡Allí solo es donde está el hombre, allí solo donde está Dios! Toda ciencia que no se halle fundada en este pensamiento, es estéril y nula. Toda ciencia que niega, es falsa y fria como la muerte. Toda ciencia, en fin, que en lugar de ser la sierva de Dios quiere erigirse en dueña altiva y orgullosa, es una mentira rastrera, servil y hedionda, que conduce al hombre á *la esclavitud material*, para venir á parar en la muerte intelectual!

Porque es preciso persuadirse de que la religion ó el pensamiento divino no es útil solamente para la otra vida, sino que es por el contrario, de una absoluta necesidad en la presente.



XXII.

Así como la salud no tiene mas fin ni objeto que la virtud, del mismo modo ésta no solo obra sobre la salud, sino que tambien la fortifica, ya sea por medio de pruebas, ya por medio de privaciones sujetas á un sistema, ya tambien por la voluntad moral, verdadera y única palanca de la vida.

Plutarco, al tratar de la moral cristiana, ha resumido la ciencia de toda la vida en estas dos máximas:

Conócete á ti mismo.

Nada de superfluo.

Estas máximas son efectivamente tan saludables con respecto á la parte física como á la moral; solo que, para practicarlas, es preciso hallarse dotado de una larga experiencia. Así es que un sábio de sesenta años, puede llegar al mismo punto donde desde luego se halla un cristiano de veinte años.

La ciencia de la filosofía no reconoce mas que un fin, cual es preservar al hombre de los vicios y de las enfermedades por medio de la reflexion, de la razon y de la fuerza del carácter. Estos preceptos se hallan basados, bien en la experiencia, bien en las ideas previstas. Las dos escuelas filosóficas que dividen los ánimos desde que hay filosofía, solo están en desacuerdo acerca de los medios, pues que el fin es igual para todos. El mismo Epicuro no predica su sistema sino con un objeto saludable y de felicidad espiritual. De manera que es cosa patente, que no obstante las cualidades intelectuales del hombre, las lecciones de la experiencia nada pueden sobre sus pasiones. Un gran pensador ha dicho: "Nosotros creemos aban-

"donar las pasiones, cuando estas nos abandonan á nosotros." Un profesor de filosofía humanitaria, que dá lecciones de experiencia á un jóven de carácter vivo y ardiente, se parece á una piedra endurecida al fuego, que se pone á referir á otra piedra que va á ser calcinada, todo lo que la ha pasado cuando estaba metida entre las ascuas. La otra piedra, como es de suponer, tendrá que sufrir la misma prueba, á riesgo de quemarse ó de pulverizarse. La experiencia, en una palabra, no sirve sino para aquel que ha pasado ya por ella.

No se contienen las pasiones con máximas ni con discursos, puesto que les hace falta un freno de otra especie, que no es otro que la religion, freno que puede servirles á la vez de freno y de guia.

Por otra parte, ¿cómo será posible dominar á los hombres con una razon emanada de la cabeza de otro, cuando no existen dos solos en la especie que admitan una misma razon? ¿En dónde se encuentran por ventura, dos seres que se parezcan en la parte física y en la intelectual? Por dócil que sea

el discípulo razonador, no dejará nunca de llegar á algun punto en que se encuentre en desacuerdo con su maestro.

Supongamos que Mahoma hubiese dicho á sus discípulos que no bebiesen vino, para evitar la embriaguez, que conduce á la cólera y es perjudicial á la salud, tanto física como moral. Alguno de ellos que pudiese hacer uso del vino sin tanto peligro como su maestro, ¿no habria estado en su derecho al decirle: "Eso será bueno para tí, que solo bebes agua, porque un solo vaso de vino dá contigo en tierra; mas por lo que á mí hace, bien puedo beberme una botella de rico vino sin temor de que me embriague," esto sin perjuicio de que algunas veces no supiese contenerse, y llegara á hacerse un borracho incorregible?

Moisés ha tenido la desgracia de indicar una causa de dos leyes prohibitivas: "Cuando tú te impongas un rey, no deberá tener ni muchas mugeres ni muchos caballos. Por las mugeres corre riesgo de entregarse á la idolatría; por los caballos querrá regresar á Egipto."

Salomon, dice el Sábio, ha creído poder

quebrantar la primera de aquellas leyes, diciendo: "No hay peligro alguno en que yo me haga idólatra," y al propio tiempo permitió á sus mugeres que levantasen un altar á la idolatría al lado del templo sagrado. Otro rey infringió tambien la segunda ley; hizo la guerra á un rey de Egipto y murió despues de haber sido completamente derrotado.

¿Qué ventajas han producido en el pueblo griego los sábios preceptos de sus filósofos? Quizá no haya habido quien los haya admirado y apreciado en tan alto grado como los cristianos. ¿Cuál es la influencia que ejerció Séneca sobre Neron? ¿Qué han dejado en pos de sí los emperadores filósofos tales como Augusto, Tito y Marco Aurelio?

¿Tiberio, Domiciano, Commodo?

¿Habeis visto jamas que el hijo de un filósofo haya dado muestras de saber y de inteligencia? Es lo mismo que el hijo de un médico ateo, que suele morir ordinariamente de alguna enfermedad vergonzosa. Pero parad vuestra atencion en el hijo educa-

do religiosamente por un hombre de bien entregado á la religion, y vereis si no está rebotando salud y buen sentido. ¡De qué sirve el ser filósofo y morir á los cincuenta años de un ataque á la cabeza, cuando el mas ignorante de los católicos llega sano y bueno á la edad de setenta años, sin haber cometido una tercera parte de las faltas y de las necesidades que el filósofo!

Nótese bien que ahora no se trata de la cuestion de la salud moral, pues esa forma un capítulo enteramente separado; y que, aun para el progreso físico, la mas pura filosofía es á la religion lo que un carréon es á una locomotiva.



XXIII.

Al conceder Dios al hombre la inteligencia, le ha dado tambien la fuerza necesaria para vencer la materia; porque la inteligencia no merece el nombre de tal si no sabe discernir el bien del mal, á fin de poder escoger el primero y separarse del segundo; y desde el momento en que falta á esta mision, se suicida. Pero como la inteligencia se halla en una continua guerra civil con la materia, y abunda esta guerra frecuentemente en azares, Dios, en su misericordia, ha revelado al hombre su ley, verdadera

do religiosamente por un hombre de bien entregado á la religion, y vereis si no está rebotando salud y buen sentido. ¡De qué sirve el ser filósofo y morir á los cincuenta años de un ataque á la cabeza, cuando el mas ignorante de los católicos llega sano y bueno á la edad de setenta años, sin haber cometido una tercera parte de las faltas y de las necesidades que el filósofo!

Nótese bien que ahora no se trata de la cuestion de la salud moral, pues esa forma un capítulo enteramente separado; y que, aun para el progreso físico, la mas pura filosofía es á la religion lo que un carrerón es á una locomotiva.



XXIII.

Al conceder Dios al hombre la inteligencia, le ha dado tambien la fuerza necesaria para vencer la materia; porque la inteligencia no merece el nombre de tal si no sabe discernir el bien del mal, á fin de poder escoger el primero y separarse del segundo; y desde el momento en que falta á esta mision, se suicida. Pero como la inteligencia se halla en una continua guerra civil con la materia, y abunda esta guerra frecuentemente en azares, Dios, en su misericordia, ha revelado al hombre su ley, verdadera

unidad de mando, la cual, al disponer el desarme de los combatientes, ha vencido á la materia, con el fin de conservarla, por medio de esta misma victoria, dentro de sus límites naturales.

Si fuese posible que la materia consiguiese el triunfo por espacio de un solo dia, tanto el hombre como la sociedad tendrian har-to que lamentarse de ello. La materia, al dar rienda suelta á su victoria, puede exactamente compararse á una luz que se apaga en un incendio.

Entréguese si no, un hombre á toda la violencia de sus pasiones y de sus apetitos carnales, y no tardará mucho tiempo en ser víctima de sus excesos: proclame una sociedad los derechos del hombre en nombre de la razon, sin que aquellos procedan solo de los deberes, y todo será estrago y asesinatos, dolos, robos y violencias de toda especie. Cualquier derecho que no sea la consecuencia de un deber, es una llamarada social. Precisamente cuando los hombres inauguraron el culto de la diosa *Razon*, fué cuando los unos se lanzaron sobre los otros como si fueran perros rabiosos.

Esta verdad se estiende, no solo á los dogmas primitivos de la religion revelada, sino tambien á las leyes de la Iglesia. Todas ellas tienen entre sí, aparte de su objeto moral, un fin de salud y de conservacion fisica.

Puede muy bien sostenerse á todo trance la idea de que cuanto mas severa en privaciones y abstinencias sea una religion, mayor número produce de hombres llenos de energía y de robustez. La causa de la longevidad de los judíos, tan observadores de su religion, se encierra enteramente en la severidad de sus leyes de cocina, de economía doméstica y de matrimonio; severidad á que no llega ninguna otra religion. La religion católica, contra la cual tanto declaman los partidarios de la emancipacion de la carne, es la mas dulce y mas aceptable para el pueblo, puesto que no reserva sus severidades sino para el cuerpo de levitas de ambos sexos, los cuales necesitan de su poder puramente divino, no solo para vencer la materia, sino para aplastarla y destruirla con un talon de Aquiles, talon invulnerable por la gracia del Señor.

El principal y mejor remedio contra los males, tanto físicos como morales, es el saber precaverlos. Ahora bien: ¿dónde está la enfermedad conocida de antemano por la medicina que juntamente no lo haya sido también por la religión? ¡Cuántos médicos hay que se hallan acosados de males que de seguro no tendrían si hubiesen seguido los preceptos religiosos! ¡Qué de jóvenes muy entendidos, arrebatados en la flor de su edad, pero que, por la fé que demostraban, hubieran llegado á disfrutar de una vejez agradable y tranquila! Aun después de declarado ya el mal, y cuando todos los secretos de la medicina han sido impotentes para curarlo, el enfermo encuentra frecuentemente en la religión una fuerza sobrehumana para sobrellevarlo y otra divina para vencerlo.

La religión no ha matado la carne, como pretenden hacer creer nuestros necios innovadores, puesto que solo la ha domado para hacer de ella un uso legítimo, como el inteligente ginete doma á su caballo con el freno y la brida para guiarle. No existe ninguna clase de funciones materiales que la

religión no haya legitimado y también santificado; y á la manera que el fabricante de carbon quita á la leña quemándola, la parte de humo asfixiante que contiene, á fin de no dejar para el uso doméstico más que la lumbre pura, así también la religión quita á cada pasión su parte de humo ó sea su influencia deletérea, con objeto de no conservar más que el fuego sagrado para la vida y la salud.

Si la naturaleza con sus pasiones fogosas y centrifugas se abandonase á sí misma, no tan solo sería incapaz de ejercer sus funciones, sino que esas mismas pasiones acabarían por ahogarse las unas á las otras. Supongamos si no una locomotiva con una docena de calderas llenas de agua hirviendo, y de las cuales cada una funcionase en sentido contrario: ó bien se experimentarían continuas explosiones, verdaderos medios de suicidio por el vapor, ó bien serían frecuentes las evaporaciones, y la máquina, á causa precisamente del excesivo fuego, no podría adelantar un paso. Para que esta marche derecha sobre los carriles, es preciso reconcentrar todo el vapor, dirigirlo hácia un punto dado y dejar una

válvula de seguridad. Esto es exactamente lo que hace la religion con las pasiones del hombre, las concentra, las domina, evita unas veces que estallen y otras que se estingan á fuerza de su mucha fogosidad y se sirve de ellas para hacer marchar al hombre por el camino del bien, dejándole siempre una válvula de seguridad para los casos apurados. Esto es tambien lo que Salomon consigna con la mayor exactitud en el *Eclesiastes*. Despues de pasar revista á todos los sistemas de vida, á todos los pretendidos placeres y felicidades, concluye con estas palabras:

“El objeto final á que todo está subordinado, es el siguiente: *Teme á Dios y observa sus leyes*. Esta es, pues, la misión “del hombre.”



XXIV.

Pero si es cierto que el progreso no existe ni podria existir en la materia, en lo finito, aparece por el contrario visible en la inteligencia, en lo infinito. El tiempo es Dios que va marchando, y Dios, al mismo tiempo que camina conduce á los hombres.

Ya hemos visto que todos los Síboletli modernos del progreso material, industrial y carnal se hallan infestados de falsedad. Lejos de emanciparse por la victoria, la materia solo se conserva por la derrota, esto es, por su completa sumision á la inteligencia.

El entendimiento es, por decirlo así, la sal de la carne, y la religion sola la fuente Hipocrene del verdadero entendimiento.

Cuanto mas crece y se aumenta la inteligencia, tanto mas el alma se siente dilatarse, y el hombre material prospera, se rejuvenece y se esplaya.

No es decir esto que sea preciso acabar con la materia para dar vida al espíritu. El admirable precepto *Nada de superfluo*, se adapta tanto el espíritu como á la materia. El estar *sano* es un medio excelente para hacerse *santo*.

Sano y santo, hé aquí en dos palabras el objeto del hombre creado á imágen de Dios.

El espíritu, al cual llama la Iglesia Espíritu Santo, se manifiesta precisamente adoptando todos los instintos y todas las pasiones de la naturaleza para santificarlos, trazándoles límites y oponiéndoles ciertos diques: diques que no tienden, sin embargo, á anular las pasiones, como pretenden los estóicos exaltados, que las sujetan y dirijen, sino que hacen lo que las escarpadas orillas de un río, que al mismo tiempo que sirven

para contenerle, le ahondan y le dan mayor profundidad. De esta suerte es como el Espíritu Santo, al contener las pasiones del hombre, las profundiza y les traza el camino que han de seguir á través de los montes y de los valles que conducen al Océano del amor divino.

Ciertamente, la necesidad de amares una pasión universal. Déjese en libertad á esta pasión, y al poco tiempo la sociedad se habrá consumido por un fuego como el del Desierto. Al cabo de algun tiempo de hallarse emancipada la carne, no se verán mas que mugeres estérilmente ardientes, y hombres ardientemente estériles. ¿Qué ha hecho, pues, el Espíritu Santo? Ha levantado un dique que contiene este torrente, y ha profundizado esta pasión legitimándola y limitándola. Ha creado el matrimonio; y hé aquí un verdadero progreso.

Toda materia es no solo inerte, sino tambien absorbente, y así como el infierno, está diciendo siempre "¡Jame, dame!" El hombre material no trabaja, pues quien trabaja en él es el espíritu, según Dios se lo

ha impuesto con el libre albedrío. Y esta es una verdad tan manifiesta, que jamas animal alguno trabaja sin que el hombre le dirija, y que cuanto mas estúpido es un hombre, menos vale su trabajo. Ciertos animales que trabajan, como son la hormiga, la abeja y el castor, no solo tienen el orden por instinto (sabido es que jamas hubo un desorden en una colmena, y que el enjambre de las abejas viejas es el que manda en las nuevas) sino que además el trabajo les es indispensable para su conservacion. Luego si los hombres no trabajasen mas que por ganar lo estrictamente necesario, ó no trabajarían absolutamente nada, ó vendrían á ser esclavos unos de otros, y esto no tanto por tener lo necesario, como por adquirir lo supérfluo.

¿Qué ha hecho, pues, el Espíritu Santo? Ha creado la propiedad, y por ella se ha centuplicado la fuerza humana. La propiedad es la abeja que trabaja para los zánganos, porque de todos los que la atacan, ni uno solo sería capaz de crearla, ni de conservarla si llegase á heredarla. Sin propiedad, no habría ni naciones, ni riquezas, ni

pasado, ni porvenir. Por otra parte, como la vida del hombre es corta, éste no emplearía ciertamente su inteligencia en crear propiedades si no fuesen hereditarias y trasmisibles en favor de sus hijos. La herencia es, pues, un progreso, porque duplica y triplica la fuerza de las familias y de las naciones.

Y como quiera que siempre habrá una tercera parte de personas incapaces de crear y de conservar sea lo que fuere, ha sido indispensable establecer la propiedad, á fin de que los hombres de capacidad y de economía, acumulen lo supérfluo para proporcionar pan á los impotentes, á los desvalidos y á los indiscretos. Si los ricos no acumulasen, no solo todo el mundo sería pobre, sino que los pobres se podrían vivos, y acabarían por devorarse entre sí.

La propiedad, es por consiguiente, un progreso creado por el espíritu en provecho de los no propietarios.

Por rica ó por avara que sea una familia, mas tarde ó mas temprano su fortuna viene á parar á los pobres.

Nó faltará quien diga, sin embargo, que la propiedad conduce á cometer abusos, que

avorece al egoísmo, y que materializa el espíritu. ¿Mas dónde se hallará un bien que no pueda degenerar en abuso? ¿El fuego no es el que produce el incendio? ¿La medicina misma no es á veces un veneno? ¿No se ha abusado por ventura hasta del mismo Dios? Con efecto: la propiedad, como todo bien, tiene sus abusos; pero con el resultado de que el Espíritu Santo la abandone á la materia; bastando el que un solo dia la inteligencia ceda al cuerpo, para que todos los bienes del alma se deterioren.

De manera que, para que la propiedad material sea un bien fecundo, es necesario que se someta á la propiedad del alma llamada *virtud*; porque así como todo hombre puede hacerse propietario siempre que Dios, al crearlo, le haya dotado de las cualidades para ello, del mismo modo todo sér humano puede adquirir la virtud, esa propiedad acumulada del alma. Esta misma virtud es la que ha creado la caridad cristiana, la justicia y el desinterés; la que, después de haber trabajado para el anciano y para el niño, trabaja además para el pobre; es, por último, la única que ha santificado y legitimado la propiedad.

Antes del cristianismo la propiedad no existía, porque el primero que venia la destruía á su placer y á su gusto.

¡Hé aquí, pues, un nuevo progreso!

Los pueblos han vivido por largo tiempo bajo el despotismo de uno solo, después de haber ensayado diferentes gobiernos democráticos; y casi todos, después de lucir penosas esperiencias, han preferido el despotismo al azote de la anarquía popular. Sin embargo, el espíritu cristiano, espíritu de justicia y de libertad, no podia admitir ni el despotismo ni la anarquía. Por esta razon ha creado el derecho de herencia en el poder que habia sido hasta entonces desconocido. Por medio de esta creacion ha espiritualizado el poder, trasformándole en un principio de orden permanente, á fin de sacar de él todas las consecuencias de libertad humana.

La herencia del poder es, no obstante, un nuevo dique colocado en la corriente del rio; una escarpada orilla contra la cual vienen á estrellarse las olas populares que, después de rechazadas, siguen apaciblemente su curso sirviendo de conductor á los navegantes

de la libertad. Sin este orden no hay libertad posible; y gracias á él, la libertad, palabra desconocida entre los paganos [pues ellos solo tenían amos y esclavos] ha venido á convertirse en un bien universal, en un bien sagrado y legítimo. Los cristianos no reconocen dueños, no tienen mas que reyes, primeros servidores de Dios y del pueblo, y los primeros en llevar la cruz del deber. Poco importa que un rey cristiano sea ó no un grande hombre; basta solo que sea un cristiano, en toda la acepción de la palabra, para hacer dichoso á su pueblo, y para ser el representante del orden, de la libertad y de la justicia.

Y véase otro inmenso progreso.

No; el progreso no es un sueño ni es nuevo. Existe con efecto y existe en Dios y en el camino que él traza al hombre. Mas para marchar hácia él, es preciso tener la fé de Caleb y de Josué; es preciso no dejarse amedrentar por los gigantes del error, es preciso valor, y sentirse animado por el Espíritu Santo.

Y por ser antiguo como la luz del día, no por eso el progreso deja de experimentar continuas renovaciones.

Cierto es que ha habido hombres elegidos por Dios á quienes nadie ha podido sobrepujar. Al decir Jesus á sus discípulos: "Id, y enseñad al universo entero," abarcó con su ojo divino todos los progresos del progreso; pero este progreso no ha dejado despues de irse engrandeciendo á medida que el Espíritu Santo se estiende sobre todos los humanos. Conforme estos van penetrándose de las luces de la verdad, las tinieblas van desapareciendo y reduciéndose á la nada.

Las estrellas solo sirven para esparcir su luz durante la noche; mas apenas viene el día, la noche y las estrellas desaparecen.

Cuando el mal haya llegado á todo su apogeo, será cuando el bien aparecerá súbitamente, saliendo de entre las nubes que lo ocultan, y convertirá los corazones por una divina gracia. La humanidad es como el cuerpo humano, y tiene tambien su cabeza, sus piernas y sus brazos. ¿Qué nos importa que los brazos y las piernas estén malas, siempre que la cabeza permanezca sana? Pues bien; esa cabeza se halla al presente en mucho mejor estado de salud que hace

un siglo, puesto que ya va reconociendo la verdad.

Lo mas esencial para nosotros es el marchar siempre derechos y con la frente erigida por esta via de progreso indicada por el mismo Dios, tratando ademas de llenar todos los obstáculos que ella nos presente; nada importa que por todos lados nos salpique el barro del camino, pues esas salpicaduras siempre habremos de sufrirlas. Lo esencial es seguir esa santa nube que se distingue á la cabeza de la columna, y confundir á todos los Balaam, á todos los asnos de la negacion y de la materia.

Es tambien, por último, esencial crear un cuerpo de verdaderos caballeros del Espíritu Santo, que sin que retrocedan ante ningún peligro, sepan destruir á los Goliath del orgullo y de la violencia.

Nuestros padres, como hijos que son de la libertad revolucionaria, han presenciado desde bien cerca los abusos del poder absoluto, que es un poder pagano, para que puedan enseñarnos la libertad del orden cristiano.

Se han visto bastante próximos de los es-

cesos y de las violencias ejercidas en nombre de la religion, para darnos lecciones de humildad, de dulzura y de la justicia de la verdad religiosa.

A nosotros, pues, nos corresponde, como hijos castigados y experimentados, conducir el porvenir por la verdadera via del progreso político y religioso, colocar ante ellos la luz del sol, que ilumina al par que dá calor, á fin de arrojar á larga distancia todas las visiones y fuegos fátuos de la materia y de la noche.

ANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



I.
Desde que la política ha sido violentamente separada de la religión; desde que la justicia, ó, lo que es lo mismo, Dios, ha sido dividida en dos partes diferentes, se ha formado una escuela completa de sofistas paganos dedicados sin cesar á buscar el mejor de los gobiernos, sin contar, por supuesto, con el cristianismo, ni la historia nacional, ni la naturaleza humana. Los unos admiten el derecho hereditario en el poder; pero con la condicion de que el pueblo ha de tener tambien por su parte el derecho de cambiar

de dinastía á su voluntad, y siempre que le acomode. Estos quieren un poder electivo con delegacion por un tiempo determinado; aquellos piden un poder completamente popular sin delegacion alguna, al cual dan el nombre de *gobierno directo*. Todos, en fin, se dirijen al comunismo, y por lo tanto, al mas pagano y brutal despotismo.

Casi todos pretenden (cubriendo su error con la máscara de la verdad) que el sistema electivo es el único que puede servir de garantía á la libertad del pueblo, porque es tambien el que puede obligar al poder á marchar siempre por el camino que debe.

Pero la falsedad de semejante sistema ha sido demostrada suficientemente por hombres de gran talento y reflexion, y la historia misma, tribunal casi divino y sin apelacion, lo condena en cada una de sus páginas. Yo he escrito un libro, *El Génió de la Monarquía* con el objeto de probar que el derecho hereditario en el poder es el único sistema político *cristiano* y el solo orden que puede conservar el espíritu y la civilizacion cristiana; y finalmente, que este solo modo de regirse, impersonal, permanente é in-

mortal (pues que es el hombre convertido en principio), es el único capaz de *dar* y de *conservar* al pueblo todas las libertades compatibles con el Evangelio y con la justicia nacional.

Semejante tema, como es natural, presenta un ancho campo, tanto para el error como para la verdad. El error por su parte ha hecho ya sus objeciones y es preciso combatirlas; pues las verdades, así como los errores, se apoyan las unas en las otras. En el fondo solo existe una verdad y una mentira. Las demas verdades y mentiras son, por decirlo así, los hijos sanos ó enfermizos procedentes, ó de la primera verdad relevada, ó de la primera mentira, que fué la causa de la caída del hombre.

Todas las conquistas, tanto, políticas como sociales, que tienen su origen en el cristianismo, pueden resumirse en esta sola palabra: *propiedad*.

De esta conquista proceden todas las libertades nacionales y sociales.

La propiedad, en el sentido absoluto de la palabra, era una cosa desconocida de la

antigüedad. Ni á Atenas ni á Roma les era permitido el ser ricas sin ser al mismo tiempo esclavas, ó de un dictador, ó de la multitud. A cada instante los tribunos del pueblo estaban pidiendo la division de bienes, medida que no fué diferida sino por la guerra civil ó por la guerra exterior. Los destierros, las listas de proscripcion y de confiscacion se sucedian incesantemente; y poco despues, el emperador enviaba á los ricos órden para que se ahorcasen, con el fin de apoderarse de sus bienes. En caso de guerra, los vencedores eran declarados esclavos.

El cristianismo, al abolir, primero la esclavitud, y luego la servidumbre, y al proclamar la justicia como principio fundamental de todo gobierno, ha asegurado la propiedad y ha creado el capital, imponiendo en cambio una sola condicion: la virtud cristiana.

Los autores modernos han clamado mucho contra el feudalismo; y sin embargo, el feudalismo es el que ha prestado seguridad al trabajo, cuyo trabajo ha creado el ca-

pital, el cual á su vez ha creado las nacionalidades y las libertades políticas. Hânse necesitado, ademas, muy grandes capitales sostenidos por muy eminentes virtudes, para que llegara á formarse una nacion unitaria como la Francia.

El hombre no es nada sino por su trabajo, y de este medio es del que se vale para dominar á la naturaleza y para dominarse á sí mismo. Con el trabajo es como llega á hacerse digno de Dios, despues de haberse vencido á sí propio, y glorifica el poder del alma sobre la materia: con el trabajo acumulado y sostenido por privaciones materiales, es como tambien consigue por último, crear la propiedad; porque el hombre que gasta cuanto gana, nada crea, y es lo mismo que si no hubiese trabajado. El que pasa la vida en gastar todo lo que gana, no ha conocido jamas la virtud, á menos que no lo emplee en aliviar y socorrer la miseria y la desgracia, pues que en ese caso crea una propiedad celestial.

Toda economía [1] (se hace indispensable)

[1] En el cristianismo la balanza social se compone de dos platillos, de los cuales el uno se llama *economía* y el otro *caridad*.

ble repetir á menudo estas verdades) es un acto de virtud, porque representa la victoria del alma sobre un goce material, y siendo esto así, á la virtud es á quien debe su existencia el capital. Ahora bien; sin capital, ó lo que aquí es lo mismo, sin virtud no hay agricultura, porque la tierra vírgen que solo dá *dos* en cambio del trabajo que se cuenta por *uno*, acaba muy pronto por no dar mas que *tres* contra el abono y el trabajo reunidos que equivalen á *dos*. Sin capital no hay aldeas, no hay ciudades, no hay industria, no hay gobierno, no hay justicia, pues *que el gobierno, esto es, el presupuesto, no es otra cosa que el capital dado por la virtud á guisa de impuesto, con el objeto de obligar al vicio á dejarla trabajar.*

Si la virtud, en fuerza de sus economías, no pudiese atender al sostenimiento de una fuerza armada contra los malyados, no habría ni trabajo ni sociedad y solo veríamos guerra y latrocinios por todas partes. Y como al cabo de cierto tiempo nadie podría ya trabajar, el suelo quedaria desierto y la sociedad se haria salvaje. Los salvajes, con

efecto, no son otra cosa que hombres sin dignidad, entre los cuales el vicio impide á la virtud que trabaje para economizar un capital, para formar un presupuesto, y por consiguiente, un gobierno. Cuando la propiedad desaparece, la naturaleza bárbara y salvaje vuelve á aparecer con sus animales, sus serpientes, sus bardales, sus praderas de juncos; con su principio, en fin, del derecho del mas fuerte.



DIRECCIÓN GENERAL



II.

Mas sin derecho hereditario respecto á la propiedad, esta no es posible que exista, porque el derecho hereditario es la propiedad principio, es el bautismo del derecho, es la garra sagrada de la religion. Por mas que se le asegure trabajo para toda la vida, el hombre divino no trabaja nunca sino para crear, y en su esfera, aunque limitada y negativa, su tendencia es siempre á imitar á Dios. ¿Para qué es, pues, hacer economías é imponerse privaciones, si la propiedad ha de morir con el hombre? ¿Pa-

ra qué plantar árboles, cabar la tierra y es- poner su vida á cada momento, si todo ha de desaparecer con esa misma vida? ¿Ha- brá de faltarle, acaso, al hombre un pedazo de pan y algunas legumbres para sostener su miserable existencia? Y ademas de esto, cuando el propietario vea que no puede tra- bajar para sí y para sus hijos, antes que ha- cerlo para otros, preferirá dejarse morir y abandonar la tierra inculta y salvaje.

O mas bien quizá (y esto seria aun mu- cho mas peligroso), puesto que todo ha de desaparecer con el hombre, valdria mas en- tonces comerse el capital y la renta, si la fortuna que ha de dejar en el mundo ha de venir á parar de derecho á manos estrañas.

¡Cosa curiosa por cierto! Esos mismos que no admiten el derecho hereditario para la propiedad, con el objeto de crear una propiedad social, son los que se hallan mas espuestos á quedarse sin ninguna, porque cada cual hará cuanto pueda por gastarlo todo, y no dejar cosa que valga un solo suel- do, esto suponiendo que haya en ese caso quien quiera tener mas de lo absolutamente

necesario, lo cual no parece á la verdad na- da probable.

En el estado en que se halla la sociedad actual, donde hace ya siglos que el capital, gracias al derecho hereditario respecto á la propiedad, ha llegado á figurar por una enorme cantidad, los socialistas podrian muy bien despojar á los ricos y aprovecharse de ello por espacio de algun tiempo, como el zángano que se mantiene de la miel que tra- bajan las abejas. Pero sin el derecho here- ditario, no solo no habria nuevo capital, si- no que el antiguo llegaria tambien á desa- parecer al cabo de algunos meses, y una vez estinguido el capital, la tierra nada produ- eiria ya, porque para la tierra el capital re- presenta el abono.

Admitido este principio, yo reto á todas las potestades humanas, cualesquiera que ellas sean, á que se atrevan á sostener por un largo es- pacio de tiempo el derecho hereditario de la pro- piedad, sin que exista al mismo tiempo el de- recho hereditario del poder! . . .

Las repúblicas de Atenas, de Roma, de Siracusa y de Esparta, en las cuales para

cada cien esclavos habia un solo ciudadano; donde, por consiguiente, una quinta parte de la poblacion gozaba del derecho del sufragio, y donde, por último, la aristocracia *hereditaria* opuso un fuerte dique al torrente de las pasiones populares, se vieron continuamente agitadas por los *partidarios de la division*; esto es, por los tribunos que no cesaban de reclamar la particion de los bienes. "Apenas, dice Plutarco, acababa Dion de concluir con la tiranía, cuando Heraclido principiaba á sublevar al pueblo, el cual, como en todas partes, exijia la division de la tierras." Aquellas repúblicas, por lo tanto, no tenian mas alternativa para vivir que la guerra civil y la exterior. Todas, pues, perecieron víctimas del mismo vicio. Cuando el pueblo no podia dedicarse al botin despojando á los estrangeros, pedia que se le permitiese saquear á los ricos. Testigos son Cleomene y Agri en Esparta; Colon e Hipérbolo en Atenas; los Gracos, Mario, Vindex y Spartaco, en Roma. Por do quiera vemos la misma causa, por do quiera el mismo efecto, y este efecto no es otro que

el despotismo. Despotismo macedoniano en Grecia; despotismo de Silla y de Tiberio en Roma; tiranía en Siracusa, y por último, el despotismo, la destruccion y el olvido.

Se me citará sin duda el ejemplo de la América del Norte. En primer lugar, aquel país que se halla todavía, por decirlo así casi en mantillas, tiene aún en el día tierra en abundancia para ir dando á todos los que van presentándose, y debe ser considerado como una colonia. Y en segundo lugar, *sus esclavos no tienen el derecho de votar, como tampoco sus pobres.*

Hé aquí, pues, con qué luchar todavía por espacio de algunos años contra los *partidarios de la division*; mas á pesar de todas estas circunstancias atenuantes, aun me atreveria á apostar mi cabeza á que aquella guerra social habrá de estallar mas tarde ó mas temprano en América y que no será sofocada sino por el brazo de un poder hereditario. (1)

(1) *Pero un país que gracias al poder hereditario de lo pasado, no tiene esclavos ni siervos, no sabria de ningun modo darse á sí mis-*

mo un poder electivo á menos que no comprometiese la propiedad y la declarase tambien electiva como su poder.

Porque siendo el poder ejecutivo entregado á la eleccion del sufragio universal, una parte del que se concede á cada votante, las masas, ya ignorantes, ya instruidas, que solo trabajan impulsadas por el deber, preferirán siempre apoderarse del trabajo y de la propiedad de otro en nombre de su pretendido derecho. ¿Y por qué no habrian de hacerlo así? ¿Por qué razon, cuando son llamados cada tres años á delegar su parte de poder, no habrian tambien de delegar su parte de propiedad colectiva? Y si el poder no es por sí mismo inviolable, aparte de las pretensiones del primero que llegue, ¿por qué la propiedad habria de serlo, sin embargo? ¿En qué funda su derecho?

¿Cuál es la base de la desigualdad y del deber que obliga á todos á hacerse propietarios por medio del trabajo y de ese mismo deber? Por mas que trate de inculcarse la necesidad y la santidad de la propiedad, mas tarde ó mas temprano esa masa soberana habra de hacer un pacto con alguno de sus aduladores, hombre de derecho y que no cumpla con ninguno de sus deberes, el cual les dirigirá la palabra en estos términos: “No mas esclavitud! ¿No mas trabajo manual! ¿No mas jornales! ¿No mas privilegios!

“¿No mas propiedad! ¿Todos vosotros sois reyes! ¿Todos sois dioses é iguales! Vosotros solos sois los dueños; vosotros solos poseis la inteligencia, la fuerza, la hermosura, y sois lo mas escogido del país! ¿Nadie tiene el derecho de poseer, sea lo que sea, á menos que vosotros no lo poseais igualmente! ¿Qué otra cosa es el talento, la gracia, la inteligencia, la virtud, sino un signo mas para ser vuestros muy humildes servidores? ¿Todo es igual, todo es de todos! “¿Nada de superiores! ¿Nada de aristócratas! Todo es comun; fortuna, trabajo, talento, ingenio, placeres, poder, todo, hasta las mugeres, hasta las felicidades y hasta los padecimientos del alma. “Hasta el mismo Dios no existe sino para vosotros. Si vosotros no le reconocéis, no hay tal Dios. Vosotros le nombrareis tambien por eleccion, así como el poder, como la riqueza, como todo.” Hé aquí, pues, el verdadero retrato de la sociedad democrática del derecho. Hé aquí la escuadra que sirve para igualar al último de los idiotas, para nivelar con su talla el talento, el ingenio, la hermosura, la fortuna y hasta la virtud. Hé aquí al alma convertida en esclava del cuerpo, á la inteligencia destituida por la materia; y como un hombre representa siempre cierta superioridad, habrá precision de poner en su lugar un animal al

cual se le trasformará en Dios por medio de una eleccion solemne. Tal es la historia de todos los animales *sagrados*, de todos los becerros de oro hechos por una turba revolucionaria y democrática. Por lo demas, la revolucion de 93 ha demostrado suficientemente que con el poder elejido por todos, hasta el mismo Dios, sometido tambien á la eleccion, puede ser reemplazado por un bruto bípedo é inundo. No hubiera sido por cierto la república de Robespierre la que, andando el tiempo, hubiera salvado la propiedad, á menos que hubiese proclamado el despotismo y lo hubiera establecido permanentemente como la guillotina.

Aun ahora todavia, á pesar de la fuerza y de las amenazas, y aunque se esterminase á la mitad de los comunistas, basta solo que se deje al pueblo la eleccion del poder ejecutivo por medio del sufragio universal, para que un solo tribuno haga desprenderse de este mismo sufragio la comunidad de los bienes y de las mugeres, y no le será difícil probar á la mayoría de los obreros y de los habitantes del campo, que si ellos no son ricos ni dichosos, no es por culpa suya, ni porque les falte talento, orden, costumbres; y perseverancia, ni porque sean viciosos, ó disipados, ó incapaces de hacer economias, ni finalmente, porque desconozcan ó dejen de practicar sus deberes, sino que dirá: hay

esplotadores y ricos privilegiados que, sin tener orden, ni ingenio, ni talento, ni mas virtudes que ellos, usurpan un derecho hereditario que no les pertenece. Y con efecto, pueden decir que han heredado su fortuna con el mismo título que un rey destronado ha heredado la corona. Semejante herencia es una afrenta para el pueblo que es el único que dá el poder y la propiedad, y que, esclusivo propietario de todo, á todo tiene que proveer. ¿Por qué razon el último trabajador ha de tener el derecho de ser nombrado rey, sin tener al mismo tiempo el promovido á propietario? ¿Por qué no habrá de escojer por sí mismo todos sus funcionarios, superiores é inferiores, por la propia vía electiva? ¿Dónde está la línea divisoria que limite el derecho de eleccion, y le diga: "Hasta aqui puedes llegar, y no puedes ir mas allá?" ¿Con qué se ha abolido el derecho hereditario del poder supremo, y se quiere conservar todavia el mismo derecho para esta miserable propiedad! Desde que los derechos no están en perfecta consonancia con los deberes, hay y debe haber, respecto á este particular, la igualdad mas completa. *Quando el poder electivo no se halla basado sobre el deber, sino sobre el derecho nivelador de los sufragios, no puede recordar al pueblo ninguno de sus deberes, porque el primero que debería ejercer ese mismo*

pueblo, sería el de abolirle y reemplazarle por un poder hereditario, á fin de garantir su trabajo, su propiedad y su libertad. Esta es la misma razon que existe para que la república no llegue jamas á dar libertad, porque lo primero que haria la libertad, sería abolir la república.

(Génio de la Monarquía.)



III.

Otro argumento. El poder electivo, dicen, constituye por sí solo el reinado de la libertad.

Por el contrario, al leer la historia de todos los pueblos, no puede uno menos de asombrarse al ver consignado en ella que el sistema republicano es el reinado de la libertad.

Jamas república alguna ha creado una sola libertad. Bien lejos de eso, jamas ha dejado al pueblo la mas mínima porción de ella.

¿Qué era la libertad en las repúblicas de la antigüedad? Algunas familias de patricios, hereditarias, se creían libres al lado de millones de esclavos, y digo *que se creían libres*, porque en realidad no lo eran, puesto que la dictadura era casi siempre permanente. Los patricios de Atenas se desterraban los unos á los otros, y los de Roma se diez-maban entre sí. Todos, por punto general, venían á parar al mas abyecto despotismo.

Figurémonos por un momento á Roma dando la libertad á los esclavos. Aquello hubiera sido la mas atroz carnicería y la desaparición de toda propiedad. La libertad del pueblo, la libertad de adquirir y de conservar, no es posible sino cuando existe un régimen estable, hereditario, inmortal, y aun será indispensable que este régimen tenga sobre sí el orden eterno de la ley cristiana.

La libertad intelectual del hombre no puede existir sino con Dios. El hombre podrá esforzarse en negar; pero Dios afirmará siempre, y cuando aquel, llevando su negación hasta las últimas consecuencias,

llegue acaso á comprometer la existencia de la sociedad, en ese caso, Dios dirige hácia él su soplo divino, le derriba y restablece de nuevo el orden interrumpido.

Hecha abstracción de tales consideraciones, el pasado de todos los pueblos viene á demostrar que todo poder electivo vendrá á parar en un régimen militar. Una república no es un gobierno; es una expectativa de él; es como si dijéramos, una criada que busca un amo.

Para que esto sea así, existen dos razones.

En una democracia que coloque á los hombres *de frente*, en vez de colocarlos uno *detrás de otro*, sucederá, por reducida que sea en el número, que todo el mundo avanzará, pero sin llegar nunca. Toda democracia tiene que ser tropel, presión, ahogo; y por último, trastorno. Es la guerra civil primero en esfigie, por medio de la palabra dicha y escrita, y algun tiempo despues en realidad.

Ahora bien: toda guerra termina por el derecho del mas fuerte, y el mas fuerte es el que manda.

Cuando esto no sucede, la democracia se ve en la precisión de hacer la guerra á los extranjeros, sea por proporcionar botin á los republicanos desheredados, sea para introducir las ideas democráticas entre los demas pueblos. En la naturaleza de las imperfecciones humanas está el deseo de la propaganda por medio de las violencias. Si los negros fueran los que mandaran, habian de obligar á los blancos á que se pintasen de negro la cara, bajo pena de muerte. Créase en semejante caso un partido militar con su jefe á la cabeza, pues por mas que la democracia, llena de zelos y de envidia, trate de hacer uso del ostracismo y del acero, no debe olvidar que tantos y tantos generales como fueron á la guillotina, no impidieron que Napoleon se hiciese dueño de la república.

En una carta burlesca, dirigida á los atenienses, decia Filipo de Macedonia: "Vosotros habeis conseguido elegir diez generales en diez meses, y yo he necesitado diez años para encontrar uno tan solo, Parmenion. Pero tambien es verdad que esté co-

lo, sirve para hacer correr á vuestros diez reuñidos."

Y con efecto, no solo los derrotó completamente, sino que hizo de Atenas una provincia macedoniana.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



IV.

¿De dónde procede, pues, que haya habido siempre y que haya todavía republicanos que pidan á gritos la libertad en nombre de una forma de gobierno incapaz de procurarla?

Eso es lo mismo que preguntar, ¿por qué hay tanto orgullo, tanta ambición, tanta vanidad, al mismo tiempo que tanta mediocridad en la naturaleza humana?

Todo hombre, antes de llegar á la edad de la razón (edad que para muchas personas no suele llegar jamás), y cuando se

abandona á sus apasionadas ilusiones, es por lo general algo republicano.

Mas conforme le va dominando la inteligencia, conforme va sabiendo conocer al hombre y á Dios, se va haciendo monárquico.

La idea republicana es á la idea monárquica lo que la materia es á la razon. Por mas que esta última se esfuerce en inculcar la moderacion y la sumision, á la primera ocasion se escapa la materia y hace de las suyas, entregándose á todos sus caprichos, y moñándose de la antigua razon, como puede hacer un estudiante con su maestro despues de un dia de novillos. Esto, sin embargo, no dura sino cortos momentos, pues, á poco, la materia, herida, desfigurada y casi desfallecida, regresa á su morada, confiesa sus locuras, se somete y conviene en que la razon es muy buena.

Un gran número de republicanos se curan generalmente de esta manera.

La discusion no ejerce poder alguno sobre ellos, y no es fácil convencer á las medianías de que carecen de talento. Verdaderos Icaros, necesitan que sus principios de

cera, derritiéndose al sol de la realidad, los precipiten desde lo mas elevado de sus utopias. En nuestros tiempos, y en un país donde no hay puestos para tantas vanidades; donde todas las pequeñas esferas del amor propio han desaparecido; donde ninguna ambicion, por insignificante que sea, no puede ser satisfecha fuera de la politica, el republicanismo ha venido á convertirse en un *estado* mas bien que en una *opinion*.

Se ha visto á tantas medianías, á tantos hombres inmorales subir hasta la cumbre del poder, bien sea por la intriga, bien por la victoria revolucionaria de un partido, que el último lacayo se cree ya digno de ser ministro. *Otros*, menos nulos si bien no menos orgullosos, buscan en la politica revolucionaria un cómodo refugio para vivir sin trabajar. ¿Y por qué no han de hacerlo así? Han sido tantos los hombres políticos que han arrojado el poder en medio del fango para sacar de allí mas tarde una cartera, que nada tiene de extraño que otros traten de sacar un pedazo de pan!!!

La mayor parte de los republicanos sin-

ceros son hombres que, en medio de una oscura noche, buscan y aguardan la luz de la luna republicana hasta que por fin aparece el sol de la monarquía.

Por lo que hace á aquellos otros para los cuales no existen ni argumentos, ni historia, ni experiencia, y que representan el orgullo hecho hombre, sola la gracia de Dios será bastante para curarlos, aunque á veces antes de que les llegue esta gracia, la justicia divina suele tambien condenarlos á andar rastreando por la tierra como las culebras.

Mas hé aquí que se presenta un católico proclamando que la Biblia y el Evangelio condenan el derecho hereditario del poder y que el catolicismo se halla basado en la eleccion.

Respondo que la Biblia no ha conocido jamas el poder hereditario, cuya institucion es hija única de la religion católica y de la Francia. El derecho de sucesion es mas bien un deber que un derecho.

Véanse en la Biblia, reyes absolutos, y otros que trasmitian el poder á quien mejor les parecia; pero de derecho de sucesion por

primojenitara no se encuentra el menor vestigio por ninguna parte. En la Biblia y en la historia pagana se observa que el rey absoluto era el propietario de la nacion; mas por el derecho hereditario cristiano y frances, el rey, de propietario que era, se ha convertido en una propiedad nacional.

Todos los enemigos del derecho hereditario citan en apoyo de su proposicion, el apólogo siguiente, tomado *De los jueces*, VIII.

“Los árboles se reunieron cierto dia con el objeto de elejir rey, y dijéronle al olivo:—Sed vos nuestro rey.

“El olivo respondió:—¿Puedo yo acaso abandonar mi jugo, y mi aceite, de que así Dios como los hombres hacen uso, para ir á reinar sobre los árboles?

“Los árboles entonces dijeron á la higuera:—Venid y reinad.

“Mas la higuera contestó:—¿Y he de abandonar la dulzura de mi jugo y lo esquisito de mis frutos para ir á reinar sobre los árboles?

“Los árboles se dirijieron entonces á la vid.

“Pero la vid les respondió:—¿Podré por ventura, abandonar mi vino, que es la alegría de Dios y de los hombres, por ejercer el dominio sobre los árboles?

“Por último, los árboles dijeron al espinero:—Venid y sed nuestro rey.

“El espinero les contestó:—Si me elejís verdaderamente por vuestro rey, permaneceréis bajo mi sombra; si no, que parte del fuego del centro del espinero, y que devore los cedros del Líbano.”

Ahora bien: este apólogo viene justamente á condenar sin remision todo poder electivo y á abogar en favor del poder hereditario.

Porque en efecto, jamas la higuera ni la vid han podido ni querido deber su nombramiento á la eleccion, y solo los hombres que carezcan de nombre, serán los que, á trueque de ser cualquier cosa, trabajarán para ser elejidos. La eleccion nunca ha elevado al poder mas que espinos y zarzales. Esta es la historia de toda dinastía electiva.

No sucede ordinariamente otro tanto con el derecho hereditario cristiano, porque á

veces suele ser una higuera, acaso injerta en el espinero, la que, por efecto de una herencia que se le impone, se vé obligada á reinar y abandonar al pueblo la dulzura y el jugo de sus frutos.

Es mas: hasta de un espinero ha sabido la creacion francesa y católica sacar los mas admirables frutos para las instituciones nacionales, despues de haberle despojado de sus espinas. El derecho hereditario del poder, tal como lo ha creado el pueblo galo, y añadiéndole las ventajas de la eleccion gubernamental, es una obra maestra política: es mas aún que una obra maestra; es una revelacion social.

Cítanse aún por algunos las palabras de Samuel contra la monarquía verdadera. ¿Pero quién ha defendido jamas en Francia el poder absoluto? Los partidarios de Robespierre.

Un rey que trasmite su poder, sea como quiera, á su hijo mayor, no puede permitirse lo que se permite un tirano que nada tiene que conservar, y que dice: “Despues de mí el diluvio.” Pero la cuestion no está

en eso. El derecho de sucesion en el poder no es absolutismo: es, sí, una transformacion de la materia en espíritu, es un triunfo de la inteligencia sobre la carne. Es un hombre espiritualizado en un principio, principio de orden permanente, inmortal, y cuyo objeto es tan solo favorecer la libertad del alma, sujetar los vicios del cuerpo social: es, en una palabra, proteger é impulsar el progreso social en todas sus fases y bajo todos sus aspectos.

La libertad es la hija legítima de aquel orden espiritual; es mas bien el efecto que la causa, y por esta razon ha venido á nacer en Francia.

Jamas libertad alguna ha logrado sostenerse sin aquel orden, verdadero sol, que si es cierto que abrasa la arena, tambien fertiliza, abriga y dá vigor al terreno firme á poco que sea cultivado por trabajadores inteligentes y laboriosos.

Véamos, pues, ahora la doctrina del gobierno directo, del pueblo sin delegacion.

Una jóven bella, rica, con algun talento y de una familia sin tacha, está para casarse.

Llegan en esto tres calaveras, amigos de la casa, que se declaran decididos protectores de los intereses de la familia.

¡Qué es esto! exclaman sucesivamente, y dirijiéndose á la niña. ¡Vos que teneis un talento tan claro, que estais tan contenta con vuestra independencia, pensais ahora en casaros? Eso es una delegacion perpétua; eso es enajenar vuestra libertad, vuestra alma y vuestro cuerpo.

Desde el momento en que jureis guardar fé y fidelidad á un hombre, os creais un dueño. Todo cuanto teneis, todo cuanto poseis, así en bienes físicos como morales, se lo abandonais por medio de una formal delegacion, que habrá de comprender hasta vuestro propio nombre.

A esto contestareis que teneis deseos de tener un marido, ó dicho en otros términos, que sentís una necesidad de amar. Sea en hora buena; pero tened presente que existe un abismo entre el amor y el matrimonio. Pensad bien que despues del casamiento, ó por mejor decir, despues de vuestra propia delegacion, os está prohibido amar á otro

que no sea aquel en cuyas manos habeis prestado vuestro juramento.

A poco buen sentido que tenga la jóven de quien nos ocupamos, no podrá menos de responder en los términos siguientes:

¡Oh, vosotros los que me aconsejais que no me case! Yo descubro en vuestras miradas que cada cual tiene algo de particular que decirme, y que cada uno espera hacerme exclusivamente dichosa, pero con la condicion de ser mi dueño y señor.

Suponed por un momento que me decido á seguir vuestros pérfidos consejos, y que hago mi eleccion entre vosotros sin ligarme con un juramento religioso; ¿sabeis cuál seria el resultado? Que al cabo de algun tiempo me veria convertida en la esclava de aquel que yo hubiera elegido. Dueño mio de hecho, me oprimiria y abusaria de su fuerza para esclavizarme juntamente con mis bienes. Me tiranizaria, disiparia mi fortuna; y si yo por ventura tenia la necesaria enerjia para sustraerme á su yugo, vendria á caer bajo el dominio de otro que no me trataria con mayores miramientos y que hasta me despreciaria.

Todo cuanto yo pueda tener de buenas prendas, de hermosura y de grandeza, seria estéril y se agostaria, por decirlo así, en la misma planta. Vosotros recojerias las flores de mi alma para hollarlas con vuestros piés; cada uno de vosotros querria vivir á mis espensas, gobernar y disipar mi patrimonio. En fin, para un día de falsa é ilusoria libertad, me prepararia una vida entera de esclavitud, de vergüenza y de desgracia, vida de la cual no lograria verme libre sino por medio del suicidio.

Por el contrario, si me caso, yo no enajeno por eso mi libertad de una manera absoluta, porque siempre tendré reservados mis derechos, puesto que el poder de mi esposo se halla arreglado y sujeto á las leyes bajo la sancion divina. Si me hallo en el caso de obedecerle, él por su parte tiene tambien la obligacion de proteger mi libertad y de respetarme. Si tengo el sentimiento de perderle, quiere decir que vuelvo á disfrutar del derecho de disponer de mi corazon y de mis bienes. En aquella situacion de completa dignidad, no solamente existo por mis cualidades, brillo por mis vir-

tudes, y me elevo por mis deberes, sino que participo tambien de las cualidades, de las virtudes y de los deberes de mi marido. Verdad es que él será el que maneje mis bienes; mas precisamente porque esos bienes serán ya suyos, habrá de manejarlos con conciencia, como buen padre de familia. Además de esto, yo me caso atendida al régimen dotal, y á la muerte de mi marido siempre seré la tutora de mis hijos.

Acabamos de juzgar en las precedentes líneas al gobierno directo sin delegacion, gobierno que, bajo el pretexto de libertad, trae consigo necesariamente la esclavitud, el deshonor y el suicidio de la sociedad.

Y en efecto, es materialmente imposible que treinta y cinco millones de hombres se ocupen diariamente de los negocios públicos y procedan á votar en cualquiera cuestion administrativa. Digo treinta y cinco millones de hombres, pero me equivoco, porque es materialmente imposible á *un solo individuo* vivir veinticuatro horas sin delegacion.

El niño que nace, solo vive por delega-

cion, porque Dios ha delegado á sus padres para que le surtan de alimento y de ropas.

El profesor que me dá lecciones es el delegado en estudios, de mi padre. La cocinera que me hace la comida es mi delegada en almuerzos y comidas, y en este momento yo mismo estoy siendo un delegado del raciocinio de mis lectores. La vida toda es un conjunto de *delegaciones* continuas y permanentes.

¿Qué había de hacer una nacion sin un poder constituido, ó lo que es lo mismo, sin un delegado de la justicia?

Despues de algunos votos directos; el pueblo encargaria *forzosa* y temporalmente á uno de los suyos de ciertos negocios corrientes. Desde entonces tendríamos en éste uno de los consabidos amantes, que, ya se sabe, son tiranos y egoístas. Por el pronto éste emplearia todo su ingenio en hacerse dueño de su querida, en subyugarla, en ser un déspota para ella; y no hay duda que no tardaria en conseguirlo.

Al cabo de algun tiempo ya no le quedaria á aquella desgraciada otro recurso que

echarse en brazos de otro déspota, de otro amante que quizá valdria mucho menos que el anterior.

Aquellos dos pretendientes se harian una cruda guerra y los golpes que ellos se aces-tasen vendrian á caer sobre la pobre preten-dida, que no dejaria de recibir algunas lesio-nes en aquel combate. ¡No mas delegacion entonces! ¡No mas libertad! ¡No mas hon-rra! ¡No mas porvenir!

¿Qué otra cosa es, por el contrario, el de-recho hereditario del poder?

Es una delegacion que se concede por un tiempo indefinido á una familia, con el fin de que la nacion no se quede nunca *vi-uda*. Lejos de comprometer su libertad, aque-lla sola delegacion la garantiza y la presta mayor elevacion. Un rey no es mas dueño de una nacion que el marido lo es de una muger por medio de un matrimonio cris-tiano.

Es un compromiso de deberes mútuos, á esto está reducido. El marido asegura el orden, y por este orden establece la libertad de su desposada. Esta, á falta de un con-fesor que hable en nombre de Dios, se re-

serva el derecho de representar para asegu-rar ciertos intereses, que por lo general no tienen necesidad alguna de estar garantidos, porque son tambien intereses del marido.

Esta precaucion, sin embargo, no es in-dispensable en las sociedades políticas, sino en el caso de que el rey lejítimo tratase de faltar á sus deberes.

Si la familia real llega á estinguirse, en-tonces la nacion entra de nuevo en el uso de sus derechos, con el fin de poder ejercer sus deberes de delegacion perpétua.

Tal es el poder y la dignidad real.

A poco honrada que sea la nacion, todos sus consejeros de desorden y de disipacion quedarán confundidos, pues que para que ellos triunfasen seria preciso que la nacion fuese, no tan solo corrompida, sino tambien nécia y embrutecida hasta el punto de ali-mentarse con bellotas.

En ese caso, si sería muy acreedora á su mala suerte, suerte de la cual no lograria escapar. Unicamente aquellos que creen aún que han de venir á convertirse en sus dueños y dominadores, son los que se hallan en un error costoso; porque así como segun

el adajio, los dineros del sacristan cantando se vienen y cantando se van, así tambien podría decirse de ellos que lo que adquirieron en un momento de popularidad, habria de arrebátárselo una tempestad desencadenada que los envolveria en torrentes de sangre.

Recuerdo que en la antigüedad habia estatuas que tenian los piés de barro.

Cuando en lo venidero se erijan estatuas á nuestros corruptores del pueblo, será preciso hacerles los piés de mármol: la cabeza será la que se les ponga de barro.



v.

Finalmente, para un caso extremo se hace uso de ciertos argumentos especiales que, sin embargo de que han dado la vuelta al mundo, se deshacen al mas pequeño destello de buen sentido como la estopa cuando apenas ha sentido el fuego. Agotadas ya todas sus razones, todos los demócratas se empeñan en persuadir que el sistema electivo es el único razonable, *porque una generacion no tiene derecho para obligar la voluntad de la generacion que ha de venir despues.* O

dicho en otros términos, que la generacion que se pronuncia por el derecho hereditario del poder, no tiene derecho para obligar la voluntad de otra generacion que querria sin duda un poder electivo.

Tanto valdría decir: vuestro señor padre que os ha impuesto el idioma frances, como lengua materna, ha sido un atroz tirano, porque os hace decir *buenos dias* cuando podríais quizá querer decir *good morning*. Este es un atentado real y positivo contra vuestra soberanía, puesto que nadie os puede negar la posibilidad y el derecho hasta de inventar una lengua en la cual *buenos dias* se pronuncie solo por medio de consonantes.

Otro tanto podrá decirse de esos desapiadados tiranos de padres que nos han enseñado que la tierra gira, y que con látigo en mano nos han puesto en el caso de convenir en que dos y dos son cuatro. Es evidente que al proceder de esta manera, han obligado el porvenir de nuestro libre albedrío y confiscado nuestra libertad.

Mas esos padres ¿han dejado por esto de cumplir con su deber?

Y sobre todo, ¿no soy libre para proclamar que no es la tierra la que gira? Me encuentro con un déspota que se empeña en convencerme de que para construir una casa es indispensable que su altura guarde proporcion con la estension de su base. ¿Por qué no he de tener libertad para construir un edificio sin atenerme á esa regla? ¿No tengo si no el derecho, al menos, el poder de suicidarme? Solo en el caso de que mi casa, construida contra todas las reglas del buen sentido, llegue á amenazar la vida de mi vecino, será cuando éste á su vez es libre para oponerse á ello. Hé aquí una guerra civil prevenida por un axioma matemático.

Otro tanto acontece con el derecho hereditario del poder: axioma político tan exacto como la primera verdad matemática. No solo la actual generacion tiene derecho de legar un poder hereditario á sus hijos, que constituirán la generacion futura, sino que es de su mas estricto deber el *imponérselo*, así como le inculcan las verdades mas comunes de la aritmética. Tenga en buen

hora esta nueva generacion la libertad de ser nécia, idiota, malvada, revolucionaria; tenga la de preferir la guerra civil, la anarquía, y por consiguiente, el despotismo: en todo caso, los padres siempre habrán hecho bien en adoptar toda clase de medidas coercitivas á fin de obligar á sus hijos á ser prudentes y felices.

Por otra parte, segun la doctrina de los innovadores, cada generacion adquiere nuevos derechos, y entre otros, el de tratar á sus padres como á unos viejos babiecas.

Segun ellos, la naturaleza cambia con el nacimiento de cada hombre. ¡Ay! En esto no hace mas que confirmar todas las flaquezas y miserias del mundo antiguo.

Repitámoslo, pues, por la vez postrera. El hombre no será capaz de inventar cosa alguna nueva, ni aun en lo falso, cuyo germen no se halle en lo pasado. Toda verdad nueva es hija de una mas vieja y madre de una mas jóven; pero todas ellas pertenecen á una misma familia. Otro tanto acontece con los errores.

Nuestros antepasados, mas inmediatos á la

verdad revelada, han sido, bajo muchos conceptos, mas fuertes que nosotros. Afortunadamente Dios sigue nuestros pasos. Su brazo y su mano alcanzan á todas partes: la mano para castigarnos, los brazos para acogernos.

FIN DEL LIBRO DE LOS REYES.

